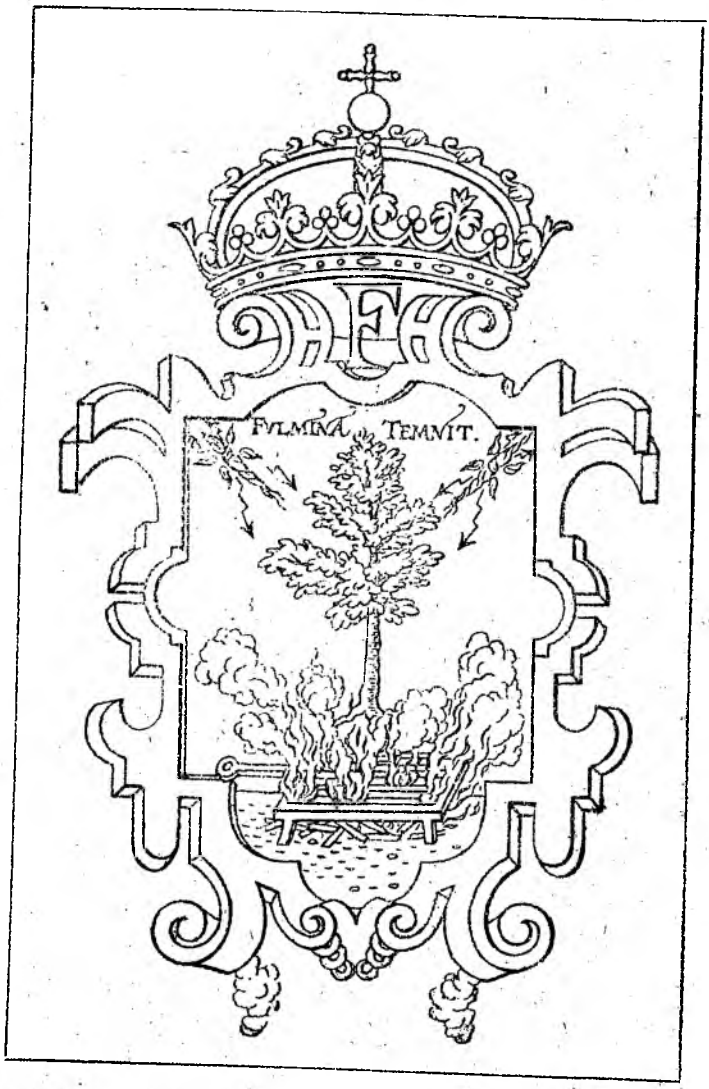
ESCORIAL



Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 12/1944, #50.

SUMARIO

Páginas

ESTUDIOS

Antonio Marichalar (Marqués de Montesa): Tres figuras del XVI: Hernán Suárez de Toledo, Felipe de Borgoña y Briviesca Muñatones.... 9

† Eliseo B. Viejo Otero: El elemento humano en la obra de Marcial 69

POESIA

Luis Rosales: Rimas 95

Mercedes Fórmica-Corsi: Bodoque (novela). (Continuará.) 107

NOTAS

A Viana a despertar a César Borgia, por Pedro Mourlane Michelena 141

Antonio Rodríguez Moñino, un bibliófilo ejemplar, por Dámaso Alonso 149

LIBROS

La poesía de Valverde, por Luis Felipe Vivanco. 156

Silverio Aguirre, impresor - Teléfono 30366 - Madrid

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha: Escorial. 12/1944, #50.

ESCORIAL

REVISTA DE CULTURA Y LETRAS

TOMO XVII

MADRID, 1944

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 12/1944, #50.

De este número se hicieron 100 ejemplares numerados para los suscriptores de honor.

DIRECCION:
JOSE MARIA ALFARO

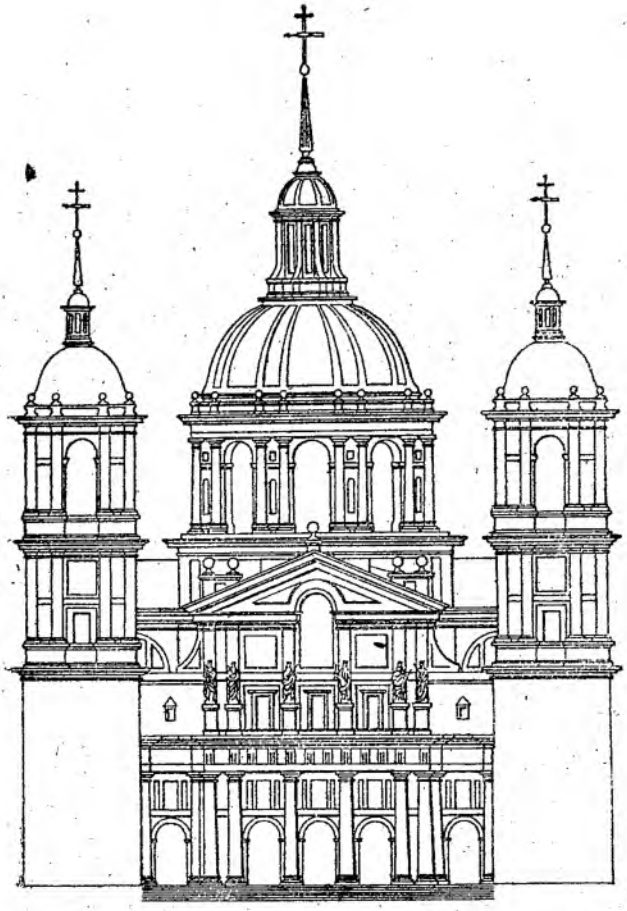
SECRETARIA:
ALFONSO XII, 26
TELÉFONOS 14460 Y 14464

ADMINISTRACION:
CARRETAS, 10
TELÉFONOS 24730 Y 24739

UNIVERSIDAD DE CASTILLA-LA MANCHA
BIBLIOTECA
DONACIÓN DE
PUBLICACIONES

2.3092

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 12/1944, #50.



Estudios

Antonio Marichalar, Marqués de Montesa: *Tres figuras del XVI: Hernán Suárez de Toledo, Felipe de Borgoña y Briviesca Muñatones.* — † Eliseo B. Viejo Otero: *El elemento humano en la obra de Marcial.*

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 12/1944, #50.

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 12/1944, #50.

TRES FIGURAS DEL XVI

Hernán Suárez de Toledo, Felipe de Borgoña y Briviesca Muñatones.

POR

ANTONIO MARICHALAR
Marqués de Montesa.

I

HERNAN SUAREZ DE TOLEDO

HIDALGO TALAVERANO

HACE frío; hace sol. Los estudiantes van de un lado para otro. Uno, de tez verdosa, ha hecho de la beca tapabocas. Otro, de loba raída, se sopla en unos dedos amoratados con ribetes negros. Aquel Señor Licenciado, con barba de dos días, al desembozarse el manteo entreabre olor a cerrado. Para entrar en calor, ladra un perro. El sol, antes de irse, ha tirado una rasa de relente. Del hueco de los patios, ateridos, llegan, sueltos, rebotes de palabras. Al cielo unos vencejos, con sus ayes. Y en el eco de las escaleras resuenan los aldabonazos de unas pisadas presurosas.

Ese colegial envarado, que a nadie cede la pared cuando pasa, es del Mayor de San Ildefonso.

Más allá, lo que empezó en disputa se ha hecho pendencia. Por algo llaman a éstos: "broqueleros de Alcalá". El cardenal

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 12/1944, #50.

fundador quiso distinguir a la complutense de la castiza salmantina; darle aire más nuevo y normas de París que hicieran a los estudiantes despiertos. Es fama su carácter bravucón; no faltará ni espada ni broquel en la espetera, aunque falten libros y tintero.

Es un día de invierno en Alcalá. La luz, azul, se va haciendo rosácea. La piedra se arrebuja en el ladrillo y busca esa última tibieza que el carasol guardaba. Azota el viento a la redonda; desuella al Malvecino y se pierde en los altos de la Humosa. Y el río, por entre chopos en los huesos, acarrea sus últimas virutas de plata.

Han traído a estas tierras al Príncipe Don Carlos. Viene a convalecer. Son las más saludables para curar cuartanas. A su enteca naturaleza habían de probarle los aires del Henares. Le han seguido dos príncipes mozos: Don Juan de Austria y Alejandro Farnesio. Hay otros estudiantes linajudos, con cadena de oro y buenos caballos. Pero la leyenda ha querido conservar únicamente la memoria de los hampones, quizá porque, tirando a pícaros, hacían más pintoresca su condición para que la literatura aprovechase.

En su *Examen de Ingenios* (1575) inserta Huarte de San Juan un diálogo, fidedigno, sostenido, en Alcalá, por el Príncipe Don Carlos y el Doctor Hernán Suárez de Toledo. Era este personaje Alcalde de Corte del Príncipe y ayo suyo, por añadidura.

No es muy conocida la figura de Hernán Suárez de Toledo: inútil buscarla en los índices onomásticos de Cabrera, Porreño o Pinelo; ni siquiera en el de la *Colección de Documentos Inéditos*. No obstante, juega importante papel en la corte de Felipe H. Interviene en diversos asuntos, y como hombre de bien siempre. El Rey le concedió su confianza: le hizo Visitador, Consejero, Alcalde de Corte; le puso cerca de lo que más le importa: el Príncipe. Por cualquiera de sus actividades merecería la atención de algún erudito. Pero, además, es un hidalgo representati-

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 12/1944, #50.

vo, y por eso lo traemos a cuento. Ni en el excelente estudio de Alfonso García Valdecasas ni en el ensayo antológico de Jaime Delgado, que le ha seguido, se menciona a Hernán Suárez de Toledo. Interesa, no obstante, conocer su concepto de la Hidalguía, ya que se lo enseña al Príncipe, nada menos. Según esta versión del *Examen de Ingenios*, discurren ambos acerca de linajes. Pregunta el Príncipe, y Hernán Suárez expone sus asertos. Objeta Don Carlos, Hernán replica, y así pasa la tarde, en Alcalá, un día de curso a principios de invierno.

El Doctor Hernán Suárez de Toledo, aunque jurisconsulto y letrado, es "de capa y espada". La punta de ésta asoma por los vuelos de aquélla cada vez que el doctor apoya, con la mano en la empuñadura, un argumento. Este hidalgo no lleva otro signo exterior sino la cruz de dos colores, florenzada, que distingue a los Familiares del Santo Oficio. La ostenta desde hace muy poco (1). El Doctor Hernán Suárez explica al Príncipe la diferencia que hay entre hidalgos de sangre e hidalgos de privilegio. A éstos los hace el Rey, y los hace precisamente porque hasta entonces no lo habían sido. Aquéllos son hidalgos desde tiempo inmemorial y no es dado saber dónde se halla el origen de su nobleza. Entre ellos se cuenta Hernán. Y el Príncipe se asombra al oír que, como es noble por su nacimiento, ha rehusado lo que pueda ennoblecerle porque teme que esto, más bien, le perjudique.

¿Pero quién era este hidalgo altivo para quien un nuevo honor antes le rebajaba que le enaltecía? Parece extraño que lo rehuya. Y así es. Recibir un honor implica, para el hidalgo, el re-

(1) Obtuvo la Familiatura, con la aprobación de las pruebas de él y de su mujer, el año 1560. Según la mayoría de los autores el Príncipe Don Carlos y los otros dos reales discípulos llegan a la Universidad a primeros de noviembre de 1561 (el P. M. de Iriarte anticipa un año esta llegada en su libro *El Doctor Huarte de San Juan*, 1939, pág. 19). El diálogo hubo de ser muy al principio de la estada, pues que el doctor no había visitado todavía la Universidad complutense; habría de desarrollarse en algún paseo, o más bien, en el Palacio Arzobispal, posada del Príncipe Don Carlos.

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 12/1944, #50.

conocimiento de haber estado ayuno de él y necesitarlo. No acepta una equivalencia de hidalguía, un "como si" fuese hidalgo, que le ofendía y podía perjudicar a sus hijos suplantando la antigua nobleza.

El apellido Suárez de Toledo previene a favor de la, por él cacareada, hidalguía de Hernán. Fueron los Suárez de Toledo conocidos como Señores de Gálvez, de Batres, de Casarrubios, de Peñalver. Han sido Suárez de Toledo algunos que no se nombran así: v. gr., el filósofo Francisco Suárez, el poeta Garcilaso (por línea materna éste). Lo son varias estirpes que, a veces, aparecen como Carvajales o Guzmanes. Pero el Suárez de nuestro doctor es otro. En realidad, es un Suárez de Talavera, aunque la sangre sea —y más directa que en los demás— la de los Toledo de Alba y Oropesa.

El propio Hernán hubo de probar su hidalguía —y en cuanto a la de su mujer se advierte en los documentos que no por mera fórmula—, siquiera fuese un reconocimiento, y no concesión ciertamente, lo que se hizo.

Es la suya una hidalguía que se pierde en la noche de las tiempos. Y que blasona de ampararse en esa oscuridad misma. Parece como que nada se supiese de esta estirpe. En rigor, ni que fuera noble siquiera. Claro es que nada se sabe en contrario tampoco, y eso es lo que importa. No se sabe —no se quiere saber— sino que, de antiguo, tienen consideración de hidalgos y que vienen siendo regidores de la villa de Talavera. Pertenecen igualmente a las Cofradías de Hidalgos, y en éstas el celo era extremado. Pero no constan hazañas de sus mayores ni se hace alarde. El texto de la prueba de su hijo Antonio, referida al abuelo, dice: "Nengún acto positivo ha podido tener que argüir a ser cristiano viejo hijodalgo si no fuese su reputación y trato de tal".

Esta era la más genuina expresión de la hidalguía. Por eso no es insólita. Así, en las pruebas para hábito de las Ordenes, de los actos positivos, al que mayor importancia se da es a

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 12/1944, #50.

la tenencia y meneo o manejo del caballo, casi tanta como a los precedentes de hábito.

Siendo nada menos que Toledo el linaje de Hernán, éste aparece, muchas veces, como Suárez únicamente. Esto hace que los historiadores le confundan. Así, Prescott sufre una equivocación al decir que el autor de las cartas al Príncipe Don Carlos es un eclesiástico, de ese nombre, que le ayudó a bien morir. Este fué, seguramente, el capellán del Príncipe, D. Gabriel Suárez de Toledo, hijo de Hernán. Otros historiadores, como Duprat, en su biografía de Isabel de Valois, cometen el mismo yerro. Gachard niega que Hernán Suárez de Toledo fuese capellán, y en esto no se equivoca; mas, cuando niega también que fuese ayo del Príncipe, sí comete error, pues lo fué desde el año 1556.

Aborda —y esclarece— este diálogo varios temas esenciales respecto a la naturaleza y condición de la hidalguía: su privilegio y su inmemorialidad; su situación económica, etc. Pone en claro también la figura misteriosa del Príncipe Don Carlos, y sobre todo nos ofrece la de su Alcalde de Corte. Y es preciso reconocer que la habíamos tropezado siempre de pasada, sin que los historiadores quisieran detenerse con el detenimiento que merece. No pretenden estos apuntes delinearla; tan sólo dar su nombre al aire por si algún buen investigador se aficiona a ella.

No son muy numerosas las palabras del diálogo. Son, en toda ocasión, sustanciosas. Y por no haberse recogido, dignas de que traigamos ahora, aquí, algo de ellas. Implican una firme convicción. Y si no dicen, en rigor, cosa distinta de lo que digan otras, importa subrayar su sentido y también el estilo que aportan. Y la claridad del concepto. De aquí que sean aleccionadoras.

Así, el tema, ya harto manido, de la pobreza del hidalgo. El mayorazgo no era pobre. Al contrario. Tampoco lo era, en realidad, el hidalgo desheredado. Habría que decir que lo era menos que otro con el mismo bien, pues que sus privilegios le valían de algo. Y estaba más cercano a la fuente de las mercedes y los acos-

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 12/1944, #50.

tamientos. Pero es el hecho que las antologías espigan los ejemplos, más que en los documentos, en la literatura de los clásicos. Y en ellos ese "hidalgo" es un tópico, basado justamente —como el bisoño, el flamenco o el estudiante— en características adjetivas, tomadas de una depauperación en que el tipo es quizás más sugestivo, pero no responde ya a su autenticidad primigenia (2).

Cierto es que el "hijo" de "bienes" no dejará de serlo por carecer de ellos, pero no se debe, por eso, deducir que implicaba pobreza la condición de hidalgo.

Cuando dice Hernán, en el diálogo, que: "hay infinitos hijosdalgos pobres, e infinitos ricos que no son hidalgos", o bien aquello de: "ayer se llamaba hijo de Pedro y nieto de Sancho; ahora se llama hijo de sus obras", pretende aclarar una definición en la cual no estuvieron, en principio, esos derivados. Las otras afirmaciones que hace nos impresionan más porque revelan justamente toda la precisión del concepto. Contra ellas se debate el Príncipe, en el diálogo, y arguye con lógica; ante las razones del Doctor Hernán, se rehusa. Una, entre ellas: concluye Suárez de Toledo abogando por la inmemorialidad; prefiere esa hidalguía de la que "no hay memoria en su principio, ni se sabe por escritura en qué tiempo comenzó ni qué rey hizo la merced". Y añade que: "la cual oscuridad" resulta "más honrosa que saber distintamente lo contrario".

Si de elucidar el concepto económico se trata, Hernán adelanta su propio ejemplo. Y tan pronto como ha dicho que no se graduó en Salamanca, aunque estudió allí, porque el gasto en sus grados es excesivo, "y por eso los pobres huimos de él, y nos vamos a lo barato", añade en seguida: "aunque no eran mis

---

(2) Por su interés excepcional ha subrayado el Marqués del Saltillo algunos empadronamientos sorianos del siglo XVIII, donde consta la misma persona como "del estado noble" y "pobre de solemnidad". (*Hispania*, núm. XIII, 1943.)

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 12/1944, #50.

padres tan pobres, que si quisiera, no me graduara por Salamanca". Pero hace dos aclaraciones y las dos pertinentes. Una relativa a los méritos propios: entiende que "las letras no las recibimos del grado, sino del estudio y trabajo". Otra, antes aludida: "ya sabe Vuestra Alteza que los doctores de esta Universidad tienen las mismas franquezas que los hijosdalgo de España; y a los que lo somos por naturaleza nos hace daño esta exención, a lo menos a nuestros descendientes".

Al orgullo une la impertinencia: "¿Qué rey de mis antepasados hizo a vuestro linaje hidalgo?", le pregunta el Príncipe. Y responde: "Ninguno; porque sepa Vuestra Alteza que hay dos géneros de hijosdalgos en España: unos son de sangre, y otros de privilegio; los que son de sangre, como yo, no recibieron su nobleza de mano del rey; y los de privilegio, sí".

Discurre el Príncipe —con sus dieciséis años— que si él, Don Carlos, en su ascendencia real no sube más allá de Pelayo, el hidalgo llegará forzosamente a un antepasado que no era aún hijodalgo. Y el doctor le responde: "Este discurso no se puede negar porque todas las cosas tienen principio". Pero otra le queda. Sufre, para su coleto, que no tenga aquel Príncipe un sentido de su realeza como el que tiene él de su hidalguía. A tal extremo llega su fervorosa convicción que se niega a reconocerle, a ese amor, principio. Por eso invoca la hidalguía de sangre; esto es, la inmemorial e inconmensurable. Si no lo hiciera de tan buena fe, podría achacársele argucia en recurrir a cierto efectismo tenebroso. Pero es la devoción la que le inspira. Quien ama siente eterno y sin límite, pues que es extremado, ese amor suyo. Cuando nuestro doctor pone, frente a la lógica del Príncipe, el poder de una sombra, sin querer, utiliza esa tiniebla que, a la vez, amedrenta y acoge, y hasta deja esfumada la expresión de una nostalgia. Si hubiese que encontrar en su argumento algún deseo de imponerse —puesto que una declaración de hidal-

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 12/1944, #50.

guía, entonces, reportaba ventajas materiales, amén de la vanagloria—, no habría que buscarlo en la rigidez engolada, que supone un cierto declinar, ni menos aun en "el palillo entre los dientes" de la picaresca literaria; estaría, más bien, en ese su fiar tanto en el tiempo como en la perspectiva. Al hidalgo lo hace el tiempo; sí, pero no sólo el tiempo conocido, sino también el supuesto. Por eso tiene tal valor lo negativo, para la declaración de nobleza, pues que los actos positivos pueden estar contestados por otros.

El Príncipe Don Carlos tiene un concepto demasiado realista de la realeza. No acabaría bien. ¿No sabe que Pelayo era de sangre real? No siente que aquel primer rey ungido de Europa lo había sido en España y en el siglo VII. De nada le ha servido, al nieto, que diez años después de la ceremonia de Aquisgrán, Clemente VII pusiera sobre la cabeza de su abuelo la corona por derecho divino.

Este Príncipe discurre como un jurisconsulto. El alma de este hidalgo, por el contrario, tiene un anhelo de remontarse, un afán de elevación, brotado de una fe entera, que le lleva al desasimiento y mueve a esos "hombres del Renacimiento" cuando están arraigados en la tradición occidental, contra el libre examen ayuno de reverencias. Hernán da la razón al Príncipe como a un orate, porque es verdad que todo tiene principio; pero no es ese un sentimiento propio de quien se llama "príncipe" y debe sentirse él origen. "Todo tiene principio." Sí. "En lo humano", había que añadir. El Príncipe se ha olvidado de Dios; y ha olvidado su venir de muy lejos y de muy alto, "ca el Rey es puesto en la tierra en lugar de Dios...", según se estatuía en la Edad Media.

Y por eso Hernán le da la razón. El Príncipe la quiere para perderla, como quiso a María Garcitas. Don Carlos trasciende a ciertas inclinaciones racionalistas que le acercarán, más tarde, a los enemigos de su padre en Flandes. Una carta de Hernán con-

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 12/1944, #50.

firmará, en su día, estos presentimientos de "cosas terribles", que hoy calla.

Como del alma gótica se ha dicho, podría decirse de la de Hernán que es: "una existencia conducida con plena conciencia, una vida que se ve vivir a sí misma". Y añadir el: "mira que te mira Dios" del católico y del hombre de honor que es el hidalgo.

En un Códice de la Biblioteca Nacional (3) leemos que: "El hidalgo, en cuanto hidalgo, no debe nada al rey porque el rey és caballero y los caballeros descienden de los hidalgos." Planteábase la cuestión de si el rey podía armar caballero al que no era hidalgo. Se resolvía afirmativamente; mas no sin discusión y reserva. Mosén Diego de Valera dice: "Puede el rey facer caballero mas no fijodalgo". En rigor, son cosas distintas. Al hidalgo lo hace la casa y el tiempo; al caballero lo hace el rey; pero lo ocasiona el caballo, y el espaldarazo.

Fijar cuál fuese el concepto de hidalgo era entonces una cuestión vital. Si se era hidalgo, se vivía en una situación privilegiada: no se sostenía al Estado; por el contrario, era el Estado, con sus exenciones, el que sostenía al hidalgo. Además, el serlo permitía ejercitar atribuciones de mando y gobierno. Se entiende que todos pretendieran ser hidalgos y que los tribunales hubieran de intervenir, de continuo, en esta determinación de estado social, relativo a cada uno de los españoles. El noble no pechaba; no pagaba tributos. Pero pagaba lanzas; esto es, ayudaba, merced a su valor y a sus rentas, a la grandeza de su patria. Y armaba gentes a su costa, por lo cual, a su vez, recibía acostamientos y mercedes. El hidalgo inmemorial lo que hacía era una declaración de su estado de hidalgo, y el expediente quedaba reducido a tratar de probarle que no lo era. Por eso se enfrenta con el fiscal que defiende al fisco. Y no se hace mención de actos heroicos; no se refieren proezas, no se hace ostentación de hono-

(3) Ms. 5787.

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 12/1944, #50.

res ni títulos, pero se recoge el menor run-rún adverso; se trata, en rigor, de probar que no se tiene noticia de que nadie haya puesto jamás en duda esa hidalguía. Y con eso basta.

Dice el *Victorial* (4) que noble es quien "haya el corazón ordenado de virtudes". Habrá de tenerlo el hidalgo. Ya sé que no son términos sinónimos, como tampoco lo es el de caballero; mas no hace al caso (5). Había hidalgos de diversas clases. El hidalgo podía no ser noble por ambos costados; el caballero podía no ser hidalgo y el noble (ennoblecido) podía no acreditar la hidalguía que, según las *Partidas*, era nobleza desde sus bisabuelos por lo menos. La madre hidalga no transmitía hidalguía por sí sola; ni el padre hidalgo nobleza, por sí solo.

Si, como dice el autor del *Lazarillo:* "Un hidalgo no debe a otro que a Dios o al Rey nada" (6), el que no se lo debe al Rey —es el caso del inmemorial— siente el origen divino de su condición y de su naturaleza. Esto lo sabe nuestro doctor. Por eso al hablar de su hidalga condición, no duda en decir: "los que lo somos por naturaleza".

Sepamos algo de él; siquiera sea poco. Sabemos algo de lo que escribió y de lo que dijo. Tratemos de averiguar, también, parte de lo que hizo.

De la vida de Hernán Suárez de Toledo hemos reunido, hasta

---

(4) Citado por Jaime Delgado: *El hidalgo español* (1944). Col. Cisneros (Atlas).

(5) El Conde de Vallellano recordaba, en una recopilación, algunas pintorescas leyes del *Fuero Viejo,* como aquella de la hidalga viuda que sacude la albarda en la sepultura del marido plebeyo y dice: "Villano, toma tu villanía y dame la hidalguía", o aquella otra relativa al paso del estado de villano al de noble o viceversa, que se manifestaba pasando por encima o por debajo de la aguijada en la iglesia y en el concejo y la frase: "Dejo villanía y tomo nobleza" o "dejo nobleza y tórnome villano". Que cuando la necesidad acucia, el hidalgo deja su estado y apenca con un oficio; pues ni los beneficios de la hidalguía podía hacer efectivos.

(6) Invocado por Alfonso García Valdecasas: *El hidalgo* (1943), Escorial.

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 12/1944, #50.

ahora, los datos siguientes. Nace en Talavera de la Reina. Pasa allí su infancia y marcha a estudiar Cánones a la Universidad de Salamanca. No quiso doctorarse en ella, por razones que explica, y lo hace en Valladolid seguramente. Siendo aún licenciado se le menciona con ocasión de un suceso acaecido, cuando las Comunidades, el 24 de enero de 1521. Aquel día, al alba, gentes de armas cerraron las puertas de Santisteban y lograron impedir que salieran de Valladolid los oidores y alcaldes. Consta que éstos estaban dispuestos a partir, cabalgando con "sus papahigos y otros aderezos del camino", pero el Licenciado Hernán Suárez, por estar enfermo, no se encontró allí" (7).

No sólo fué oidor de la Chancillería vallisoletana, sino que, en 1540, era corregidor de Madrid; sustituyó en el puesto a D. Sancho de Córdoba y, al año, se nombraba en su lugar a Pero Núñez de Avellaneda. Pasó a ser corregidor de Granada y oidor de su Chancillería. Lo era en 1554, cuando, el 3 de julio, Felipe H le designa para segundo gobernador de la casa del Infante, formada entonces. Era el primero D. Antonio de Rojas; caballerizo, el viejo Luis Quijada, que tanto prestigio había logrado en la Corte, y profesor de primeras letras y de latín Fray Juan de Muñatones, deudo de Hernán; este sabio fué obispo de Segorbe y acudió, como teólogo, a Trento. Nueve años tenía Don Carlos; estaba cerca de la Infanta Doña Juana, la mujer más hermosa de Castilla, al decir del embajador Badoero, y si la más enérgica, no ciertamente con Don Carlos, que se le mostró afectuoso y hasta zalamero. A la muerte de Rojas, se hizo jefe de la casa del Infante a D. García de Toledo, hermano de Alba. Hernán Suárez fué su gentilhombre y, desde 1556, ayo de Don Carlos. Eran los demás gentileshombres: Quijada, Lerma, Acuña, Rodrigo de Mendoza. Ocupó el puesto de guardarropero el capitán Ortega de Briviesca, hermano del citado Fray Juan de Muñatones.

(7) P. Olmedo: *Diego R. de Villaescusa* (1944).

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 12/1944, #50.

En la relación del Príncipe con su ayo Hernán Suárez de Toledo, destacan varios hechos de interés: el diálogo de Alcalá, el testamento del Príncipe, unas cartas de Hernán Suárez y la dote de sus hijas. Puede asegurarse que Hernán Suárez de Toledo supo unir su lealtad al Rey, a un correspondido afecto hacia el Príncipe. Pruebas tenemos de la estimación de éste, pese a las reconvenciones del ayo: poco antes de morir, el Príncipe regala una copa de cristal tallado, en recuerdo suyo, a Hernán Suárez de Toledo, y hasta le designa como su ejecutor testamentario en su última voluntad, redactada el 19 de mayo de 1564, ante el notario Zabala, pero refrendada, en el de 22 de julio de 1568, por Martín de Gaztelu, Notario Real y Secretario del Príncipe (8).

Lafuente creyó que había sido Fray Diego de Chaves el inspirador del famoso testamento del Príncipe Don Carlos; pero el documento está redactado, por entero, de mano de Hernán Suárez de Toledo, y el propio Príncipe dice en él: "Quiero otorgar esta escritura de mi testamento cerrado, según en ella se contiene, la cual yo mandé que escribiese al dicho Doctor Hernán Suárez de Toledo, Alcalde de la Casa y Corte, etc." Gachard supone que no sólo escribió, sino que supo imbuir los conceptos que dicho testamento encierra, el Doctor Hernán: "hombre de gran instrucción, trato dulce y carácter prudente", por quien el Príncipe sentía "afección verdadera y gran deferencia"; mas reconoce que estos conceptos y las admoniciones epistolares del ayo en nada "hicieron cambiar al Príncipe ni sus sentimientos ni sus actos". Historiadores más recientes, como Walsh, se inclinan a creer que si Suárez de Toledo no alteró la innata condición de Don Carlos, lograba al menos que éste consintiera en que pasasen como suyos

(8) El testamento del Príncipe Don Carlos, "escrito por el Doctor Hernán Suárez de Toledo", en nueve hojas folio, pergamino, en Simancas (Patronato Real. Testamentos Reales), está fechado en Alcalá de Henares, a 19 de mayo de 1564. Lleva firmas autógrafas del Príncipe en cada cara y en la cubierta; sello de placa del Príncipe y firmas de los testamentarios.

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 12/1944, #50.

los nobles sentimientos de Suárez de Toledo; con eso se disimulaba una anormalidad que acabaría por no pasar inadvertida a los ojos de los embajadores extranjeros, y que hubo de ser manifestada, al fin, cuando llegó a un extremo incompatible con la sucesión de la Corona. Los historiadores que aprueban las decisiones del Rey, no niegan el rigor con que procedió. La figura de Hernán Suárez de Toledo se nos muestra como el buen cortesano que se esfuerza por evitar lo irremediable. Don Carlos firmaba aquellas declaraciones de su testamento —tan inesperadas en él— por las cuales hacía dotar a una doncella, María Garcitas, con la que había tenido amores, deseaba que se pagasen sus deudas, que se hicieran numerosas mandas, que se manumitiesen sus esclavos, que se apresurase la canonización de San Diego de Alcalá por cuanto le había sanado, y que, a la hora de su muerte, amortajasen su cuerpo con hábito franciscano.

Hay otro suceso. Se dice que Hernán Suárez de Toledo tenía tres hijas, a las cuales no podía dotar sino con un nombre limpio. Ello habla en pro de Hernán, pues disfrutaba varios cargos y tenía influencia en la Corte. Ya se refirió él a lo escaso de sus medios de fortuna cuando hubo de graduarse. El Príncipe Don Carlos, de cuya liberalidad, por oposición a la parsimonia de los Austrias, se ha hecho encomio, redactó una libranza que, según los historiadores, a la letra dice así: "Por esta cédula, suscrita con mi nombre y autorizada con mi sello, yo, el Príncipe Don Carlos, declaro que cuando me sea posible entregaré a vos el Doctor Hernán Suárez, mi grandísimo amigo, la suma de diez mil ducados para el matrimonio de vuestras hijas."

Pero el caso es que estas hijas no aparecen por ninguna parte, y el documento, donde hay una redacción y un "grandísimo" extraño, se nos antoja —si es auténtico— un alegato más de aquellos que han querido hacer grata la figura del Príncipe. Se sabe de una hija (de ella se sabe bastante) Juana, nacida en Talavera. Es raro que de las otras dos no se conozca ni la existencia, y sí única-

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 12/1944, #50.

mente esa vaga alusión del documento. De la hija que sabemos, es poco probable que su esposo exigiese dote para casarse con ella. Si el Doctor Hernán era ministro del Consejo Real de Hacienda y hombre que reunía ingresos bastantes para el sostenimiento de su familia, la situación de su yerno hace pensar también que esas historias de la dote son una patraña. D. Juan de Peralta y Velasco, fué hermano de aquel alcaide de Bugía a quien mandó degollar Felipe II por haber entregado la plaza, y sucedió el mayorazgo de Medina del Campo. Era de la casa de Santisteban de Lerín y Falces, descendiente de Mosén Pierres. Este D. Juan de Peralta Velasco peleó precisamente contra galos y moriscos, a su costa, en Perpiñán y en Granada, sin merma de su hacienda y sin necesidad de cédulas de Don Carlos. De su matrimonio, con D.ª Juana Suárez de Toledo (9), nacieron varios hijos, y sucedió, entre ellos, aquel D. Martín de Peralta, que fué Señor de Tovar en 1621, y de quien, por cierto, dice Bethencourt que era "cabeza del linaje de los pollinos", y llevó, en Medina, la vara hidalga. Casó con D.ª Beatriz de Beaumont y Navarra, de la casa de Mendinueta, cuyo tronco estaba en la de Lerín. Otro de los hijos fué Fernando, Señor de Pollos y Bayona, Caballero del hábito de Santiago en 1625. Una de las hijas se llamó Luisa; es fácil identificarla con la monja del mismo nombre, profesa en el Convento de San Clemente, de Toledo, y es quien, por cierto, refiere la historia de los amores de su tío Antonio con la hija de Felipe de Borgoña.

Los historiadores que no han parado mientes en la existencia —o no existencia, mejor dicho— de las otras dos hijas de Hernán Suárez, han puesto en duda la fecha de esa cédula, por la cual el Príncipe las dotaba. Si puede impugnarse su fecha (y su lenguaje), fácilmente será apócrifa. Pero lo que a estos his-

(9) Doña Juana quedó viuda joven; falleció en 1611 y "se enterró", con su esposo, en su capilla de la sacristía de San Andrés el Real, de Medina del Campo.

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 12/1944, #50.

toriadores interesa es poner en claro si ese acto de amistad, mostrado por el Príncipe a Hernán, fué anterior o posterior a las dos famosas cartas que éste escribió a aquél, y en las cuales le reconviene tan duramente. Otro tanto sucede con el famoso testamento del Príncipe. Habría que llegar a la conclusión de que el avieso y voluntarioso Don Carlos aceptaba resignadamente las censuras, cuando éstas provenían de persona que, como el Doctor Hernán Suárez, pesaba mucho sobre él. Pero la cédula del Príncipe puede, muy bien, estar amañada con el deliberado propósito de adornar a Don Carlos de virtudes de que careció. No es posible olvidar la pasión que los historiadores han puesto en este tema, y aquellos que fueron más decididos a favor del Príncipe (como Güell y Renté) no dudan en afirmar que la cédula sea anterior a las cartas del doctor, y le dan la fecha de 12 de agosto de 1557. Otros la suponen hasta nueve, y aun diez años anterior.

Las cartas de Suárez de Toledo exhortando al Príncipe para que se enmiende, son, según Gachard, de diciembre de 1566 y de marzo de 1567. La segunda es particularmente interesante por cuanto se refiere a ciertos desvaríos que llevó a cabo el desdichado Príncipe. Claro es que los historiadores adversos a Felipe II se resisten a reconocer esos extremos. No obstante, se desprenden, con toda evidencia, de algunos párrafos. El Príncipe olvida sus deberes de cristiano. Esto se sabe y causa escándalo. Su ayo, afligido, le amonesta severamente. Quien así se indigna es un ministro del Santo Oficio: Hernán Suárez de Toledo había ingresado en él siete años antes.

No se aportan los textos autógrafos y las versiones de algunos párrafos, en los historiadores, no son siempre idénticas. Pero el contenido es el mismo. En él se dice: "Vuestra Alteza ha comenzado cosa de tan mala nota y ejemplo como es no confesarse. ¿Y qué suceso puede de esto salir que no sea de malísima calidad como es ello? Y Vuestra Alteza entiende muy bien

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 12/1944, #50.

que cuanto pretenda por vía de enemistad y desobediencia con su padre es malo y demás ofensa a Dios. ¿Pues cómo quiere Vuestra Alteza que cosa de cuantas desea tenga buena salida? Y esto se ve por todos. Y Vuestra Alteza declara que lo ve mejor que nadie y aun lo confiesa en no confesarse, pues si no fuese viendo que es tan malo que no sufre confesión ni comunión, ni se habría Vuestra Alteza apartado de ella... Vea Vuestra Alteza qué harán y dirán todos cuando se entienda que no se confiesa y se hayan descubierto otras cosas terribles, que lo son tanto que llegan a que el Santo Oficio tuviera mucha entrada con otro, para saber si está cristiano o no."

Bien merecen estos documentos una inquisición de los eruditos, ya que los historiadores se apresuran a comentarlos sin realizar siquiera el más elemental cotejo de las versiones. En estas cartas no sólo se acusa al Príncipe de "cosas terribles" en las que habría de intervenir el Santo Oficio, sino que, además, Hernán le afea el desobedecer al Rey "con bofetones". Le reprende por "hacer mal a veintitrés caballos y no dejar cosa sana". Denuncia, por añadidura, sus tratos secretos con los procuradores flamencos, e invoca —en un resabio harto renacentista— la mitológica imagen de Icaro, la cual dice bastante, por sí sola, respecto a la rebeldía y soberbia del infante frente a la autoridad de su padre.

Inútil fué este denodado afán por salvar al Príncipe. Y tanto se abrazó al náufrago, nuestro doctor, que estuvo a punto de ser arrebatado también en la procela. Si hemos de creer a Francisco de Soto, en unas anotaciones a una *Historia de Talavera*, manuscrita, parece ser que Suárez de Toledo estuvo a punto de ser encausado también por la Inquisición. Pero dichas cartas hubieron de borrar toda sospecha. Si el hecho es cierto, los escritos de Hernán garantizan su ortodoxia, a la vez que el celo excesivo, que como ayo, puso cerca del Príncipe. Es notorio el ascendiente de Hernán Suárez sobre él; pero también

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 12/1944, #50.

su ineficacia. La sagacidad de este letrado, que precedió a Don Quijote en su anhelo de enderezar entuertos, valió de poco. Don Carlos había mal remedio. Un biógrafo suyo (Giardini) afirma, al comentar la muerte de Honorato Juan, que no por eso había perdido el Príncipe todos sus amigos, ya que "le quedaba el doctor Suárez de Toledo". Pero no dice lo que a éste quedó: sinsabores.

Intervino Suárez de Toledo en las intrigas llevadas por Martínez de Ezcurra, en nombre del Duque de Vendôme. En una carta de Juan Vázquez de Molina, dirigida desde Valladolid al Emperador, el 20 de septiembre de 1557, se habla de enviar al Doctor Suárez para que vaya a satisfacer al Duque de Vandoma, que tenía quejas. Y añade que ha pedido ya un salvoconducto. La cuestión era reservada, pues la carta va en cifra (descifrada por Martín de Gaztelu); mas ignoramos si hace el viaje Suárez, ya que no vuelve a mencionarse su embajada.

Cerca de Felipe II, pertenecía no sólo al Consejo Real, sino que era además ministro del de Hacienda. Fué de estos personajes que, como el Doctor Martín de Velasco o el Licenciado Briviesca Muñatones, en rigor, llevaban el peso del gobierno, pues dictaminaban todos los asuntos y había que contar con ellos. Son estos jurisconsultos origen de una nobleza togada, que si no cuaja siempre, es porque, a veces, no perservera dentro del mismo linaje en España.

Ejerció de Alcalde de Casa y Corte en diversos sitios: en Madrid, en Medina, en Alcalá, en El Pardo, en Aranjuez, y en otros lugares, de los cuales no hemos tropezado testimonio; pues —quede advertido al paso— los datos sobre él acopiados, aquí, son fruto del albur, al margen de otras investigaciones, y no de una averiguación metódica.

Aparece, frecuentemente, administrando justicia. Así, acuden, ante él, en Medina del Campo, los mercaderes de la feria, en cierta ocasión, para exponerle el temor que tenían de que

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 12/1944, #50.

las remesas de oro, traídas de las Indias, en los galeones, fuesen a resultar insuficientes para compensarles de los muchos gastos que habían hecho. Como tal Alcalde de Casa y Corte recibe constantes cometidos. De alguno sabemos. Así, el 26 de enero de 1560, Felipe II daba, en El Pardo, poder al Doctor Hernán y al secretario Pedro del Hoyo para que se persiguiese a los cazadores furtivos. El 20 de junio, del mismo año, da otra cédula, desde Toledo, encaminada a idéntico fin, en los bosques de Aranjuez.

Hernán Suárez de Toledo fué nombrado visitador de los Tribunales Reales el 17 de junio de 1556. Y no es raro encontrar testimonios de cómo, en ocasiones diversas, ejercía este cargo.

Esteban de Garibay refiere, en sus *Memorias*, que: "En principio de este año (1568) su Majestad envió al Doctor Hernán Suárez de Toledo, de su Consejo Real, natural de la villa de Talavera de la Reina, por visitador de la provincia de Guipúzcoa y reformador de la Universidad de Oñate." Cuenta, luego, cómo sale hasta Oñate a saludarle, acompañado del Doctor Pero García del Oro y Asensio López de Ascarazo. El Doctor Suárez de Toledo celebró grandemente el encuentro con persona de tantas luces como era el cronista Garibay, y pese a la resistencia que ofrecía éste, hizo que se le designara para acompañarle en la visita de Irún. "De este modo —dice Garibay— tuve, en este año, dos varas de Guipúzcoa: la una, la ordinaria de Mondragón, y la otra la de la Alcaidía de Sacas en la frontera de Francia."

Suárez de Toledo y Garibay se reunen nuevamente en Tolosa, el 7 de junio de 1569: "comenzando la visita de su cargo de la nueva reformación de Guipúzcoa". Acompañaba a Suárez de Toledo el escribano Martín de Alderete. Antes de ir a Fuenterrabía toma declaración a Garibay, quien dice: "Me hizo detener aquella mañana, en la cual mé tomó mi deposición... con juramento".

Ese mismo año encomendó Felipe H a Hernán Suárez de Toledo la visita de las iglesias del Señorío de Vizcaya para averi-

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 12/1944, #50.

guar cuáles eran de Patronato Real. Se habían dejado perder muchas Bulas, y con ellas pingües beneficios y regalías de la Corona, e intentaba reclamarlas.

Siendo visitador, Hernán Suárez de Toledo intervino en gran cantidad de probanzas de nobleza, que tan necesarias se hacían en aquella época para todo. Y en una visita a Zaragoza, el año 1557, se llevó el llamado *Libro de Armería de Aragón* para trabajar con él. Cuatro años después se echa de menos el libro. Se hacen pesquisas infructuosas. Alguien recuerda que se lo habían entregado, en Madrid, al Rey para que lo viese. Quien lo entregó era el Doctor Hernán. También había desaparecido la *Crónica de Navarra*, del Príncipe de Viana, y el *Libro de Armería* de este reino. En la colección de manuscritos del British Museum (10) se guardan algunos documentos relativos también a la pérdida del *Libro de Escudos de Navarra*. Son unas cartas del Cardenal Espinosa, dirigidas a Hernán Suárez de Toledo, en los años 1569 y 1570. Pero resulta que, a fines de este año, muere Hernán Suárez de Toledo. Continúa el misterio, y nadie sabe ponerlo en claro. Dentro de 1570 se promulgan cartas de excomunión contra el que lo hubiese ocultado. Hay quien lo supone en América. El doctor se ha llevado el secreto, sin querer. Pero, al año siguiente, el Doctor Frías de Albornoz, paisano del Doctor Suárez de Toledo, declara que, estando ambos en Toledo, hace años, Hernán Suárez le había entregado, a él, unos "borradores de escudos de armas", y que, en Sevilla, el año 1563, le entregó también la *Crónica de Navarra*, del Príncipe de Viana. Tanto estos "borradores de escudos", como la *Crónica*, fueron embarcados por el dicho Doctor Albornoz, cuando éste partió para Indias. Mas hubo un naufragio. Salvó la vida Albornoz; pero aquellos valiosos papeles desaparecieron. Y lo curioso es que, en España, continuó ignorándose esta explicación, que dan

---

(10) T. III, pág. 257 del *Catálogo de Gayangos*.

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 12/1944, #50.

las cartas del British Museum, pues, a fines del siglo XVIII, todavía se sigue preguntando su paradero.

Yanguas habla (11) de un cierto visitador, llamado el Doctor Juárez, que tomó el antiguo *Libro de Armería* de las casas solariegas de Navarra, por los años de 1560. No es otro aquel doctor que nuestro Hernán Suárez de Toledo. Frías de Albornoz naufragó el año 1563. Entre tanto, las Cortes de Navarra reclamaron el *Libro*. Se ignoraba que Suárez lo entregó, y a sabiendas del Cardenal Espinosa, que es quien tenía que saberlo.

Más tarde, se formó otro libro con los apuntes que había en el Archivo de Navarra, donde se guarda memoria, además, de este enredo. Pero se perdió aquel libro original, "de incalculable trascendencia nobiliaria", según los genealogistas.

Y, ahora, vamos a otra historia: "El estudiante salmantino que da cuchilladas al aire, el Bartolo del *Entremés*, el caballero orate de Sacchetti, no se parecen a Don Quijote, sino muy de lejos", afirma Menéndez Pidal. Pero los cervantistas han querido advertir un posible modelo en personajes librescos y en personas de la vida real. Sbarbi vió, en Don Quijote, una alusión política al Conde de Puñonrostro. No ha faltado quien señale al veedor de galeras Martín Quijano o al hidalgo de Esquivias, Alonso Quijada (12). Y podían traerse otros modelos. Así, por un manuscrito de la Biblioteca Nacional (del cual volveremos a hablar), tenemos noticia de que, en 1568, un Juan Pérez de Lazárraga, caballero principal de Oñate, tenía harto corrido a su yerno, el Alcalde de Corte Alava, por las "muchas tolhedades" que hacía en su delirante frenesí; entre ellas: "Solía armarse é ir a Vitoria con una lanza gineta y adarga, y correr las calles, apellidando: ¡Santiago, Santiago!"

Pero es lo más probable que Cervantes tomase su protagonis-

---

(11) *Diccionario de Antigüedades del Reino de Navarra.*

(12) Hasta el caballerizo Luis Quijada ha sido designado por alguno.

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 12/1944, #50.

ta de varios modelos; uno de ellos quizás el Doctor Hernán Suárez de Toledo. Pudo tener noticia del hidalgo por el diálogo que transcribe Huarte de San Juan. Sabida es la influencia que tuvo el *Examen de Ingenios* en la tipología del *Quijote;* y es indudable que Cervantes leyó toda la obra. Pero pudo conocer al propio Hernán Suárez de Toledo, y en el mismo Alcalá, de vista a lo menos. Cuando el Doctor Hernán Suárez acompaña al Príncipe Don Carlos, en sus paseos universitarios, Cervantes es el muchacho despierto que lee cuanto cae en sus manos, hasta, según propia confesión, los papeles desgarrados que encuentra en la calle. Hacia los cinco años está en Valladolid; hacia los dieciséis en Sevilla. Tiene ya más de veinte cuando estudia, en Madrid, con López de Hoyos. Pero, antes, ha podido estudiar en Alcalá. No es probado, mas no es improbable.

Pudo haberle hablado de él alguno de sus amigos. Quizá aquel capitán talaverano, Francisco de Meneses, que estuvo con Cervantes en Africa, y que seguramente estaba emparentado con los Suárez de Toledo (13). Y con los Cervantes manchegos. En Talavera de la Reina había un mayorazgo de Cervantes, y Méndez Silva (14) afirma que del famoso tronco Nuño Alfonso, origen de los Suárez de Toledo, proceden también estos Cervantes de Talavera de la Reina, como los Cervantes del autor del *Quijote.* Aldonza de Toledo se llama una abuela tercera de Miguel. Y Hernán estaba muy emparentado con D.ª María Cervantes y Sesé. La relación con los Girones ha sido señalada, tanto en la vida, como en la obra de Cervantes. En aquélla surge el granadino, renegado, licenciado Girón, que Cervantes

---

(13) Francisco de Meneses, capitán, vecino de Talavera de la Reina, cautivo en La Goleta, esclavo de Azan Bajá, fué puesto en libertad el 1578, cuando tenía veintiocho años y no a la vez que Cervantes, como afirma Fz. de Navarrete (Pérez Pastor).

(14) Rodrigo Méndez Silva: *Ascendencia ilustre, gloriosos hechos y posteridad noble del famoso Nuño Alfonso, Alcaide de Toledo.* Madrid, 1684 (folio 56).

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 12/1944, #50.

halla en Africa. Un Girón nombró corregidor de Osuna al abuelo de Miguel. Y éste no sólo alude, en pasajes de su libro, a las armas de los Girones, en la tres colas de la Condesa Trifaldi y en aquello de que: "Dulcinea tiene un jirón que la puede llevar a ser reina", sino que ha dado lugar a que Rodríguez Marín identifique al D. Fernando, de la historia de Dorotea, con un D. Pedro Girón, nacido en Morón, en septiembre de 1557, hijo segundo del primer Duque de Osuna. Y los Girón, de Talavera, eran deudos de los Suárez de Toledo.

Hay un Loaisa en *El Celoso Extremeño*. La relación de los Loaisa con los Suárez de Toledo es continua. A la casa del Arzobispo Loaisa pertenece un nieto del Doctor Hernán Suárez, que será maestresala del Cardenal Sandoval y Rojas, protector a su vez de Cervantes. De éste son aquellas palabras: "Vívame la suma caridad del ilustrísimo de Toledo D. Bernardo de Sandoval y Rojas"; y, días antes de morir, le escribe para agradecerle mercedes. Un hijo de Hernán, D. Gabriel, preside el Consejo del Cardenal, en Toledo. Si Cervantes no alcanzó al doctor, hubo de oír hablar de su hidalguía sentenciosa: que el doctor, aunque no hiciese "tolhedades", decía de las suyas.

No es que sirviera el Doctor Hernán de modelo ni al caballero de la Triste Figura ni al del Verde Gabán. Pero uno y otro tienen de él. Hernán Suárez de Toledo no es hidalgo por su vida como lo sea Miranda. No lo es por sus acciones desmesuradas. Mas algo hay, no obstante.

Blasona el doctor de su estirpe. Y a justo título, que: "fueron de esta familia antecesores — los griegos de la Grecia emperadores", como dijera el *Carlo Famoso*. Descendía, en efecto, la alcuña de un Conde de Carrión, nieto de un Conmeno Paleólogo. Tenía, pues, el mismo origen que la casa de Alba. Y las mismas armas: los jaqueles, que —alusión a la vida en el tablero— el viejo Illán llevó todavía en orla, y no el castillo, propio de los Suárez de Toledo toledanos. Esto es notorio; si bien, en la ge-

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 12/1944, #50.

nealogía, no sea siempre fácil concordar a Salazar y Castro con el Conde de Mora, y a Gutiérrez llamen Pedro allá en tiempos remotos. Lo cierto es que —de Lampardes, en Lampader, y de Melén, en Meléndez—, se sigue, con evidencia, la línea. Y aunque en esta del doctor no habían sido los enlaces, acaso, tan ilustres como en las de Mocejón o de Valdecorneja, Hernán era de los que creían que tan alta era su sangre que nada podría ennoblecerla; mucho menos arruinarla.

De la ascendencia del Doctor Hernán hemos averiguado lo siguiente: D.ª Mayor González de Toledo, quinta nieta del Conde Pero Gutierre de Carrión y Jimena Muñiz (hijo él de Isacio Conmeno César, y ella del Príncipe Nuño Alonso, origen de los Toledo) casó con un alcalde mayor de Talavera de la Reina, llamado Gonzalo Díaz de Mena. Su descendencia fué la de estos Suárez, de Talavera. De ellos, Pero Suárez de Talavera, o de Toledo, casó con Catalina de Carvajal (de los Carvajales de Plasencia, tan famosos), y fué cabeza de la línea de los Suárez de Carvajal, Señores de Peñalver. Un hermano suyo es padre de un primer Doctor Hernán Suárez de Toledo, colegial del de Cuenca, en Salamanca, y canónigo de la Doctoral de Sigüenza. El tercer hermano, Fernán Suárez de Toledo, es regidor de Talavera; viudo de D.ª Francisca de Pineda (hija del regidor Hernando de Talavera) y sin hijos de ese matrimonio, vuelve a casar con D.ª Juana de Alvarez Tello de Toledo, hija de Alvaro de Toledo, y de ella deja una hija, que profesa en San Benito, y a Antonio Suárez de Toledo, el cual continúa la casa y hace pruebas de su nobleza para ser de la Cofradía de los Treinta Hidalgos o de San Pedro, y de la de San Bartolomé, ambas en Talavera. Fué regidor de Talavera de la Reina y Alcalde de la Santa Hermandad Vieja. Su esposa, D.ª Catalina de Pedraza, pertenece a la Cofradía de Nuestra Señora del Prado y a la de San Bartolomé; es hermana de D. Antonio Núñez de Pedraza. Fueron sus hijos: dos frailes jerónimos (Fray Diego Suárez y Fray Pedro de Tole-

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 12/1944, #50.

do, que en 1519 perdió las pechas que tenía, fué nombrado Jurado de los Hidalgos de Talavera y murió en el Monasterio de Santa Catalina, donde había profesado, previas pruebas de limpieza), y Hernán, el famoso doctor motivo de estas páginas.

Estos datos (tomados de tres manuscritos de la Biblioteca Nacional: García Fernández, *Historia de Talavera de la Reina;* Tejada de los Reyes, *Historia de Talavera;* Suárez de Talavera, *Noticias genealógicas)* concuerdan, salvo algún error de copia, con los expedientes del Archivo Histórico Nacional, y confirman lo que D. Pedro de Rojas, Conde de Mora, dice en su *Discurso manuscrito de los Toledo, 1636* (Real Academia de la Historia), que: "D.ª María González de Toledo, que casó con Gonzalo Díaz de Mena, de quien son descendientes D. García de Loaysa, Arzobispo que fué de Toledo, y D. Gabriel Suárez de Toledo, Arcediano de Madrid y Canónigo de la Santa Iglesia de Toledo, Presidente del Consejo del Ilustrísimo Señor Cardenal D. Bernardo de Sandoval y Rojas... y también descienden su hermano del referido D. Gabriel y sus hijos D. García Suárez de Carvajal... y todos los Toledo de Talavera". El referido D. Gabriel era hijo de nuestro Doctor Suárez de Toledo.

El hecho es tan claro que hasta el P. Jerónimo Román de la Higuera, de quien es preciso desconfiar siempre por su participación en los falsos cronicones (15), acierta esta vez, en sus *Linajes de Toledo* (manuscrito de la Colección Salazar), donde afirma que D. García y D. Gabriel Suárez de Toledo, el Arzobispo García de Loaysa y los Suárez de Carvajal de Talavera descienden de los hijos, establecidos en Talavera, de Gonzalo Díaz de Mena, Alcalde Mayor, y de su esposa D.ª Mayor González de Toledo (16).

---

(15) Véase: Ballesteros, Sánchez Alonso, etc.

(16) Bethencourt *(Historia de la Casa Real y Grandes de España,* III, pág. 297) dice del Dr. Hernán que fué "de una línea legítima de la grande raza de los Toledos, que dió muchos y buenos servidores al

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 12/1944, #50.

Hombre de tantas ínfulas como el Doctor Hernán no había de casar con mujer plebeya. La eligió de análoga condición a la suya, aunque no de mejor linaje ciertamente. Era ella D.ª Luisa Gumiel de Madrigal y Encinas, de la Cofradía de Nuestra Señora del Prado. En 1560 hubo de probar su ascendencia para que ingresara su esposo, en calidad de Familiar, en el Santo Oficio. Resulta como sigue:

Un Juan Sánchez de Escalona, armado caballero en 1442 (por D. Pedro de Portugal, hijo del Rey Dionís, en cumplimiento de una disposición dada por Juan II), fué dos años después Alcalde de Talavera de la Reina. Casó con María de Alvartéllez (hija de Francisco Téllez y María Alvarez de Mena) y tuvo de ella a: Francisco Téllez de Escalona (esposo de Catalina Rodríguez de Oropesa), María Suárez Téllez (esposa de Juan de Oropesa) y a Juana Téllez de Escalona, que casó con Pedro de Madrigal. Nacieron de este enlace: Juan de Madrigal, Canónigo de Talavera, dignidad de Tesorero, a quien sorprendió la muerte en Roma; Diego de Madrigal, casado con Bernardina Gómez Escobedo (hermana de Juan de Escobedo), padres ambos de María (esposa de Alejo de Avila, de Talavera) y de Francisco de Madrigal.

Este D. Francisco de Madrigal acabó sus días de sacerdote, Canónigo dignidad de Tesorero en la Colegial de Talavera, y

---

Estado, y cuyos jefes fueron Señores de Peñalver y Alhóndiga con el apellido Suárez de Carvajal". Acierta en darles por armas los quince puntos de ajedrez de plata y de azur y no el castillo de los Suárez de Toledo toledanos.

Rodrigo Méndez Silva: Op. cit.,

Nuño o Munio Alfonso, cantado en la *Crónica Latina de Alfonso VII*, y comentado por Menéndez y Pelayo, en su *Antología de poetas líricos castellanos*, cortó dos cabezas de Reyes moros, y dice el romance:

"Es el primer monstruo
que con dos cabezas
quedó más hermoso."

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 12/1944, #50.

fué llamado el "Tesorero viejo"; pero había sido militar y apuesto. De muy mozo sirvió en el Ejército, y hallándose en Fuenterrabía con el Gobernador de la plaza, enamoró a Navarrina de Aya. Murió ella en Talavera, donde, según las informaciones de los testigos, llamaba la atención por su vestido y tocado alto al gusto de Guipúzcoa. Dejó un hijo: Esteban de Madrigal, que fué Alcalde de la Santa Hermandad Vieja, de la Cofradía de los Treinta Hidalgos, y que casó con D.ª Francisca de Encinas, hidalga también, y en ella tuvo a la antes citada Luisa, esposa del Doctor Hernán.

Es de advertir que en los expedientes de pruebas que se siguen a estos miembros de la familia del linajudo Doctor Hernán no faltan ni los reparos ni las dilaciones. Mas, ¿qué otra causa pudo haber, pues que al fin son aprobados, que enrabiar al puntilloso doctor y poner también su vanidad a prueba?

Además de la hija citada, dejó el Doctor Hernán tres varones, nacidos también de su matrimonio con D.ª Luisa Gumiel de Madrigal y Encinas. Fueron éstos: Antonio, Gabriel y Esteban. D. Gabriel Suárez de Toledo, de quien se habló, aparece a veces como Caballero de San Juan, mas no debió serlo, sino un sobrino suyo del mismo nombre. Sabemos de él que se dedicó a la Iglesia y fué Capellán Mayor del Príncipe Don Carlos. Obtuvo una canonjía en la Catedral de Toledo, después que el Cardenal Silíceo estableció rigurosas pruebas de nobleza para los canónigos, y fué Arcediano de Madrid y Dignidad de la Primada, y en el Santo Oficio, Inquisidor y Consultor. Presidió el Consejo del Cardenal Primado cuando lo era el insigne D. Bernardo de Sandoval y Rojas. El hijo en quien continuó la sucesión legítima de Hernán se llamaba D. Esteban Fernán Suárez de Toledo. Era nacido en Talavera de la Reina, donde fué Regidor perpetuo y formó parte de la Cofradía de San Bartolomé. Aunque Familiar del Santo Oficio de Toledo, logró tanto renombre como diestro en el juego

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 12/1944, #50.

de toros a caballo, que le conocieron en su tiempo como "el alanceador", según refiere Bethencourt. Casó con una prima tercera suya, nacida en Madrid el año 1572: D.ª Antonia de Briviesca Muñatones y Carvajal (hija del famoso Licenciado Gracián), y en su hijo D. Fernando Suárez de Toledo, Caballero de Santiago (1627), continuó esta varonía en Talavera de la Reina, hasta recaer en la casa soriana de San Clemente. El tercer hijo de Hernán fué el ya citado D. Antonio Suárez de Toledo, el cual muy joven vino a la Corte y allí entró de paje noble del Príncipe de Eboli, el valido "Rey Gómez". Consta que antes "se crió en la Casa de Su Majestad, en la Corte y en Inglaterra y en Flandes, en paz y en guerra". Era el mayor de los hermanos, mas no dejó descendencia legítima y acabó sus días en el sacerdocio. Dice un historiador que fué "Canónigo de la Iglesia Primada de Toledo, uno de los primeros después del Estatuto que exigía pruebas de nobleza a aquellos capitulares", pero el Estatuto estaba en vigor desde el año 1547, pues sabida es la aversión que el magro cardenal tuvo a la "sangre ruin", como se decía entonces. Antes, cuando muy mozo y después de haber corrido mundo y cortes, Antonio regresó a Toledo, tuvo un amor novelesco que le hizo emparentar con el famoso entallador Felipe de Borgoña, y esto nos ha permitido saber cosas que ignorábamos respecto a la vida y a la obra del maestro borgoñón Vigarni.

II

NUEVOS DATOS PARA LA VIDA Y OBRA DE FELIPE DE BORGOÑA

Cuando un español iba a tierras extrañas entraba espada en mano: se adaptaba difícilmente o no se daptaba. El favor

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 12/1944, #50.

no le retenía. Y tarde o temprano, se vuelve a su tierra. Ahí tenemos el caso del aragonés Juan de la Huerta. Salido de Daroca (otro español, llamado Juan Drogués, debe ser este mismo "daroqués" Juan de la Huerta) cae en la Corte de Borgoña, donde infunde curiosidad —y hasta admiración por su arte, que supera al de aquellos maestros—; pero, al poco tiempo, pavor por su modo de ser atrabiliario. Su carácter irreductible pone a prueba toda la paciencia de Felipe el Bueno. En tanto él trabaja y huelga, los súbditos del Duque de Borgoña han de aguantar sus intemperancias. El inquieto aragonés incumple contratos, pero descubre minas y tesoros, embauca a unos y desespera a los otros, hasta que se hace necesaria una sentencia condenándole a esculpir una imagen. Todo fué porque Juan —daga pronta y cincel perezoso— llenó de improperios y amenazas al alcalde de Mascaheno (¿Mâche foin?). Por último, el violento y sagaz Juan de la Huerta acaba poniendo bruscamente tierra por medio, cuando barrunta que aquella gente cachazuda puede hacerle víctima, al fin, de alguna añagaza. Desaparece de la Corte borgoñona en 1455 y no se sabe más de él allí. Quizás vuelve a España. Entre los espaderos de Toledo figura un deudo suyo: su hijo acaso.

En cambio, cuando un borgoñón viene aquí, se españoliza y hace escuela. Más que ninguno, el flamenco Felipe de Borgoña, cuyo temperamento toma fácilmente la forma de esa España que le cobija. Se afirma que este Felipe Vigarni vino, en efecto, de Langres, y cruzó el Pirineo, por vez primera, en una peregrinación a Santiago. Le llevaba, sin duda, su pío fervor —pues siempre probó, después, ser cristiano viejo— y sin duda, también, el anhelo de contemplar el Pórtico de la Gloria. Y fuese el arte de España o las artes de una Marisáez Pardo que le retuvieron, el hecho es que no volvió a salir de España; y en Toledo se encuentra dignamente sepultado, junto al altar de la Descensión de Nuestra Señora. La inscripción ha desapa-

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 12/1944, #50.

recido; pero los altos términos de ésta, y otra en la misma catedral, pueden leerse en Ponz, que las transcribe (17).

"Philippus Burgundio Statuarius, qui ut divorun effigies manu, ita mores animo exprimebat H. S. E. Subselis chori extruendis intentus, opere pene absoluto inmoritur. Ann. M. D. XLII. die X Novem."

Felipe de Borgoña, elogiado por Sagredo —su amigo y acaso su colaborador—, supo captarse la protección de los grandes y de los cabildos. Lo debió a ese arte —muy "a lo romano" y algo insípido— y a su carácter dúctil. Contrasta, por ejemplo, su actitud con la de Alonso Berruguete, cuando éste se niega a modificar una obra suya e invoca su obligación, como artista, de hacer, mas no de deshacer, sus tallas.

Un manuscrito de nuestra Biblioteca Nacional, publicado en una tesis sobre Juan López de Lazárraga y el Monasterio de Vidaurreta, dice que ese matrimonio del escultor y Marisáez se hizo por orden del Condestable. Era hija ella de un burgalés llamado Juan Pardo, "el grande", y hermana de Silvestre Pardo, cuya familia fundó el Monasterio de San Juan, en Burgos. Dice también que: "Felipe Vigarni fué famosísimo escultor", y que el Condestable Don Pedro Fernández dé Velasco "le respetaba como caballero y hombre de sangre ilustre, porque además y allende que el dicho Maese Felipe lo mostraba por su persona y valor, se verificaba por los crecidos títulos de su dependencia y nobleza que traer solía consigo". En los contratos que hizo Felipe de Borgoña para los sepulcros de los Avellaneda, en Espeja, se le llama: "El honrado Maestro Felipe." Era, pues, su condición social, en España, esta de "honrado", que, como es sabido, representó un grado intermedio entre la hidalguía y la burguesía del comercio. Pertenecía, por lo tanto, a esa clase de ciudadanos pudientes que tenían por su honradez —en un

---

(17) *Viaje de España*, t. I, carta 2.ª

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 12/1944, #50.

doble sentido— el respeto de todos. Y en unas informaciones para cargos de la Inquisición se dice que Gregorio Pardo, hijo de Felipe Vigarni, probó su sangre de "cristiano viejo" para ingresar en la Cofradía de San Bartolomé de Talavera.

Esos expedientes de la Inquisición no aparecen mencionados por ninguno de los especialistas que, como Gómez Moreno, Tormo, Bordona, Villacampa, Sánchez Cantón, etc., se han ocupado de Vigarni, y contienen numerosos detalles relativos a la familia del escultor. Merecen ser recogidos por lo que enriquecen cuanto hasta ahora se sabe de su biografía y porque aportan testimonio acaso definitivo para la atribución e inventario de algunas de sus obras. Los datos que se habían utilizado fueron principalmente los que se hallaban en la documentación acopiada por Pérez Sedano y R. Zarco del Valle, y los que se encontraron en Sagredo, Ceán, Llaguno, Martí Monsó, Martínez Sanz, etc. A esto se añadió, después, algún que otro contrato. Ahora bien, las declaraciones testificales, recogidas para probar que no tenían "sambenitos" los pretendientes a cargos del Santo Oficio, permiten extraer nuevos datos y probar la filiación de esta familia con la de los Suárez de Toledo, cuyos son los expedientes a que venimos refiriéndonos. En tanto que el maestro "ymaginario" se afanaba, entre ganapanes y trajineros de la cantería, le creció una abigarrada prole, la cual florecía, como retablo plateresco, en bellezas extrañas, que dieron que hablar y que escribir por entonces. En estos expedientes se aclara lo que ya Gómez Moreno establece: que el escultor Gregorio Pardo, a veces Gregorio Vigarni, es hijo y no hermano como se suponía de Felipe (18). Se añade que ingresó

---

(18) La genealogía de los Lazárraga, manuscrita, en la B. N., dice que Gregorio era hijo del segundo matrimonio de Felipe de Borgoña, hecho imposible, pues que hasta llevaba el apellido de su madre.

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 12/1944, #50.

en la cofradía antedicha, probando además la sangre de su mujer (19), hija del famoso escultor Alonso de Covarrubias, el cual llama, en sus cartas, a Felipe de Borgoña "mi hermano Maese Felipe", tal era la estimación en que a su consuegro tenía. Del matrimonio de Felipe con Marisáez nacen —además de Gregorio, que colabora con su padre y termina algunas obras suyas— dos clérigos: Joaquín, arcediano de Cuéllar, y José, canónigo de Valladolid. Tuvo también dos hijas: Catalina y Clara. Catalina casó dos veces: la primera con Hernando Ortiz de Velasco, y fueron padres de una Antonia de Velasco, casada en Burgos, hacia 1530, con un paje del Condestable, llamado Juan Pérez de Lazárraga, Señor del mayorazgo y palacio de esta casa (que era hijo de Francisco de Lazárraga y Francisca Jáuregui), y de ellos nacieron dos hijas: Juana, esposa de Andrés Prieto de Lizañana, y Catalina de Lazárraga, monja en un monasterio de Vidaurreta. Catalina casó, en segundas nupcias, con Gonzalo Alonso de Burgos, sin que se le conozca descendencia de este matrimonio. La otra hija de Felipe Vigarni, Clara, fué de belleza singular, según el decir de los testigos en esas informaciones inquisitoriales, al punto de ser conocida entonces por "la niña de plata", que tanto parece aludir a su belleza como a ser artífice su progenitor. Casó con un borgoñón, Rey de Armas del Emperador Carlos V, Juan Glanet, del cual tuvo dos hijos, llamados Juan y Mariana; y viuda, vivió en Valladolid, calle de San Martín. De las hijas de Vigarni, dice un contemporáneo, el regidor Antonio de Salazar, que "eran todas muy hermosas" y llamaban la atención en Burgos, "y por serlo tanto, y en particular la dicha doña Clara, decía el Condestable viejo: "En esta calle, mejores son las claras que las yemas".

Marisáez Pardo muere en Burgos, el año 1535, y entonces

---

(19) Este ms. es de 1601, y está publicado en la tesis aludida de M. Comas Ros, en Barcelona, 1936.

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 12/1944, #50.

Felipe de Borgoña contrae un matrimonio que le acerca más todavía a los Condestables. Se casa con D.ª Francisca de Velasco, la cual pertenecía a un hidalgo solar del pueblo de Villegas, y se hallaba algo emparentada con los Duques de Frías. De este matrimonio deja Maese Felipe tres hijos y tres hijas: Felipe, Antonio, Francisca, que fué monja en San Clemente de Toledo, de la Orden de San Bernardo; Juan, María, que vino a Burgos, donde fué conocida por "la Toledana", y tenida aquí como "mujer timada" por un caballero principal que no le cumplió la palabra que le había dado de matrimonio y hubo de pasarle una pensión. Volvió María a Toledo, donde era considerada como viuda. Fué la menor de todas ellas; la llamaban "la Toledana" porque era allí nacida. Vivió unos años en Burgos, y cuando tornó a Toledo continuaba cobrando esa pensión, remitida por un tal Arlanzón. El caballero burgalés, prendado de su belleza, se llamaba D. Diego Jerónimo Ruiz de Santa María Brizuela, y casó con D.ª María de Zuazo, la cual, viuda, en 1613, pagaba 60.000 maravedís anuales sobre el mayorazgo de su difunto esposo, a D.ª María de Velasco. El era hijo de D. Diego Ruiz de Santa María Aresti y de D.ª Ana de Brizuela, y en la dicha D.ª María de Zuazo y Lizón de Vergara tuvo un hijo; D. Jerónimo de Santa María y Zuazo, Caballero de Santiago en 1624.

La penúltima hija se llamó Felipa; mas por lo largo de su historia y ser enlace de Felipe de Borgoña con los Suárez de Toledo, viene nombrada en último lugar.

Vivía la familia en Burgos, generalmente, aunque alternaba esa estancia con la de Toledo; los pagos que, entre 1523 y 1532, hacen los Condestables a Maese Felipe, por encargos diversos, se realizan, bien a él mismo, bien a su mujer, unas veces en Burgos y otras en Toledo. En Burgos tenía el escultor su casa a la vuelta de la calle del Huerto del Rey, entrando por la Llana, y junto a la puente de la Moneda, según rezan las decla-

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 12/1944, #50.

raciones en los informes para el Santo Oficio; algunos testigos se refieren a una Inmaculada labrada en piedra, de mano del maestro, y que éste tenía, en una hornacina,, en la misma esquina de la fachada de su casa burgalesa. Esta imagen de la Virgen, semejante quizá a la que, de madera, conserva la Universidad de Salamanca, no figura en las obras de Vigarni ni entre las que había en su taller.

Pero, hay más; y se refiere a las estatuas yacentes de los propios Condestables, en su capilla fundada por D. Pedro y D.ª Mencía en 1486. Unos documentos antiguos se las atribuían a Felipe de Borgoña; mas impugnados éstos por Tormo, hubo que renunciar a la autenticidad exacta. No ha faltado quien los supusiera de otros escultores, y algún historiador, como el Marqués de Lozoya, invoca el nombre del estofador Juan de Borgoña, a quien Mayer supuso, sin motivo alguno, hermano de Maese Felipe. Nada de esto está comprobado. Y porque se atribuye también a Vigarni la arquitectura de la capilla de los Condestables, dice Calzada que lo que hizo fué terminar el cimborrio. Los documentos que, en 1928, publicó el P. Carlos G. Villacampa, prueban que dichos "bultos" le fueron encargados a Maese Felipe, y hasta que se le pagaron diversas sumas para el "alabastro que ha de traer para los bultos de sus señorías que Santa Gloria hayan, que se han de poner en dicha capilla" (20). Vigarni cobró, por el coro y la cama de las sepulturas, hasta mil ducados; pero no parecía probable que hubiese ejecutado él la obra. Las conjeturas alcanzaban, como en otros casos, a su hijo, a los compañeros, a los discípulos... En la información, que para Familiar del Santo Oficio se hace al nieto de Vigarni, Don Juan Suárez de Toledo, en 1613, comienzan las declaraciones en Burgos, el 17 de agosto de dicho año, y dice el primer testigo, Martín de Agreda Pesquera, vecino de Burgos, que él no alcanzó a

(20) *Archivo Español de Arte y Arqueología*, 1928.

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 12/1944, #50.

Maese Felipe, "pero tiene muchas noticias de haber oído decir que era escultor y que había hecho los bultos de alabastro y otras cosas en el retablo y capilla que tiene el Condestable de Castilla en la Santa Iglesia de esta ciudad, y que fué vecino algunos años de ella, y que tenía su casa a la entrada por la llana del Huerto del Rey, donde estaba una imagen de Nuestra Señora hecha de bulto de piedra" (21).

Todos los testigos del expediente citado coinciden con el primero en designar a Maese Felipe como un famoso escultor, muerto hacía más de cincuenta años, y a quien se conoce como autor de los bultos y rejas de la capilla del Condestable. Podría suponerse que, como es frecuente, los declarantes suscriben una misma declaración y por eso concuerdan en un detalle que no importaba al objeto de las pruebas. Pero es el caso que el texto de las declaraciones varía, y otros mencionan como obra suya el coro y trascoro de la catedral; y aunque casi todos nombran los "bultos y rejas" de la capilla, algunos citan sólo los "bultos". Parece, pues, evidente que estaba en el ánimo de todos que los había hecho. Todo esto se halla en contradicción con los documentos publicados por el P. Villacampa y D. Narciso Alonso Cortés, según los cuales, a la muerte de Vigarni, las estatuas yacentes estaban sin hacer, y años después, al morir Berruguete, sin terminar. ¿Cómo se olvidaron los testigos de los artistas recientes para retrotraerse a Maese Felipe? Se habla, en los documentos, de un modelo de cera. ¿No sería éste suyo?

Si los testigos de estas informaciones para el Santo Oficio coinciden en designar a Maese Felipe como el autor de los bul-

---

(21) Expedientes de la Inquisición: A. H. N. Leg. 1470, núm. 10, de D. Juan Suárez de Toledo. Véase el de D. Gabriel, Leg. 1455, núm. 11; y los de la Inquisición de Toledo. Leg. 464, núms. 2796-7 y 8, Leg. 408, núm. 2042, de otros Suárez de Toledo y consortes, en las cuales hay noticias inéditas de Vigarni y los Suárez de Toledo.

Véase asimismo el *Boletín de la Sociedad Española de Excursionistas* (1914) y el *Bol. Com. Monum., Valladolid* (1926).

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 12/1944, #50.

tos de la capilla de los Condestables y hasta a designarlo, por antonomasia, como el maestro de esta precisa obra, parece, pues, que no sólo fué el autor, sino que ésa debió estar considerada como su obra más representativa y notoria entre sus contemporáneos y aun después de su muerte, ya que dichos expedientes se hacen en tiempo de sus hijos y nietos, muchos años después de fallecido él. Pero de esos "bultos" de los Condestables, en su capilla de la Catedral de Burgos, donde hizo Felipe de Borgoña la sillería del coro, sabemos que, desde 1525 a 1528, se preparó el mármol necesario y se pagaron algunas cantidades. Mas el sepulcro "no llegó a hacerlo", afirma Gómez Moreno porque, más adelante, en enero de 1557, Juan de Lugano traía varios bloques para las efigies de los Condestables, que estaban concertadas con Berruguete. Tampoco los terminó, aunque su hijo declaraba que había hecho "a lo menos la mayor parte de ellos". Gómez Moreno se inclina a creer que no son de Vigarni, ni de Berruguete, ni de Siloe, sino de algún maestro desconocido (22).

Muerto Maese Felipe ,en 1543, queda D.ª Francisca de Velasco como "tutriz e curatriz" de Felipa y de María, menores a la sazón, y al cuidado de una vieja criada llamada Mateona, con la cual aparecen encariñados los miembros de esta numerosa familia, en que la sangre artista y borgoñona ponía notas de pintoresco desorden dentro de los austeros marcos castellanos. María tiene, al morir su padre, doce años, y poco más Felipa, que nacida en Burgos, se hallaba ya en Toledo y hubo de educarse en el Monasterio de San Clemente el Real, donde era monja su hermana. Este Convento de San Clemente, de Toledo, lo hicieron Covarrubias y su yerno Gregorio Pardo, el hijo de Maese Felipe. En 1556 sufrió un incendio. Covarrubias restaura. La priora fechaba una carta: "Desta Jerusalén destruída, robada,

(22) *Las Aguilas del Renacimiento Español*, 1941.

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 12/1944, #50.

quemada, asolada casa de San Clemente de Toledo, hoy domingo 18 de abril..."

Pasaba allí Felipa unas temporadas y otras en casa de su madre; y en una de éstas, que había ido "por las vendimias" —según refieren más tarde algunas religiosas de San Clemente— fué enamorada por un paje del Príncipe de Eboli, llamado Antonio Suárez de Toledo. Venía éste de Inglaterra y de Flandes; era un mancebo mimado en la corte, de la casa del famoso "Rey Gómez", e hijo de un jurisconsulto y personaje muy próximo a Felipe II: el Doctor Hernán Suárez de Toledo y Pedraza, Alcalde de Casa y Corte, y de su esposa D.ª Luisa Gumiel de Madrigal y Encinas.

La deshonra de la hija del escultor no fué seguida de boda; tanto ella como el galán acabaron sus días en Religión. Felipe, según dicen las declaraciones, entonces "no era de misa"; había de abrazar el sacerdocio. Los detalles de esta historia se saben por las monjas del Convento de San Clemente: Sor Luisa de Peralta Velasco y Suárez de Toledo, de la casa de Falces, sobrina de Antonio Suárez de Toledo, y Sor María de San Bernardo que lo refieren, años después, según se lo habían contado a ellas otras monjas, a la sazón difuntas: Sor Teresa de Avalos y Sor Francisca de Contreras. Es, pues, fidedigno. La madre de una de las monjas de San Clemente, Sor Juana Bautista, llamada Catalina Rodríguez, recogió, en el mismo convento, a un recién nacido, y llevóselo a criar consigo. El fruto de aquellos amores fué bautizado, con el nombre de Juan, en Toledo, como hijo sólo de Felipa, la cual encerró su vida en la soledad del claustro, donde tan generoso asilo le depararon las monjas. Arrepentida, hízose Bernarda. El seductor, por su parte, se alejó de sus aventuras. Perseveró en Religión, y a poco fué misacantano. El niño creció como hijo, luego, de D. Antonio Suárez de Toledo. Vivió, de muchacho, en casa de su abuela, pues Maese Felipe de Borgoña era fallecido. En Toledo estuvo al servicio, primero, del

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 12/1944, #50.

Arzobispo García de Loaysa, con quien estaba muy emparentada su familia paterna; en su casa conoció a otro servidor del prelado y trabó firme amistad con él. Era éste Cristóbal de Maladros Guevara, quien andando el tiempo, sería Alcalde de la Santa Hermandad Vieja y Familiar del Santo Oficio. Pensó Juan que sólo cargo como ése podría borrar su origen y solicitó una familiatura, no sin advertir que era hijo natural, pues sus padres no casaron. Se hicieron las pruebas y fueron aprobadas seguidamente en el año 1613. Algo debió valerle el piadoso apoyo de aquellos eclesiásticos, en especial su tío D. Gabriel, que era Consultor del Santo Oficio, y también el famoso Cardenal D. Bernardo de Sandoval y Rojas, en cuya casa le introdujo su tío —presidente del Consejo del prelado— y donde Juan llegó a desempeñar el cargo de maestresala. Allí pasó unos años; era un ambiente de cultura en el cual sus dotes ancestrales de arte recibieron educación y deleite, sin duda.

Su madre continuó toda su vida en el convento, adonde, de niño, iba a visitarla su hijo. En sus últimos años fué trasladada a Santo Domingo el Real, en el propio Toledo, y allí murió. El honrado Maese Felipe, muerto en 1543, no había vivido lo bastante para conocer la deshonra de su sangre ni el desagravio que le hiciera el Cardenal Sandoval y Rojas en el año 1613. Que estos ministros de la Inquisición, si intransigentes ante la herejía, estaban llenos de espíritu de caridad para amparar a la víctima de una pasión arrepentida. Y antes hacen una excepción, que una injusticia. Los nietos de Munio Alfonso fueron más misericordiosos que él, de quien se dice que mató a su propia hija, convicta de un amor culpable.

Juan Suárez de Toledo vivió, más tarde, en Madrid, en la calle del Oso. Sirvió de protección a su bastardía el prestigio de su tío, el canónigo D. Gabriel Suárez de Toledo, Arcediano de Madrid y canónigo de Toledo, Presidente del Consejo del Cardenal Sandoval Rojas, Consultor e Inquisidor del Santo Oficio to-

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 12/1944, #50.

ledano (1599). Casó, Juan, con una madrileña llamada D.ª Eufrasia Flores de Robles, hija de D. Cristóbal de Atienza Girón, natural de Sahagún, pero avecindado en la Corte, que pertenecía a la casa de D. Juan de Austria (hijo de D. Gaspar de Atienza y de D.ª Juana Girón). La madre de D.ª Eufrasia, esposa de D. Cristóbal, fué D.ª Jerónima Flores de Robles, originaria de tierras leonesas, hermana de Cristóbal de Robles y de Gaspar Suárez de Robles, hombres de armas de la Compañía del Adelantado de Castilla, e hijos los tres de Pedro Suárez de Robles y Eufrasia de Robles.

D. Juan Suárez de Toledo no tuvo sucesión masculina. Fueron sus hijas, Luisa y Micaela, nacidas en Toledo. Ambas hubieron de probar su sangre para casar con sendos Familiares del Santo Oficio, y el origen del padre no fué obstáculo. Luisa Suárez de Toledo casó con D. Francisco Girón de Loaysa, Oficial (en 1616) y Secretario de la Inquisición de Granada, donde era nacido, hijo del Licenciado García Girón de Loaysa, Regidor de Alcalá de Henares, y de D.ª Juana Carrasco. Estaban todos ellos emparentados, pues que él era hijo del capitán Antonio Girón, Regidor de Huéscar, y de D.ª Elvira de Zúñiga y Loaysa, hidalga talaverana, y ella de D. Andrés Carrasco y Ortega y de Ana Girón, a la cual el apellido le venía por su madre Teresa Girón, que estuvo casada con un caballero milanés llamado Mayno Zernúsculi. De ese matrimonio nacieron también hembras: Magdalena Girón de Loaysa y Suárez de Toledo, esposa de D. Luis Lira Sotomayor, Secretario del Santo Oficio de Toledo (1639); Juana, casada con Juan de la Cuadra; Eufrasia, cuyo marido D. Tomás Ordóñez de San Pedro era Regidor de Toledo y Familiar del Santo Oficio (1641) e hijo de D. Alonso Ordóñez de San Pedro Cepeda y de D.ª Mariana Hurtado de Herrera Córdoba y Villamayor, la cual falleció antes que su marido. Este D. Alonso Ordóñez de San Pedro, Familiar del Santo Oficio (1625), natural de Almonacid (hijo de D. Luis

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 12/1944, #50.

Ordóñez de San Pedro, de ascendencia noble navarra, y de doña Inés de Cepeda y Castañeda) fué quien casó, en segundas nupcias, con la otra hija de D. Juan Suárez de Toledo, Micaela.

Con ellos acaba la sangre de Felipe de Borgoña enlazada a la de los Suárez de Toledo.

III

QUIEN ERA EL LICENCIADO BRIVIESCA MUÑATONES, CONSUEGRO DE HERNAN SUAREZ DE TOLEDO

La antés citada D.ª Antonia de Briviesca Muñatones, hija del Licenciado Gracián, salió del Convento de Doncellas de San Juan de la Penitencia, de Toledo, donde recibía educación, para casar con el "alanceador" D. Esteban Fernán Suárez de Toledo. Tenía dos hermanas: Casilda, abuela y madrina que fué del poeta Villamediana, y Luisa, esposa del Alcaide de Simancas D. Eugenio de Peralta. Casilda, nacida en Briviesca, estuvo casada con otro nieto del primer Marqués de Falces: el Capitán D. Antonio de Peralta Velasco y Bañuelos, Comendador de Carrizosa, de la Orden de Santiago (1556). Había nacido en Villalpando y fueron sus padrinos el Delfín de Francia y la Duquesa de Frías. Guerreó en Flandes, al frente de la Infantería. Marchó a la defensa de la Goleta, pero de las heridas recibidas falleció al volver hacia Nápoles. Diego de la Mota lo elogia en su *Libro de los Caballeros de Santiago*. Una hija suya, D.ª María de Peralta y Briviesca de Muñatones, nacida en Madrid, el año 1561, fué Condesa de Villamediana, por su matrimonio con el primer titulado D. Juan de Tassis Acuña, que era sobrino carnal del poeta Hernando de Acuña. D.ª Casilda, así como su hija y su yerno Villamediana, dispusieron su enterramiento en la capilla mayor, de su patronato, de San Agustín, de Valladolid. El nieto

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 12/1944, #50.

de D.ª Casilda tendría fin desastroso. Cuando su abuela, en Lisboa, le sacó de pila, la familia estaba ya entrampada y el oficio de Correo Mayor empeñado por tres vidas.

La otra hermana, D.ª Luisa Briviesca de Muñatones, no fué feliz tampoco. Casó con D. Eugenio Carrillo de Peralta Velasco y Ramírez de Villaescusa, cuarto Señor de las villas de Líjar y Cobdar, nieto también del primer Marqués de Falces y de aquella bizarra D.ª Ana de Velasco que resistió al fiero Villalba en su castillo de Marcilla. Era D. Eugenio, además, Ministro del Consejo Supremo y Cámara de Castilla, Caballero de Calatrava, Patrono del Colegio Mayor de Cuenca en la Universidad de Alcalá y, por añadidura, Alcaide perpetuo de la fortaleza de Simancas... D.ª Luisa y él tienen bellísimas estatuas orantes en su enterramiento de la parroquial de Villaescusa de Haro, y al pie, entre sus escudos de armas, la curiosa inscripción siguiente:

"Marido y mujer, con esfuerzo admirable, conservaron el esplendor y la gloria de su preclaro linaje; una misma era la piedad de ambos; una también era la voluntad; único el amor nacido en sus puros corazones.

"La desgracia les sorprendió el mismo día, mas no los arrebató juntamente de esta vida; la herida fué común; la muerte de uno tan sólo; pero ahora la misma dura piedra cubre sus restos, y unidas sus almas habitan una misma región del Cielo."

Este D. Eugenio de Peralta es el mismo que, como Alcaide de Simancas, custodió al Barón de Montigni, desde el 17 de agosto de 1570. En 1.° de octubre le comunica el vehemente Doctor Martín Velasco la voluntad de Felipe II de que obedezca las órdenes del Alcalde de la Chancillería de Valladolid, D. Alonso de Arellano, para que la ejecución de la sentencia que respecta a Flores de Montmorenci "se haga secretamente y dentro de la dicha fortaleza". Poco después, el día 10, el Capitán D. Eugenio de Peralta daba cuenta al Rey del intento de fuga de Montigni,

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 12/1944, #50.

pese a que "yo le he tratado con todo respeto y regalo, en cuanto me ha sido posible, y dejádole andar por toda la fortaleza y comunicar con todo género de persona y procurado todo entretenimiento que se podía haber aquí con que olvidase la molestia de su prisión. Hame pagado mal esta voluntad". Luego lo encierra en el cubo llamado del Obispo Acuña. Enferma el preso con calentura "de ruin especie". En la madrugada del 14, Fray Hernando del Castillo prepara al barón a bien morir, y Peralta le hace saber la forma cómo ha de ser ajusticiado. Montigni agradece que se le evite la ignominia, y se entrega al verdugo de la Chancillería (23).

El Alcaide D. Eugenio de Peralta sobrevivió pocos días a la muerte de Montigni y a la impresión que hubo de causarle. Fallece el 1.° de diciembre. En sus datos biográficos no se alude nunca a este amargo trance. No obstante, queda aclarado que Peralta se limitó a comunicar la sentencia y que trató bien al preso mientras lo tuvo a su custodia. Mas hubo de guardar secreto, y esto constituyó, sin duda, torcedor profundo en su ánimo.

Don Eugenio Ramírez de Peralta entró en posesión, el año 1569, del mayorazgo de Líjar y Cobdar, fundado por Diego Ramírez de Villaescusa, y de los patronatos anejos de la capilla de Villaescusa y del Colegio de Salamanca. Cuando muera D. Eugenio hereda —pero hereda un pleito, en realidad—, su hijo Alonso Ramírez de Peralta Carrillo y Muñatones y, como curadora, su madre, D.ª Luisa de Muñatones .

Sus hijos heredaron también la Alcaidía. En 1559 se le había hecho merced de la fortaleza de Simancas a D. Eugenio Ramírez de Peralta, "perpetuamente para sí y sus hijos subceso-

(23) Las cartas de Peralta y otras piezas del proceso que están en Simancas, han sido publicadas en la *Colección de Documentos Inéditos*, tomo 4.° Véase, además, J. Fernández Montaña: *Nueva luz sobre Felipe II* (1891).

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 12/1944, #50.

res", tenencia que renunció su hijo Alonso, casado con María de Silva y Ramírez de Arellano, en el Duque de Lerma el año 1605. Otros hijos fueron: Juan, que sucedió en los señoríos y patronatos, Mariana, y Eugenio de Peralta, justador, que salió en unas fiestas, en Moya del Marqués, cabalgando un alazán tostado con jaez y penachos; baquero largueado de pasamanos de oro en arpón, tres a tres, y banda verdemar con puntas de oro. Ganó un espejo de cristal, seis pares de guantes de flores, un bolso bordado y esta letra:

Bizarro, galán y airoso,
dais los pasos a compás,
que no hay en el mundo más.

Pero ¿quién era esos Briviesca y Muñatones y quién el Licenciado Briviesca? Este es un personaje que aparece nombrado de continuo en los papeles del siglo XVI, y es difícil de distinguir, por cuanto los historiadores llaman frecuentemente así a varias personas distintas. Sabida es la confusión de nombres en aquel entonces. Una misma persona era conocida en su vida con nombres diferentes, y, por el contrario, entonces, como ahora, personas distintas tenían idéntico nombre. De aquí nace el enojoso juego de homónimos y sinónimos que tanto entorpece la investigación histórica. En el caso que nos ocupa es imprescindible desdoblar ese Licenciado Briviesca en más de dos sujetos. Hubo, que sepamos, varios Licenciados Briviesca: Juan, el gordo; Diego Briviesca Muñatones; Gracián, el tuerto; García, Miguel y quizás algún otro. Hubo, además, y los confunden a veces con ellos: Fray Juan Briviesca de Muñatones, Obispo de Orense, más conocido por sólo Muñatones; el Capitán Ortega Briviesca y un Ochoa; hubo un Juan "venerable", un Hernando, guardajoyas, y ya en el siglo XVIII un Francisco

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 12/1944, #50.

Briviesca, caballerizo. Y hay que advertir, por último, que a veces escriben Virviesca, Vriviesca o Birbiesca, indistintamente.

La cuna de los Briviesca fué el pueblo de ese mismo nombre, en un páramo burgalés, a las estribaciones de la sierra de Frías, señorío de los Condestables. Allí, un D. Pedro Ruiz de Briviesca, del hábito de Santiago, funda, en 1513, el Hospital de las Viejas y deja capilla y estatua armada en la Colegial de Briviesca. De él derivan los de ese apellido, regidores y santiaguistas. Pero hubo otra familia, sin el Ruiz, aunque hidalga, a la cual representa ese Licenciado Briviesca, tan popular en la Corte de Carlos V por su gordura y por su perspicacia. Este licenciado era Juan Sánchez de Briviesca; casó con D.ª Juana de Muñatones y fueron padres de varios licenciados del mismo nombre.

Entre los citados Briviescas hay uno del que debemos descartarnos, porque no pertenece, de manera inmediata, a la estirpe. Es Hernando de Briviesca, Guardajoyas de Felipe II. Hijo de otro Hernando de Briviesca, testó en Madrid, en 1576, ante Francisco Martínez, y falleció el 1.° de marzo de 1580, habiendo otorgado otro testamento el 28 de enero de ese año. Estuvo casado con una María de Moscoso; y hermanos suyos fueron: Pedro Zapata de Briviesca, mayorazgo (y padre de Antonia, que le sucede); Antonio de Briviesca, muerto en Indias; Juana, esposa de Diego Láynez; dos frailes, Juan y Gaspar, y María, monja. Hernando interviene en diversas ocasiones: recibe en El Escorial los restos reales cuando son trasladados al Monasterio; se hace cargo de los libros del Príncipe Don Carlos a su muerte, y de una parte de los que dejó D. Diego Hurtado de Mendoza, que fueron a San Lorenzo. Martín de Gaztelu refrenda una cédula, en Aranjuez, a 27 de marzo de 1572, para que se entreguen a Hernando 33 piezas de lienzo de Flandes. Así, figura su nombre en entradas y salidas, numerosas, de los inventarios y almonedas reales, pues sabido es que a la muerte de los monarcas se vendían públicamente sus ropas y enseres,

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 12/1944, #50.

y el hecho ha sido esgrimido, en el caso del Príncipe Don Carlos, como insólito despego por parte de su padre.

La familia de Muñatones es de origen vizcaíno y tiene su castillo, con estrellas y panelas, en San Martín de Musques. Fué su dueño el autor de *Bienandanzas e fortunas* (1473), Lope García de Salazar (el de los treinta hijos, muerto a manos de ellos), quien en su *Crónica* de 1454, después de hablar de los señores de Vizcaya y de aquel Conde D. Zuria —al cual supone una leyenda, recogida por García, hijo de un diablo y de una hija del Rey de Escocia venida a Mundaca—, inventor de las armas de los lobos cebados, refiere que un Señor del solar de Musques, nieto de Fortún Sánchez de Salcedo (descendiente de los señores de Ayala) casó con una María Sánchez de Muñatones, hija de Ximeno de Muñatones, que vino a Vizcaya a poblar Muñatones, "ayrado" desde León.

Y Estebanillo González dice, en el capítulo IV de su *Vida*: "pasé de allí a Salvatierra, solar esclarecido de los Muñatones y patria de mis padres"; y, antes, en el capítulo I, al referirse a dicho "ilustre y antiguo solar de los Muñatones", aclara: "cuyos varones insignes fueron conquistadores de Cuacos y Jarandilla, y los que en batalla campal prendieron a la serrana de la Vera y descubrieron el archipiélago de las Batuecas".

Queda explicado el descenso, siquiera sea legendario, de estos vizcaínos a tierras calientes de Talavera al grito, diríamos, de: "¡A matar a la serrana—que en Sierra Morena queda!".

Baste añadir que estos Briviesca y Muñatones se nombraban muchas veces al revés o simplemente Muñatones. El tronco de los Muñatones continuaba en su solar de Vizcaya. Había, por entonces, en Somorrostro, un Contador Mayor, llamado D. Fernando Salazar de Muñatones, padre de dos santiaguistas.

Sigamos, pues, con aquel Licenciado Briviesca que casó con la hija de solar vizcaíno. Era éste el Licenciado Juan Sánchez de

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 12/1944, #50.

Briviesca, al que se le conoce por Briviesca solamente, Alcalde de Casa y Corte desde 1522 (24), en cuyo mes de septiembre sustituyó al Alcalde Cornejo en Valladolid. "El Alcalde Cornejo murió y proveyeron en su plaza al Licenciado Birbiesca", confirma una carta de D. Martín de Salinas, fechada en Valladolid a 7 de setiembre de 1522.

Francesillo de Zúñiga, decidor de Carlos V, comparaba a D. Pedro Manrique, Marqués de Aguilar, que "parescia panadera del Alcalde Briviesca". Este y otros dichos denotan la popularidad que alcanzó el obeso Alcalde de Casa y Corte.

Según las crónicas, se decía de él que tenía "mil y quinientas arrobas de caderas", aludiendo a una fórmula curialesca. El mismo Francesillo de Zúñiga escribe, en su donosa *Crónica:* "De lo cual apelé al alcalde Virviesca con las mil e quinientas arrobas de caderas de dicho alcalde." Y en su carta a la Reina Leonor de Francia, fechada en Badajoz, febrero de 1526, cuenta un sucedido del Conde de Villalba, en el cual "el alcalde Virviesca, enojado desta plática, dijo: "Calla en malhora; que pareceis osa asentada a puerta de iglesia mayor. El alcalde dixo a D. Hernando (el Conde) que parescia pollo en pié o Sancha la gorda. Vinieron a las manos; cayeron sobre D. Rodrigo de Mexía, el mozo... D. Alonso de Zúñiga y Azevedo, queriendo valer al Conde D. Hernando, díxole el alcalde: Apartadoos allá, señor don Alonso, que pareceys chirivía asada."

Todos los hijos de este Licenciado Juan adquirieron renombre en la Corte y fueron muy utilizados por sus muchos conocimientos. Vamos a decir algo de cada uno de ellos para distinguirlos, sin garantizar plenamente que no incurramos, alguna vez, en confusión y atribuyamos a uno de ellos actividades de otro. Son: Juan, Gracián, Miguel, García y Ortega.

Fray Juan de Muñatones, nació en Briviesca a principios

---

(24) *Boletín de la Real Academia de la Historia*, t. XLIII, pág. 54.

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 12/1944, #50.

del siglo XVI, y tomó el apellido materno. Profesó en Toledo, en la Orden de San Agustín, y a veces se le nombra como del hábito de Calatrava. Llegó a Provincial de su Orden. Carlos V le hizo su predicador. En 3 de julio de 1554, Felipe II le consultaba, por escrito, la designación de Honorato Juan para maestro del Príncipe Don Carlos, de quien era Fray Juan profesor de Humanidades. Su aprobación cambió el destino del erudito valenciano, que venía de estudiar, en Lovaina, con Vives. Fray Juan fué además predicador de las Infantas y confesor de la Princesa Gobernadora Doña Juana. Debió gozar gran reputación; llegó a Obispo de Segorbe (en 1556) y de Albarracín, e intervino, como teólogo, en la tercera apertura del Concilio de Trento. En Simancas (25) se guarda un parecer del maestro Fray Juan de Muñatones sobre los Breves de Su Santidad, en que advocó las diferencias que había entre los prelados del reino y sus cabildos. A su regreso, se halló en el Concilio de Zaragoza de 1565 y convocó un sínodo en 1567. Al año siguiente redactó, con otros teólogos, las Constituciones por las que habían de regirse los moriscos conversos de Valencia. Impulsó, como mecenas, varias obras, y consta que dió 3.500 ducados para que se hiciera la puente de Jérica. Tuvo grande amistad con Santo Tomás de Villanueva, y dejó escrita una vida del santo, que se publicó póstuma, en Alcalá, el año 1572, y se reedita en 1581. Fray Juan de Muñatones había fallecido, en Valencia, el 15 de abril de 1571; fué enterrado en la catedral de Segorbe, y más tarde se trasladaron sus restos al panteón de familia en la iglesia Colegial de Briviesca, donde se puso, colgado en la bóveda de la capilla, su capelo junto al escudo de armas.

Otro hermano: el Licenciado Miguel de Muñatones Briviesca, fué Consultor del Santo Oficio y del Consejo Real. Intervino en el proceso de Cazalla, en Valladolid. Menéndez Pela-

---

(25) *Patronato Real, Concilios.*

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 12/1944, #50.

yo (26) dice: "Asistieron a la sustanciación de los procesos, como jueces consultores, los Obispos de Palencia y Ciudad Rodrigo; del Consejo Real el Licenciado Muñatones y el Regente Figueroa." Nombra a otros, entre ellos al Doctor D. Diego de Simancas. Este prelado, a su vez, menciona el orden de los puestos en el juicio que precedió al auto de fe. Dice, en sus *Memorias*, que después de los procesos de Valladolid, el Inquisidor General hizo un tribunal que había de entender en la causa del Arzobispo de Toledo, y en él se sentaban: el Inquisidor General en medio; a su derecha, D. Pedro Ponce, Obispo de Ciudad Rodrigo, y luego Figueroa y Muñatones, del Consejo Real. Y parece que éste debe ser el Licenciado Miguel.

El Capitán Ortega de Briviesca Muñatones (hijo también del Licenciado Juan y D.ª Juana de Muñatones) es conocido por su primer apellido generalmente; y algún autor ha tomado por apellido su nombre, Ortega.

Carlos V, en carta secreta a D. Juan de Zúñiga, fechada en Metz, a 6 de julio de 1544, le decía haber recibido una recomendación del Príncipe Don Felipe para que fuese a la Corte el Capitán Ortega que estaba con el Emperador; para ello le ofrecían un cargo que dejaba su hermano el Licenciado Briviesca Muñatones: "En lo de Muñatones, visto lo que el Príncipe nos escrivía y vos decís, tenemos por bien de hacer merced de su oficio a Ortega de Briviesca su hermano, o a su sobrino, y acá se despachará el título." Pero el Capitán no debió acceder, porque se nombró al sobrino. Y en 15 de septiembre Juan de Zúñiga, en carta al Emperador, desde Valladolid, le habla de un cargo que tenía el Licenciado Gracián, hermano de Ortega, y dice: "Quanto a lo de Muñatones, lo que Su Alteza suplicó a Vra. Mgt. fué por su oficio para Ortega de Briviesca, su hermano; que al sobrino Su Alteza no le conoce. Si Ortega de

(26) *Historia de los heterodoxos españoles*, lib. IV, cap. 7.º, IV.

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 12/1944, #50.

Birviesca aceptara de venir, Su Alteza recibirá mucha merced de Vra. Mgt., y si no Su Alteza nombrará o Vra. Mgt. persona qual convenga para aquel oficio." Se desprende del texto que el Capitán Ortega de Briviesca estaba en Metz con el Emperador y que éste no debió acceder a que su capitán viniese a Castilla para ocupar el cargo que dejaba —probablemente en Simancas— el Licenciado Gracián de Muñatones (27).

El Capitán Ortega de Briviesca entraba en 1556, en calidad de Guardarropero, a formar parte de la Casa del Príncipe Don Carlos. Esta se constituyó entonces con Quijada, Lerma, Acuña, Mendoza y Hernán Suárez de Toledo. El Capitán Ortega nació en Briviesca, guerreó en Flandes y vivió en Valladolid con la Corte. Estuvo casado con D.ª Catalina de Brizuela, hermana de Melchor, Caballero de Santiago en 1588. Eran ambos de Berlanga e hijos de Francisco Alonso de Brizuela, Señor de la Casa de Brizuela, y de D.ª Ana de Sarabia. Dejó el Capitán Ortega de este enlace: a Juan, Regidor de Hijosdalgos de Briviesca (y es quien figura, el 24 de julio de 1572, como autor de cierto memorial, en una comunicación de Felipe II, hecha a Gaztelu por mano del Secretario Gracián), y a Juana de Briviesca Muñatones, nacida en Briviesca, que fué coja por cierto, y casó con un paisano suyo que regresaba de Indias: Sancho Hurtado de Salcedo Girón, el cual era hijo del Capitán Juan de Salcedo, natural de Talavera de la Reina, y de María Girón, hermana del famoso Arzobispo de Toledo D. Pedro Girón de Loaysa y del santiaguista D. Fernando; hijos los tres de Pedro Girón de Loaysa, del hábito de Santiago (1543), Regidor de Talavera, y del Consejo de Castilla, y de D.ª Mencía Carvajal, que era hermana del Canónigo de Toledo López de Carvajal, del Obispo de Lugo Licenciado Juan Suárez de Car-

---

(27) Citadas por el P. March: *Niñez y Juventud de Felipe II* (1941).

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 12/1944, #50.

vajal y de otros personajes; hijos todos de Pero Suárez de Toledo, o de Talavera, y de Catalina Carvajal, de esta estirpe de Plasencia, cuya nobleza se canta en *La Serrana de la Vera*. El antes citado Licenciado Pedro Girón, del hábito de Santiago (1543), era hijo del Regidor Diego Girón de Loaysa y de María Cervantes de Sesé.

Los nietos del Capitán Ortega, hijos de Sancho y Juana, fueron tres: Juan Girón de Salcedo, nacido en Talavera y Caballero de Santiago en 1599; Fernando, Gran Canciller (1626), y Bailío (1628) de Malta, con hábito de justicia, Capitán de caballos, del Consejo de Guerra; y García, santiaguista. Juan, el mayorazgo, casó con María de Narváez (hija de Ruidíaz de Narváez y Rojas, Caballero calatravo, y de Beatriz de Carvajal). Tuvieron un hijo: Sancho de Salcedo Girón, Caballero de Alcántara en 1608, Comendador de la Peraleda, natural de Talavera de la Reina y casado con una hija del santiaguista burgalés Juan Rodríguez de Salamanca, dejando un hijo: Manuel Girón de Salcedo, Salamanca, Narváez y Velázquez, Caballero de Alcántara en 1637.

El tercer hijo citado de D.ª Juana Briviesca, D. Carlos Girón de Loaysa, del hábito de Santiago, casó con D.ª Mariana Duque de Estrada, que era hija de Nicolás Cervantes Loaysa (hijo del mayorazgo de los Cervantes de Talavera) y de Ana Duque de Estrada Meneses y Toledo. Tuvieron cuatro hijos: García Girón de Loaysa, natural de Talavera, Caballero de Alcántara el 1630; Fernando Girón de Salcedo, Briviesca Carvajal y Brizuela, Caballero de Santiago en 1621, del Consejo de Estado, Bailío del Santo Sepulcro y Marqués de Sofraga en 1626 por concesión de Felipe IV; Sancho, del hábito de Santiago (1623), y Nicolás Girón Cervantes, del de Alcántara (1630).

El otro Licenciado Briviesca, hijo del Licenciado Juan, se llamó García Briviesca Muñatones. Parece que éste fué Ar-

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 12/1944, #50.

chivero de Simancas. Perteneció al Consejo de Su Majestad y al de Indias. Fué también Secretario Real.

Por último, llegamos a Gracián, el más importante de todos:

El Licenciado Gracián de Briviesca Muñatones, famoso en su tiempo, nació, primogénito, en Briviesca. Estudió en Salamanca, como colegial del Mayor del Arzobispo, previas las obligadas pruebas. Fué, según Bethencourt, "siempre uno de los famosos letrados de aquella edad, el cual del lugar de su naturaleza tomó el apellido de Briviesca", si bien su padre también lo usaba. Desempeñó los cargos de Alcalde de Corte, del Consejo de Cámara de Su Majestad y Oidor del Real de Castilla, Ministro del Consejo Supremo de las Indias y del Supremo de Castilla.

Estando en Bruselas firmó, como del Consejo Real, y ante Eraso, el acta de abdicación y renuncia de Carlos V, el 16 de enero de 1556, en unión de los testigos Medinaceli, Feria, Aguilar, Zúñiga, Menchaca y Acevedo. El Emperador le había nombrado testamentario suyo en su última voluntad, hecha en Bruselas el 6 de junio de 1554 (28).

Este Licenciado Muñatones es el que tomó parte en las guerras de Granada, aunque algunos historiadores le llamen Ochoa, de nombre, en vez de Gracián.

El Marqués de Mondéjar dice de él: "insigne varón en letras y de grande experiencia de las cosas de la guerra en las materias de su profesión, porque había servido al Emperador Carlos V en este ministerio en las guerras de Alemania, Italia y Francia".

Don Diego Hurtado de Mendoza escribe al Cardenal Espinosa, desde Granada, a 2 de diciembre de 1569, refiriéndose a lo de allí: "Las cosas van mejor puestas en lo que se puede remediar; muchas son las cabezas, pero el señor D. Juan trata

---

(28) Véase: Sandoval, Mignet, etc.

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 12/1944, #50.

el negocio tan bien que parece ya una sola. El hurtar, aunque se difiera, no se quita, como dicen los juristas, porque está ya hecho hábito; remediádose ha algo, y lo de la abundancia anda bueno con haber abierto la puerta a vivanderos. Esto y otras cosas se deben a Muñatones. La justicia anda despierta..., etc." Y en otra, de 1570, al Príncipe de Eboli, añade: "Verdad, en Granada, no pasa. El señor D. Juan escucha. El Duque bulle. El Marqués discurre. Luis Quesada gruñe. Muñatones apiña..."

Y González Palencia comenta: "Algo se había remediado la escasez de víveres gracias a las medidas tomadas por Muñatones", a quien llama: "célebre en su época por su erudición legista" (29).

También Cabrera de Córdoba, al hablar de la guerra de Granada, dice: "El Duque de Sesa aprobó la saca de los moriscos de Albaicín; el Arzobispo y Luis Quijada, no... El de Mondéjar decía no se debía despoblar un reino de tanto provecho, y seguíale el Licenciado Birbiesca de Muñatones, de la Cámara."

Años antes, al comienzo del reinado, destacó en un Consejo Real: "se dudaba del ánimo de los de la Congregación que trataba dellas, por ser pontificales los más, y sólo realistas el Licenciado Martín de Velasco, del Consejo y Cámara de Castilla, en lengua y mano pronto, dado al útil Real, Comisario del Consejo Supremo, estimado del Estado y Hacienda, y el Licenciado Birbiesca de Muñatones, su compañero y en calidad y méritos y defendía la parte del Rey en escrito y por viva voz." Más adelante: "El Consejo de Estado quería pedir al Rey por embajada viniese a remediar sus vasallos, y los Tribunales consultaban las razones conforme les tocaba, y convenían en darla al Duque de Sesa, y no parecía tan reverenciable, porque iba a Flandes a servir voluntariamente, y eligieron a D. Fadri-

(29) A. González Palencia y E. Mele: *Vida y obras de D. Diego Hurtado de Mendoza* (1941-3).

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 12/1944, #50.

que Enríquez los Consejeros de Estado, el Consejo de Justicia a Birbiesca de Muñatones."

Fué designado como jefe y ordenador del Archivo de Simancas, a poco de haber decidido Felipe II su formación e instalación en dicho castillo. Pero el año 1561 pasó en una misión al Perú, y entonces se le sustituyó en aquel puesto por Diego de Ayala. "Después de viudo fué caballero profeso de la Orden de Calatrava " (30). Aunque su nombre no figura en los índices ni se conservan las pruebas para dicho hábito, numerosas pruebas de sus descendientes, en distintas Ordenes, aluden siempre, como hecho positivo, a ese cruzamiento, y los testigos declaran reiteradamente que en su capilla de Santa Cruz y Santa Casilda, en que está enterrado, en la Colegial de Briviesca, se ostenta, con las armas de su apellido, un hábito de Calatrava, que puso dicho Licenciado donde está el capelo de su hermano el Obispo Muñatones.

Vivió en Madrid hacia 1572, en que nace su hija Antonia, en la calle de la Merced, por encima de la Compañía. Parroquia de San Justo, en la cual fué bautizada la niña. Falleció antes que su mujer, D.ª Jerónima, dejando tres hijos menores: Juan, Diego y Antonia y dos hijas casadas: Luisa y Casilda.

Fué Ministro del Consejo de Cámara del Rey y del Supremo de Castilla, después de haber sido Oidor del Consejo Real. En 1561 se le nombró también del Consejo Supremo de Indias, lo que le hizo ir a América y desempeñar allí el cargo de Repartidor y Conservador del Virreinato del Perú.

El Licenciado Gracián trajo de Alemania, cuando fué con el Emperador, muchas reliquias que puso en su capilla, que es la mayor de la Colegial de Briviesca del lado de la Epístola.

De Alcalde de Corte, casó, en Madrid, con D.ª Jerónima Carvajal. Era ella hermana de los santiaguistas Ruy Gómez y Alon-

(30) Bethencourt: Op. cit., III, pág. 265.

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 12/1944, #50.

so del Castillo Villasante (1567), hijos los tres del Doctor Castillo, del Consejo de Su Majestad y Alcalde de Corte (hijo de Rodrigo del Castillo) y de D.ª Quiteria Suárez de Carvajal, de los Señores de Alhóndiga y Peñalver y originaria de los famosos Carvajales de Plasencia. D. Alonso del Castillo Villasante, del hábito de Santiago y Justicia mayor de los Estados de Pastrana, fué alcaide de una prisionera enojosa: la Princesa de Eboli, que se negaba a comunicar con él si no era a través de un torno y le ocasionaba continuas complicaciones (31).

Al hablar de la intervención de Don Juan de Austria en las guerras de Granada, dice un biógrafo (Ibáñez de Ibero): "En aquellos días recibió Don Juan de Austria instrucciones, en las que se le decía entre otras cosas: "Lo que V. E. debe acordar de como suyo es que el Licenciado Muñatones haga hacer una lista de toda la gente de guerra de a pie y de a caballo, y de los mozos y bagajes de ella. Otra lista de todos los cortesanos y caballeros que vienen cerca de V. E. y de cuantos criados y caballos tienen. Otra lista de los todos los aventureros, etc., para ver cuántas bocas son." Era, pues, veedor, en el invierno de 1570, en Granada (32).

Sabido es que era tuerto. El Marqués de Mondéjar dice: "Muñatones, plático de semejantes llamamientos y falto de un ojo, dijo, como le mostraron la carta, que le sacasen el otro si el Marqués tornaba de allá durante la guerra."

En 1557, a primeros de marzo, había llegado Eboli a Valladolid, a recabar dineros para la guerra. Acudió al Arzobispo de Toledo y "executó Silicio tibiamente, y murió sin efeto a doce de mayo sábado en la noche no con mucha hacienda, y querían sequestralle los Consejos... y sobre a lo que el Pontífice tocaba ponían embargo, y como viene de su enemigo los aplicaban al Rey y a su defensa con parecer de teólogos y juristas. Enviaron

(31) G. Muro: *La Princesa de Eboli*, 1877.
(32) *Col. Doc. Inéd.*, t. 28.

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 12/1944, #50.

por gobernador del Arzobispado y al embargo de bienes al Licenciado Briviesca de Muñatones para cobrar los frutos" (según Cabrera de Córdoba). Algunos dan por hecho que es Gracián, pero parece que fué su hijo Diego, de quien hablaremos. El Cardenal Silicio había fallecido en 31 de mayo de 1557. Se designó, por Gobernador del Arzobispado de Toledo, al Licenciado Briviesca de Muñatones, que entendió en la cobranza de frutos de sede vacante y en la provisión de diversos oficios, pero no marchó en la mejor armonía con el Cabildo.

Felipe II, desde Flandes, designó a Carranza para ocupar la sede toledana; y tomó posesión de la mitra de Toledo el 8 de marzo de 1558, en su nombre, el Licenciado Diego Briviesca de Muñatones, según Menéndez Pelayo (33).

El Licenciado Gracián de Briviesca Muñatones tuvo, ya lo vimos, un hermano que se denominaba como él: "Licenciado Briviesca", y a veces se le confunde. Pero es evidente que este hermano, del Consejo de Indias, fué el que sustituyó, a veces, a Gracián al frente del Archivo de Simancas.

En varias Cédulas Reales se hallan órdenes del Monarca, ora a uno, ora al otro de los hermanos. Así, dice desde Valladolid, setiembre de 1540: "Licenciado Birviesca del mío Consejo de las Indias, que al presente tenéis cargo del Archivo de las escripturas que están en la fortaleza de Simancas, por el Licenciado Muñatones vuestro hermano, Alcalde de mi Casa y Corte, que principalmente tiene el dicho cargo..." (y le pide una determinada Biblia; y ocho años más tarde, unas Bulas). En 7 de octubre de 1548, pide al titular: "Licenciado Birviesca, Alcalde de la Chancillería de Valladolid" (esta vez es Gracián) las Capitulaciones de Granada entre los papeles de Hernando de Zafra, Secretario de los Reyes Católicos, que hay en Simancas. En cédulas de octubre de 1551, y otras, hasta 1555,

---

(33) *Historia de los heterodoxos españoles*, lib. IV, cap. 8.º, I.

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 12/1944, #50.

desde Valladolid, que citamos al azar y por vía de ejemplo, se confirma esta identidad de nombres de los hermanos.

A veces, los documentos se refieren al Alcalde Briviesca. El otro Licenciado, jefe interino del Archivo de Simancas, hermano de Gracián, se llamó García Briviesca, pertenecía a uno de los Consejos Reales, el de Indias, y fué el mismo que casó con una Mosquera, pues al tiempo de su interinidad, en Simancas, era teniente alcaide de la fortaleza el capitán Juan Mosquera de Molina, caballero de Santiago.

Un licenciado Briviesca Muñatones (que debe ser Gracián) es designado para hacer el inventario de los muebles que quedaron del Emperador en Simancas, por medio de una carta de Martín de Gaztelu a los testamentarios del Emperador, fechada en Bruselas, de 25 de febrero de 1559 (34).

A veces no es posible saber a quién se refieren algunos documentos. Así, por ejemplo, Martín de Gaztelu habla, en una carta, escrita desde Cuacos, el 22 de marzo de 1558, a Vázquez de Molina, en Valladolid, del Licenciado Briviesca, el cual iba a Guadalupe y había de llegarse desde Toledo a Yuste para besar las manos del Emperador. Días después (el 28) aun no había llegado este Briviesca, que tenía un correo llamado Espinosa. Debe ser Gracián (o García), pues ambos intervinieron en los inventarios de Simancas.

A estos cinco hermanos (Juan, Gracián, Miguel, García y Ortega) hay que añadir otro Licenciado Briviesca Muñatones: Diego, hijo natural del Licenciado Gracián, el tuerto, habido en Isabel Gutiérrez Mosquera. Este epígono familiar, antes citado, es el que intervino principalmente cerca del Príncipe Don Carlos. De las tres hijas del Licenciado Gracián ya se habló extensamente. Hubo también un hermano legítimo de ellas, Juan.

---

(34) Simancas, *Descargos de Carlos V*, leg. 13, fol. 39. Hay otros documentos relativos al licenciado Briviesca en Simancas: *Quitaciones de Corte*, leg. 31.

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 12/1944, #50.

Diego fué colegial del Arzobispo de Salamanca y más tarde fraile descalzo. Consultor del Santo Oficio en 1599. Lafuente dice que Felipe II nombró una comisión o tribunal para formar proceso al Príncipe, compuesta del Cardenal Espinosa, Inquisidor general y Presidente del Consejo de Castilla; Ruy Gómez de Silva, Príncipe de Eboli y el licenciado D. Diego Briviesca Muñatones, Consejero de Castilla, el cual fué encargado de dirigir la sustanciación.

El Licenciado Gracián, siendo soltero y colegial en Salamanca, tuvo amores con una doncella: Isabel Gutiérrez de Mosquera, nacida en Salamanca, cuyos padres, cristianos viejos, eran Juan Gutiérrez, tejedor de lienzos, llamado "Piedrahita" y su mujer Magdalena de Mosquera. Tardó en reconocerlo, pues en la partida de bautismo de ese hijo se dice que lo es de Isabel sólo; se le bautiza en Salamanca, el 18 de agosto de 1538, y se le pone el nombre de Diego. Este Diego fué colegial mayor del Arzobispo de Salamanca; siguió la carrera eclesiástica, graduándose de licenciado además. Fué canónigo de la doctoral de la Santa Iglesia de Toledo, y a la sazón le fueron aprobadas las pruebas para Consultor del Santo Oficio, en 1594, contando ya cincuenta y seis años.

Habla Prescott del proceso del Príncipe Don Carlos y dice: "El consejero Muñatones, en su dictamen, que leyó al Rey, al propio tiempo que impone la pena impuesta por las leyes a tales crímenes, es decir, la muerte, añadía, que por su soberana autoridad podía el Rey declarar hallarse su presunto heredero, en virtud de su dignidad, exento de las leyes ordinarias; y que atendiendo al bien de sus vasallos podía mitigar o dispensar la pena cualquiera que fuese. De la misma opinión fueron los ministros Ruy Gómez y Espinosa." Briviesca Muñatones, cuyo fué el informe, hizo lo que pudo por aliviar la situación del vesánico Príncipe, de acuerdo, sin duda, con Hernán Suárez de Toledo.

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 12/1944, #50.

Maura y Amezúa añaden que: "la Junta especial que formó el monarca con el Cardenal Espinosa, el Príncipe de Eboli y el Licenciado Briviesca, no respondió a cometidos judiciales, sino políticos", y aseguran que en ningún archivo hay rastro del informe encomendado a los triunviros; que se fué demorando y probablemente no se hizo, dándose largas para que el Rey tuviera hijo varón, al que poder jurar, y no a hembra.

Felipe II había designado al Licenciado Diego, en unión del Cardenal Espinosa, del Duque de Alba y de Pedro del Hoyo, para que informasen respecto a las facultades mentales del Príncipe. Cabrera hace constar que "constituyó una Junta compuesta por el Cardenal Espinosa, Ruy Gómez de Silva y el abogado Briviesca, de su Consejo Privado, para instruir un proceso que sirviera para justificar la detención del Príncipe".

Un licenciado Diego Briviesca de Muñatones fué quien tomó parte en la batalla de Mülberg. Al hablar del retrato del elector Juan Federico, que por ser muy gordo iba siempre en carro, según refiere D. Luis de Avila, dice Beroqui (35) que el día de Mülberg, herido y preso, "venía en un caballo frisón". Traía cota de malla, y el Duque de Alba lo presentó, con el rostro ensangrentado todavía, al Emperador. "En los primeros días de prisión pensó el Emperador que dieran muerte al elector para escarmiento de los rebeldes, pero por estímulo propio o consejo de su Alcalde de Corte, Diego Briviesca de Muñatones, según dijo éste al historiador Sepúlveda, desistió de ello y le llevó preso por todas partes como *oso encadenado*, hasta que le puso en libertad al huir en Insbruck en 1552." ¿Qué Diego era este?

Nuestro Licenciado Diego de Briviesca Muñatones era Escribano Real en 1589. A él escribe el Cardenal Espinosa, desde Madrid, a 17 de octubre de 1569, para varios asuntos. Debe ser este mismo Diego el Licenciado Briviesca que, en Madrid, da, el año

(35) *Tiziano* (1927), pág. 91.

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 12/1944, #50.

1562, licencia para la impresión de la *Historia* de Jovio, dedicada al secretario Eraso, y del que habla el licenciado Rodrigo Niño en 2 de noviembre de 1563.

El Licenciado Diego Briviesca Muñatones debió ser también abogado del Marqués de Coria cuando su prisión, al no querer cumplir la palabra de matrimonio a D.ª Magdalena de Guzmán y aducir que había casado con D.ª María de Toledo, previa cédula de consentimiento de Felipe II. Se sospechaba que ese matrimonio era pretexto y no se había efectuado, aunque lo asegurase el padre de D. Fadrique, el propio Duque de Alba. Y el Presidente Pazos, aludiendo a unos informes de los consejeros y a una carta de D. Fadrique que había enviado a Palacio, por conducto de Briviesca, decía que en todo ello: "no hay memoria de lo que se sospechaba"; a lo que el Rey contesta marginalmente de su puño: "Y el ir la carta por mano de Vriviesca es harto indicio de otro negocio que se sospechó". Briviesca tenía fama de ser uno de los más sagaces letrados e influyentes en la Corte.

El año 1578 intervenía el Licenciado Briviesca con motivo de la muerte a mano airada del "Verdinegro". En una carta de Esteban de Ibarra a Mateo Vázquez (36) se lee: "Cuando vino el aviso que había muerto a Scobedo, envié a decir a V. M. con Briviesca que me había puesto miedo ver que había en el mundo quien se atreviese a los Secretarios del Rey..."

Es, acaso, labor temeraria la de —en el campo de la investigación histórica— atreverse a los licenciados Briviesca. Yo no osé tanto. Quede mi intento en el de llamar la atención acerca de la complicada madeja que algún erudito pueda desenredar. Quizá se abra, entonces, un abanico de curiosas figuras que influyen poderosamente en la Corte, donde prestigian y confunden su nombre al punto de que la posteridad no acierta todavía

---

(36) Instituto de Valencia de Don Juan (Archivo).

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 12/1944, #50.

a distinguirlos bien. Sería una eficaz contribución a un urgente diccionario biográfico, que hiciera presente nuestro pasado y diese a conocer tanta "eminencia gris" como hubo en España digna de estudio (37).

Refractario a la expansión epistolar y a ese desahogo de la confesión pública en forma de Memorias, el español ha estado siempre pendiente del prójimo. Le preocupó, ante todo, que éste lo fuera. Y quiso saber a qué atenerse: estar seguro de que no era un extraño, algún ente remoto, un posible adversario o un forajido. De ahí su obsesión de inquirir para bien conocer a cada cual y tenerlo, en términos de verdad, representado. Quizá no haya un país que guarde, en sus archivos, tal cantidad de informaciones como el nuestro. Dicen poco de muchos; pero dicen bastante para tender la trama de esa tela de araña del pasado, que es necesario recorrer, con firme agilidad, si hemos de llegar a quienquiera que sea. Es preciso andarse por las ramas de las genealogías, a través del sistema venoso de sus árboles, y a impulso de la fuerza de la sangre, hallar y definir a cada uno y apoderarse, en un retrato, de él, con toda su entereza.

El español es adusto y cerrado. Se ha propagado sin morosidad; ha hecho lo que había que hacer —aquí o allá—, y lo ha hecho sin remilgos ni escarceos. Pasó pisando firme; pero pasó aprisa. No obstante, siempre dejó una huella —su impronta— que, al genio de la Historia, no queda inadvertida. Pasó, "de vuelo" muchas veces. Mas estemos alerta, pues cada una de ellas lanzó, al pasar, su "¿Quién vive?".

---

(37) Muchas vidas, calladas y enjutas, perdieron su presencia en la memoria de los españoles. Y ha de haber espléndidas personalidades que aguardan la llegada de la investigación histórica. (Corre una frase, atribuída a un historiador y político del XIX, que dice así: "Si se buscase, a fondo, en Simancas, se hallaría hasta algún nuevo rey de España." Es un donaire. Y el caso es que él lo encontró. Si no precisamente en el Archivo, a tiempo que regresaba.)

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 12/1944, #50.

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 12/1944, #50.

EL ELEMENTO HUMANO EN LA OBRA DE MARCIAL

POR

† ELISEO B. VIEJO OTERO (*)

Hominem pagina nostra sapit.
(Marc. *Epig.*, X, 4, 10.)

Hoc lege quod possit dicere uita: «Meum est.»
(Marc. *Epig.*, X, 4, 8.)

HAY un verso de Horacio que constituye un exponente altamente luminoso a mi empeño. Le considero, por ello, un obligado punto de partida y, si la expresión vale, casi una consigna. El verso dice así:

quisquis erit uitae scribam color (1).

(*) Al presentar al malogrado Eliseo Viejo, pudiéramos decir con justeza que fué un joven humanista de Castilla. Estudioso infatigable de la Filología Clásica, poeta inspirado y cristiano activo en las obras de caridad, tal fué ese joven licenciado de Universidad madrileña que la muerte se llevó, tras consunción penosa, en Agosto de 1943 y en Escobar de Polendos (Segovia).

Muchos de sus papeles póstumos van apareciendo ahora en distintas revistas. Aquí reproducimos unas cuartillas que nos dejó escritas, y en las que, como filólogo y poeta, Viejo se compenetra íntimamente con el genio humano y complejo de nuestro Marcial. Mucho hay en ellas que el autor hubiese corregido y pulido sin duda, en una revisión más cuidadosa, pero hemos preferido respetar en lo posible su primera redacción.

Cumplimos así un pío homenaje al que hubiese sido uno de nuestros más excelentes humanistas.

(1) Horac., *Sat.*, II, 1, 60.

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 12/1944, #50.

Color uitae, "color de vida" que yo, poniendo en ello un matiz sólo en apariencia convencional, ya que en lo hondo responde a una ineludible y auténtica filiación marcialesca, transportaría a toda la obra de Marcial, trasladando "el sabor de la vida" y mejor aún "esencia de la vida" —elemento neta y enteramente humano— puesto que el color acusa la sobrehaz y en Marcial —todo sinceridad— la faz es alma y nervio transparentes. Color, sabor, esencia de la vida se equivalen en el verso recio y hondo de nuestro poeta.

Extendamos este rasgo exegético, esta íntima glosa descarriada de Horacio a toda la obra de Marcial, hagamos de la frase un lema y estaremos en presencia de la exacta y entera noción de la obra del poeta bilbilitano.

Porque es esencial en Marcial este santo y seña del sabor y la esencia de la vida, porque es la atmósfera en que su obra se baña y el calor que la anima y la traspasa, por eso, bajo este signo horaciano —*color uitae*— demos cauce y vuelo a esta humanidad palpitante que, casi anónima y apenas estudiada, nos da el mejor Marcial epigramista, quedándonos —desglosando— al hacerle decir a Marcial con palabras prestadas:

quisquis erit uitae scribam color,

no con *lo más* de este color, sabor y esencia de la vida, sino con lo mejor: lo más humano.

Es muy poco lo que sabemos de la vida romana. A pesar de que penetrar en sus secretos fué siempre un incentivo tentador, casi todos los ensayos hechos para conseguirlo han fracasado, parcialmente a lo menos.

Y todo por algo que fundamentalmente se reduce a un solo factor en contra, que nos explica esta tremenda pobreza de conocimiento del vivir en la antigüedad romana: la casi total es-

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 12/1944, #50.

casez de fuentes informativas, de textos literarios directos, nacidos al calor de la auténtica vida cotidiana. Indudablemente, aparte de ser muchos los testimonios escritos, más o menos literarios, que no han llegado hasta nosotros, ¡es tan poco lo que de su vida nos han dicho los escritores romanos al correr de sus obras!...

A esta doble explicación fundamental pueden aliarse, con valor subsidiario, otras en el fondo anejas a las dos apuntadas. Tal es, por ejemplo, el hecho de que en el criterio medio literario de todos los tiempos se ha estimado universalmente que las diversas manifestaciones literarias debían expresar más bien lo *bello* que lo *real*.

Unase a esto, en el caso concreto de Roma, la agravante de que, al ser la literatura latina fundamentalmente de importación, y sobre todo el género teatral que es, en cuanto de algún modo represente manifestación de vida y costumbres, uno de los más sinceros cauces transmisores, esta literatura que, por más que se llame y proclame *togada*, no deja nunca enteramente de deberse a raíces griegas, más o menos directas, nos da casi siempre el boceto etopéyico del romano bajo una máscara griega. Recuérdese, por ejemplo, lo más representativo de la producción teatral de Plauto y de Terencio.

Y si esto puede asegurarse del *teatro*, expresión la más rebelde en el fondo a una imitación servil, considérese que la otra literatura, la que no es teatro, no está tan directamente hecha para expresar la realidad y la vida.

Capítulo aparte, en cambio, si bien con restricciones, pudieran considerarse dos géneros literarios, casi únicas fuentes de información directa y obligados puntos de partida en esta búsqueda nuestra de datos, indicios y sorpresas que puedan hacer luz sobre esta temática atrayente de la vida romana en todos sus pliegues, penumbras y recovecos. Una es la literatura *satírica*. Entiéndase esta palabra en un sentido largo, en el que quepan

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 12/1944, #50.

sátira, epigrama y poesía de circunstancias. Otra, menos ambiciosa en general y más hermana de la realidad, más democrática por consiguiente —sabido es que las altas esferas sociales no suelen ser, por la misma atmósfera casi siempre artificial en que se desenvuelven los vehículos más sinceros para trasvasar a distancias de siglos este auténtico caudal de la vida *humana*—, es la literatura fragmentaria, dispersa, multiforme, inconcreta y anónima de las inscripciones.

En ella pueden agruparse desde los *graffitti* pompeyanos, nacidos al calor de una palpitante efervescencia electoral, hasta el humilde rótulo que signa una piedra o desenmascara, a ras de las arenas del desierto y a punto siempre de ser por ellas devorado, la peripecia vital de tal o cual momento interesante. El *Corpus Inscriptionum* nos suministra el más completo arsenal en la materia (2).

Pero aun estos dos géneros —espontáneos siempre y con las máximas probabilidades de sinceridad a fuer de descuidados— ¡en cuántas restricciones, exclusiones y reticencias en la manera de tratar al romano se nos dan embozados vistos desde aquí, desde esta altura objetiva de quince o veinte siglos de distancia!...

Es tal vez únicamente Marcial, como se irá haciendo notar a lo largo de este estudio, quien menos retraidamente se nos da todo entero, a la cabeza de su hora, pudiendo así considerársele un poco como excepción frente a aquella canónica e insincera literatura contemporánea (léase incluso Plinio, Estacio y Juvenal) en la que no logramos encontrar más que la vida del hombre público —guerra, procesos, partidos, sediciones...— y aun eso con harta relatividad.

En esta literatura el hombre viste toga, marcha siempre con

---

(2) Cfr. E. Diehl, *Pompeianische Wandischriften und Verwandtes*, Bonn, 1900; E. Galletier, *Étude sur la poésie funeraire romaine d'après les inscriptions*, París, 1922.

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 12/1944, #50.

paso grave —oficial—, entre un abejorreo de triunfos, sesiones senatorias, intrigas, asechanzas; el atrio no deja ver la cocina y el templo tapa la tienda. Roma es casi únicamente un foro, un templo, una tribuna. No hay en ella un lugar, siquiera sea angosto y escondido, para esa plebe picaresca —clientela y *sportulae*— que bulle y vocifera siempre al lado del noble y del patricio, y que constituye, quiérase o no, el reverso oscuro en que se apoya el anverso de luz del patriciado.

Y es que, como observa muy agudamente J. Marouzeau (3), "*ce qui n'est pas l'écrivain et son entourage, son monde, n'existe pas; les gens du peuple ne sont qu'une vague collectivité, plebs', qu'on désigne volontiers d'un mot méprisant 'turba' ou 'uulgus'.*" Y, en efecto, el hombre menor no es interesante más que cuando se hace "cliente". La mujer como tal y en su misión más altamente femenina queda en una penumbra demasiado recatada, y apenas aparece. El esclavo no tiene personalidad y no es más que una '*res*', un instrumento de trabajo y, en el mejor de los casos, contadísimas veces, un colaborador anónimo de su señor. Todo lo llena el hombre público. Hasta el punto de que el hombre íntimo, ese hombre pequeño que todo hombre público lleva dentro, llega casi siempre a veces no ya sólo obscurecido, sino ahogado por el civil.

Es por ello por lo que esta literatura, dogmática y canónica, cuya vigilancia apenas si logran burlar y no del todo los contados 'mundillos' sinceros que *sotto voce* han llegado hasta nosotros en plena sinceridad (tal es, por ejemplo, la mayor parte de la correspondencia familiar de Cicerón), peca de exagerada unilateralidad, todo en fuerza de la presión casi despótica que sobre ella ejerce esa tónica desaforadamente práctica y ética del espíritu romano.

---

(3) *Le Latin.* Dix causeries. Paris, Didier, 1927, c. V: *La vie révélée par les oeuvres*, págs. 137-160.

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 12/1944, #50.

Ofreced al romano un hecho: de él sacará un pensamiento, una máxima, un ejemplo o bien una disertación moral. Pero no es fácil, en cambio, que llegue a calar hondo en la emoción recatada de una peripecia leve o un idilio insospechado. César escribirá desde España, lo mismo que desde Helvecia, y nunca se remansará de seguro en el relato agradable de una puesta de sol en las riberas del Segre, y Cicerón hará en la defensa de Balbo el elogio de Cádiz sin llegar por ello a deciros que el cielo de la Bética es de un azul purísimo, y Catulo en la Troade lejana os cantará la muerte del hermano con los mismos acentos con que pudiera hacerlo, al sol poniente, junto al lago de Garda. Faltará, por esto, en la literatura latina la anécdota, el detalle, el rasgo breve, el lado más humano de los seres y las cosas. Y esto es precisamente lo que hemos de ir a buscar en Marcial: este mundo pequeño del suceso menudo y el hombre menor, de la anécdota esquiva y a veces pueril e inconsistente, pero con raíces en el alma: este elemento hondamente humano por ser profundamente personal, y anchamente ecuménico por ser ubicuamente vital.

Otro de los factores que más poderosamente han abonado esta insuficiencia de conocimiento de la vida romana en que nos movemos es el siguiente: el éxito y la principalía de las tradiciones literarias anteriores a la latina, y la griega sobre todo, ha traído como secuela un descuido despiadado de algo que, por ser personal, venía por otro camino diferente a la temática de su obra: la personalidad de cada escritor, elemento que fundamentalmente debe atraer la atención de todo aquél que intente hacer exégesis. De este olvido han sido víctimas, naturalmente, los romanos a lo largo de toda su historia literaria: venidos los últimos, ellos, con menosprecio de sí propios, han beneficiado más a los que, por haber aparecido antes, llevaban la iniciativa, de donde vino a resultar que la admiración sin reservas que los es-

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 12/1944, #50.

píritus cultivados tributaban a Grecia tomó su desquite en un desdén exagerado e injusto hacia el propio mundo romano, hasta el punto de llegar a trasplantar a Roma una versión en frío de algo tan exótico como la vida y las costumbres griegas. Frente a todo esto —más apariencia que fondo— se pretende aquí poner en claro los elementos incuestionablemente aportados por la propia vida. Para ello preciso es recurrir entre las figuras más destacadas a Marcial, quien, en fuerza de su sinceridad, supo revelar y dar cauce y vuelo a la auténtica vena latina en medio de una atmósfera así preformada, pero todavía propicia a acogerse a su auténtica filiación y a no renegar del todo de sí misma.

Considérese, por otra parte, como posible solución a esta crisis de la pobreza de documentación sincera de la vida romana que venimos tratando de explicar el hecho de que el espíritu romano se ve a cada momento abocado a degenerar en el sentido oratorio (4), tendencia que se acentúa y se agrava en la época de las declamaciones y los recitales poéticos.

"*Il y a trois moments* —nota Maurozeau (5)— *dans l'histoire de la parole a Rome; on parle d'abord par necessité: c'est l'eloquence; puis on parle pour apprendre à parler: c'est la déclamation; enfin, on parle pour parler: c'est la recitativa, la lecture publique. La déclamation a été la ruine de l'eloquence, la recitation a été le flean de la literature.*"

El defecto de la literatura latina de las lecturas públicas, que

---

(4) Cfr. sobre esta crisis, A Gudeman: *Historia de la Literatura Latina.* (Trad. esp. de Carlos Riba.) Col. Labor, 1930, pág 74: "En todos los Estados democráticos, en los que ha regido la libertad de palabra, la aptitud oratoria, aparte del talento militar, ha constituído la clave de una afortunada carrera política. Esta importancia suprema de la palabra viva fué puesta de relieve ya por Cicerón, y sobre todo por Tácito en el *Diálogo de los oradores,* y por Quintiliano."

(5) Loc. cit.

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 12/1944, #50.

datan de Asinio Polión, era el de ir dirigidas a un público restringido al que sólo interesaba un aspecto de las cosas.

Este óbice lo salva Marcial, que no sólo se ríe de estas lecturas de salón que tan hondamente entusiasmaban al *selecto* Plinio, sino que además de la lectura pública de auditorio refinado hace de sus versos pregón universal de público ecuménico, haciendo que éstos vayan dirigidos a todas las gentes, de Cádiz a Dacia, y a todas las clases sociales, condiciones y sexos (6). Hasta la mujer de Catón podría, según él, entrar sin ningún reparo en el huerto solar de su poesía. Y, en efecto, sus versos se leían, según él mismo nos asegura, allende las fronteras de Britania:

Toto notus in orbe Martialis (7).

Si en las lecturas de salón el recitador no ofrece —porque no puede— su vida, sino su mentalidad, su cerebralismo que descuida los aspectos reales y que da el sentido más bien que la imagen de la vida, en estas otras lecturas de aire libre a las que el mundo asiste, lo mismo que en nuestros siglos de oro el pueblo aprendía teología de Autos Sacramentales, en los enlosados de las Catedrales bajo la amplia brazada de los cielos, Marcial mueve los muñecos de su farsa y les hace hablar una

---

(6) Vide C. de la Berge, *Essai sur le regne de Trajan*, pág. 241: "Avant de quitter Rome, le proconsul que ses devoirs appelaient pour trois ans au fond d'une province, l'officier que allait s'enfermer dans son camp sur les bords du Danube ou dans les montagnes de l'Ecosse, ne manquaient pas d'emporter le petit volume, et au loin, quand ils le rouvraient, la ville, à regret quittée, apparaissait à leur imagination et se donnait à leur souvenir, animée et vivant avec ses aspects pittoresques, se palais, ses temples, ses rues inmenses, sa population cosmopolite et affairée, et tout le pêle-mêle de ses habitudes journalieres et de ses bruyants plaisirs."

(7) *Epigr.*, I, 1, 2. Vid., concretamente, *Epigr.*, V, 13; VI, 82; X, 9; XI, 3: *Dicitur et nostros cantare Britania uersus.*

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 12/1944, #50.

lengua que, a fuer de universal, todos entienden a la par que pone el dedo en la llaga del 'gran teatro del mundo'.

Es el sabor de vida, la imagen del bullir de la vida que palpita en su obra.

Cierto es, y así hemos de reconocerlo con Marouzeau (8), que muchas veces la imagen de la vida, si el escritor nos la revela, lo hace casi siempre sin quererlo y aun sin pensarlo. Porque casi siempre la vida está precisamente al margen de la obra del escritor, en lo accesorio, y es esto lo que hace interesante en las grandes obras el estudio del detalle, de lo secundario, de lo lateral.

Pero Marcial —insistimos— también en este aspecto representa una excepción. En él la vida no se queda, no puede quedarse al margen de su obra, porque ésta no es en fin de cuentas otra cosa que el epigrama cotidiano de la vida. Porque, si bien es cierto que a veces nuestro poeta nos entera de la vida romana más por lo que sobre ella deja por decir y nosotros podemos leer entre líneas, no lo es menos que son más las veces en que él de intento nos lleva de la mano paso a paso a través del suceso diario y la anécdota vital.

"Gran mérito —escribe a este respecto J. M. Pabón (9)— es la viva pintura que nos hace del medio ambiente en que vivió, de la vida menuda ordinaria y callejera de la Roma de los Flavios; a ella le preparaban, además de sus dotes naturales de observación, el género de poesía corta por él cultivado, que le permitía fijar brevemente la impresión sin desvirtuarla, y acaso la circunstancia misma de haber contemplado por primera vez la vida urbana con los ojos despiertos de sus veintitantos años. Las pequeñas molestias que se le producen en la comida o en el sueño, las importunidades, las exigencias, o simplemente las flaque-

(8) Loc. cit.

(9) *Historia de España*, dirigida por R. Menéndez Pidal. Espasa-Calpe. Madrid, t. II, pág. 540.

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 12/1944, #50.

zas humanas, hacen brotar sus epigramas; por ellos desfilan los tipos, en su mayor parte menudos e insignificantes, de la calle; aquellos que daban su verdadero color a la gran urbe, tal como no pueden revelarla ni las historias de Tácito y Suetonio ni las ruinas del Foro; este bullir de vida sólo se encuentra en los versos de Marcial."

El ya citado Marouzeau agrega a este respecto con una visión demasiado unilateral: "Y es que el romano —espíritu esencialmente positivo y realista— no hace moral especulativa; no conoce otra moral que la aplicada; y es esto sobre todo lo que explica la preponderancia y el auge de la sátira y lo que hace también que los satíricos Horacio, Juvenal, Persio, Marcial... nos lleven de la mano a cada paso a través de la vida romana, y nos cuenten los bretes y los chismes de la calle, los incidentes burlescos de una comida, las charlas de un sofista callejero...".

Algo de esto es exacto. Es indudable, por ejemplo, que Séneca, que filosofa a propósito de todo y hace de todos los sucesos de la vida corriente pasto sabroso de sus disertaciones: nos lleva al campo, al mar, a la cocina (10), al teatro, a las termas; nos va haciendo espectadores de los más menudos sucesos cotidianos, domésticos, familiares y hasta callejeros para luego tornarnos espectadores de nosotros mismos y terminar haciendo de cada uno de nosotros —este es su fin último— el "escultor de su alma", por decirlo con palabras de nuestro Ganivet.

Cierto es también que en la mayor parte de los casos el romano escribe sin saber que lo hace para nosotros. Pero, sin negar que la imagen quizá más completa de la sociedad romana de fines de la República nos ha sido suministrada por la correspondencia de Cicerón, que de ordinario está exclusivamente escrita para sus corresponsales sin pensar en el público ni en la

---

(10) *Epist.*, CXIV, 26.

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 12/1944, #50.

posteridad, y lo hace con *la lengua y el estilo de todos los días*, hemos también de reivindicar para Marcial, siquiera sea un puesto de excepción, ya que, por una parte, él escribía siempre en *la lengua de todos los días*, porque su sincera naturalidad no le permitía cambiar de lenguaje —y tener con ello otro oficial—, de la misma manera que usaba siempre una misma toga, porque su pobreza o descuido no le permitían tener otra de recambio, y, por otra parte, él escribía siempre con un pie bien hincado en la sociedad en cuyo seno vivía, y otro en los horizontes lejanísimos de un futuro presentido que su soñador anhelo de gloria y de popularidad le hacía adivinar y tal vez intuir, contra los temores de Plinio el Joven (11), más allá del momento fundacional, allende veinte siglos de lectores asiduos de sus obras. Y todo porque Marcial escribía con plena conciencia en una lengua que, por serlo de Roma, era del mundo (12).

Esta impetuosa vitalidad, que es esencia y nervio de la producción literaria de Marcial, se nos da por obra y gracia de todo el amor y de toda la rebelión —cara y cruz de un realismo palpitante— que el poeta pone en su obra y que no es en el fondo otra cosa que color, sabor y esencia de la vida. Sincerísimo elemento humano que vamos a analizar someramente en unas cuantas glosas, tal vez más apasionadas de lo justo, sorprendidas al correr de sus versos.

Insisto una vez más en que fundamental y preferentemente me limitaré a glosar muy de pasada y como de rechazo, dentro de este polifacético retablo de epigrama de Marcial, las facetas que constituyen el mejor, más tierno y delicado sabor humano de nuestro poeta, elemento este último al que, por considerarle

---

(11) *Epist.*, III, 21.

(12) Cfr. J. Marozeau, *Le Latin*, c. VII: Histoire du Latin: langue de Rome; langue du monde, págs. 187 y sigs. Véase también, al final de este capítulo, el abundante aparato bibliográfico que el autor suministra.

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 12/1944, #50.

central en este artículo, y apenas estudiado, me acercaré descendiendo a más detalles, en búsqueda esperanzada de lo más lírico, aun con mengua a veces de lo demasiado real.

Sabido es que el lirismo, del que la elegía y el epigrama en alguna de sus funciones constituyen una importante avanzada, ha revestido dos formas en la Antigüedad (13). Hay un lirismo social, expresión de los sentimientos colectivos, cuyo origen es ante todo religioso, y que ha venido a vincularse por atracción a la forma eminentemente social de la poesía griega, la tragedia (14). Pero existe otro, más personal e íntimo, cuyo campo de acción lo constituyen sobre todo los intereses del corazón, y cuya más destacada forma de expresión es la canción del tipo de la de Alceo y Safo entre los griegos, y el epigrama y la sátira en sus diversas tonalidades entre los romanos. Esta segunda forma era la que singularmente se armonizaba con el alma latina. La sátira es un género enteramente romano (15), no sólo por ser en ella distintos los cánones de la moral y ser por ello más rebelde a las imposiciones de lo arquetípico, sino también porque en ella el autor habla en su propio nombre y, en primera persona, da vuelo a la expresión de sus sentimientos más personales. Así es como se explica que, por debajo del árido poema de Lucrecio leamos, a hurtadillas, entre líneas, algo tan personal como lo que no puede menos de decir un alma poderosamente agitada, como lo era la suya, por las convulsiones y las inquietudes humanas.

Marco Valerio Marcial, cuyo epigrama participa de la sátira y de la elegía, se ha hecho intérprete y portavoz de las dos más

---

(13) Consúltese, sobre esta crisis, Mlle. A. M. Guillemin, *L'element humaine dans l'elegie latine*, en *Revue des Etudes Latines*, XVIII, 1940, págs. 95 y sigs.

(14) Cfr. A. Tovar en *Introducción* a su edición comentada de *Antigona*. Clásicos Emérita, C. S. I. C., Madrid, 1942.

(15) "satura tota nostra est" (Quintiliano).

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 12/1944, #50.

geniales creaciones del alma latina: la sátira objetiva y la elegía subjetiva, pero superando en cierto modo a estos dos géneros, y especialmente al último, pues si bien es cierto que este género literario no es ni podía ser la expresión de la vida del alma total del hombre, y sólo refleja de ella un corto período, el de la juventud (como ha probado M. Guillemin (16), la producción de los elegíacos no es comúnmente obra de madurez), el epigrama de Marcial tiene en cambio horizontes más ambiciosos: se sitúa en todas las edades y en todos los momentos, y observa todo desde los puntos de vista más dispares.

Por otra parte, preciso es reconocer que no es totalmente sincero y exacto el programa de vida que los elegíacos nos ofrecen a través de su obra, mientras que lo que en ellos se presenta como un poco forzado, como algo artificioso, construído, se entrega en Marcial limpio y desnudo, en plena naturalidad.

Suele resentirse el género elegíaco de algo parecido a lo que sincero y exacto el programa de vida que los elegíacos nos ofrerosas reservas el de Plinio— hechos para darlos a la publicidad: hay siempre en ellos algo que el autor se reserva y algo también que añade para adornarlo y hacerlo más presentable; el autor tiene reparo en que todos sepan la totalidad de su modo de ser y de pensar. El epigramista, en cambio, habla en primera o en tercera persona, se declara él mismo responsable de todo lo que sus versos puedan decir: es realismo puro, sin contaminación de clisés arquetípicos ni cánones tiránicos. Es por ello por lo que en el epigrama la mitología, por ejemplo, no existe; en todo caso, es una mitología subsidiaria y de circunstancias, vista las más de las veces desde el lado irónico y al servicio de la anécdota humorística o el suceso intranscendente. Esta es también la explicación de que tampoco necesite el epigrama de los artificiosos recursos de la retórica.

(16) Op. cit., en n. 13.

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 12/1944, #50.

Lancemos, pues, por delante la idea de que si es el epigrama, participando por igual de la sátira y de la elegía, la expresión más afortunada del sentir y la vida romanos —aún más que el teatro—, es también el epigrama de Marcial el que más de lleno y por igual incorpora el análisis y la etopeya del ser humano.

Nuestro poeta es, en efecto, como observa Marchesi: "*osservatore spregiudicato che non s'illude né illude: senza quei presupposti etici e civili che ebbero ed hanno il potere di alterare cosi profondamente nelle pagine degli scrittori i profili reali della vita*".

Por ello, la obra de Marcial señala un momento decisivo en la historia de la epigramática, momento que ha pervivido y seguirá tendiéndose, siempre con la misma vitalidad, a través de siglos y culturas, por la razón única de que son hombres y cosas —realidad humana— los que hacen su obra, y hombres y cosas ni han cambiado ni cambiarán mientras el mundo exista.

Si algo podemos asegurar como auténticamente peculiar y privativo de Marcial es que sus preferencias se ceban y van todas ellas encaminadas al tipo humano, al ser vivo, hasta el punto de que de ello la propia vida pueda decir muy alto: "¡Eso es mío!" (17).

A Marcial le cabe por ello el orgullo de saber que no hay otra obra en que la sociedad contemporánea se refleje y se encuentre a sí misma con más fidelidad ni más pujanza que en la suya.

Marcial estaba convencido de esto con la misma certeza con que nosotros podemos llegar a verificar hoy día, veinte siglos más atrás, la sincera afirmación suya de que Roma toda podía

---

(17) Cfr. *Epigr.*, X, 4, 8:

Hoc lege, quod possit dicere uita: 'Meum est'.

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 12/1944, #50.

reconocerse y contemplarse (18) en aquel libro suyo cosmopolita (19) en el que a buen seguro no encontrará el lector Centauros ni Harpías ni Gorgonas, pero sí en cada página un sabroso sabor de humanidad:

Non hic Centauros, non Gorgonas Harpiasque
Inuenies: hominem pagina nostra sapit (20).

"L'homme, la vie, *homo, vita*, ces mots dont il se sert volontiers, sont ce qui caractérise le mieux son oeuvre. Aucune autre, dans la littérature latine, n'est plus vivante et plus sincere." Marcial apenas utiliza ideas generales (21), que constituyen el fondo común de la poesía de su tiempo; no recurre tampoco a las descripciones vagas y superficiales con que se contenta el mundo que le rodea. Todo cobra en su verso valor de detalle exacto y preciso. Así él nos va diciendo, hora por hora y momento por momento, cómo emplea un gran señor los distintos ratos de su jornada; así también él nos va conduciendo sucesivamente como de la mano a lo largo de todas las esquinas y pasos en donde un

---

(18) Vid. *Epigr.*, VIII, 3, 20:

Agnoscat mores uita legatque suos.

(19) *Epigr.*, VIII, 3, 4:

teritur noster ubique liber.

(20) *Epigr.*, X, 4, 9-10.

(21) Es interesante observar, con relación a este punto, lo que Schanz, *Geschichte der römischen Litteratur*, München, 1913, hace notar en el capítulo dedicado a Marcial: "se podría leer libro por libro, y siempre nos encontramos con nuevas sorpresas. Ninguna traducción sería capaz de dar en todo su relieve la originalidad del poeta en la composición de los epigramas; los juegos de palabras son inimitables: ni lo retórico, ni lo exagerado hacen su aparición en las poesías de Marcial, cosa que constituye un gran mérito en una época, como la suya, que se veía toda ella invadida de retórica...".

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 12/1944, #50.

parásito espera encontrar alguien que le invite a comer: "*on pourrait refaire la route après lui*" (22).

Poco importa saber el nombre con que el poeta encubre los personajes que nos presenta (23): lo esencial para nosotros es que son honda y rigurosamente humanos, personajes vivos que hacen de su obra el cuadro más colorido y más poderosamente realista de la Roma imperial que conocemos.

"Marcial —escribe M. Ker (24)— toma como asunto *la vida misma* en lugar de una mitología vieja y manoseada o de la hinchazón de lo trágico. ¡Y qué tesoro de menudos sucesos le suministra la vida cotidiana! *Damerets, coureurs d'argent et pique —assiettes, faiseurs d'embarras et brouillons, avocats, hommes de loi, maîtres d'école, colporteurs, barbiers, savetiers, jockeys, architectes, commisaires— priseurs, endettés, fâcheus, badands, médicins, plagiaires, philosophes, hypocrites, empoisonneurs, jongleurs et acrobates, l'esclave devenu chevalier on le chevalier dépourvu de toute aptitude, les petites manies personnelles, les travers et les vices de la société a la mode!*"

Y, en efecto, Marcial ha cultivado algo tan típicamente romano como es el retrato (25), que él ha sabido sazonar con ese peculiar don de ver, y ese agudo sentido de las realidades ambientes que es esencial a su genio y privativo de su estilo.

---

(22) G. Boissier, *Tacite*. Hachette. París; pág. 311.

(23) "La conclusion qui ressort de tout cela c'est que non seulement Martial a évité de fournir à la malignité publique une matière toute fraîche, mais encore qu'il a cherché à la derouter et à rendre impuissante toute tentative de sa part d'identifier les personages de son livre." (H. J. Izaac, *Introduction* [a su edición de Marcial]. Les Belles Lettres, pág. XVII.)

(24) *Martial*. Introduction, pág. XIV.

(25) Consúltese J. W. Spaeth, *Martial and the roman crowd* en *Classical Journal*, XXVII-1932, págs. 244-254, donde puede verse una nutrida galería de retratos sacados de los epigramas de Marcial: pequeños comerciantes y mercaderes, ambulantes, artesanos, cocheros, actores, funcionarios, etc.

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 12/1944, #50.

Se hace preciso, para mejor comprender esto, tener presente ante todo el gusto por lo concreto, rasgo general de la psicología romana, por el que diametralmente se opone a la griega, pues sabido es que, mientras el espíritu griego *busca* el tipo genérico y casi anónimo —canon arquetípico de belleza— en el retrato romano de arte, siempre con su recio realismo por delante, la búsqueda se posa en el detalle característico, en la sorpresa de la verdad y de la individualidad de la expresión.

Pues bien, en este género tan privativamente romano, Marcial ha cultivado los dos tipos de retrato que sucesivamente aparecieron en el arte antiguo y ha caracterizado, dentro de esto, dos modalidades: la del modelo en reposo y la del modelo en movimiento.

Sean algunos ejemplos de la primera serie. Tal el apunte de doble vertiente del epigrama XLIII del libro II, en que el poeta se nos da a sí mismo, como de rechazo, al lado del tacaño Cándido. Fábulo, avaro anfitrión, prodiga los perfumes y escatima las viandas (26). Magníficamente observado desde el ángulo de una ironía mordaz y afilada de visión y censura es el boceto que en unos versos nos ha dejado Marcial de Bitínico, el cazador de herencias defraudado, y del avaro Fabio, el defraudante (27). Otra vez Marcial desarma a Cina, el avaro pedigüeño, retorciendo el argumento:

Dices, inoportuno Cinna, que no es nada lo que me pides:
tú no me pides nada, yo, Cinna, nada te niego (28).

Y algo de retrato áulico, apasionado y alucinante tiene el elogio enamorado de Marcela (29), que para él sustituye por sí

(26) *Epigr.*, III, 12.
(27) *Epigr.*, IX, 8.
(28) *Epigr.*, III, 61.
(29) *Epigr.*, XII, 21.

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 12/1944, #50.

sola a Roma, y que ha sabido hacer feliz el último avatar por lo menos de su ajetreado vivir. Al lado de este esbozo podrían colocarse estos versos —este autorretrato— que le definen y que el poeta escribió para que fueran puestos debajo del busto suyo, que su admirador Estertinio quiso colocar en su biblioteca:

Ille ego sum nulli nugarum laude secundus,
quem non miraris sed puto, lector, amas... (30).

Pero el que más plenamente llena la misión de retrato en reposo es el boceto etopéyico, incomparable de expresión y tiernísimo de encanto, de Isa, la perrilla de Publio (31).

Otras veces Marcial pone en movimiento a sus personajes y los hace desfilar ante nosotros en la vivencia concreta de un momento palpitante o emboscados en una anécdota breve y sagaz las más de las veces. Tal es el caso, por ejemplo, del huésped que hospeda al poeta en una habitación desmantelada "en la que ni el propio Boreas quisiera detenerse" (32). Un poco de rencor, pero mucho también de objetiva serenidad de juicio hay en este retrato en movimiento de Teletusa, la bailarina gaditana que tiene aprisionado a Instancio Rufo: "Teletusa inflama y tortura a su antiguo amo; la vendió esclava, la ha rescatado tirana" (33).

Aún va más lejos nuestro poeta, y combinando diestramente color y línea, paisaje y retrato, nos da, casi siempre sobre la urdimbre de unos rasgos nerviosos de agilidad, pero fuertes de consistencia, el cuadro de género.

Dentro de ellos, consideramos entre las manifestaciones más felices la cena de Zoilo, vivísimo cuadro opulento de color y

---

(30) *Epigr.*, IX, *Praef.*, 5-6.
(31) *Epigr.*, I, 109.
(32) *Epigr.*, VIII, 14.
(33) *Epigr.*, VI, 71.

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 12/1944, #50.

ágil de trazo, que revive y evoca el banquete de Trimalción descrito por Petronio (34). Parejo a él, pero más tierno, más hogareño, más humano, puede considerarse este otro cuadro de género en el que Marcial es el generoso anfitrión que reune en un convite ofrecido por él a sus amigos Estela, Nepos, Canio, Lupo... (35). Y cuadro de género, también maravilloso exponente de esta sincera pintura española, en que el realismo desborda, es la descripción que Marcial nos ofrece de la granja que en Bayas poseía su amigo Faustino (36). En este epigrama, al lado de una visión del ambiente, del medio, del mundo inanimado de la *villa*, se entrevé, como en esbozo, una casi horaciana caracterización de la *gente campesina*, feliz en su dorada medianía.

Es decir, que por la obra de Marcial va desfilando, breve de rasgo y densa de colorido, toda la vida contemporánea a la cabeza de sus diversos aspectos, tipos y actividades.

Es por ello por lo que "él, poeta del día, copiará con exactitud fotográfica lo que sus ojos ven y condimentará con romana sal sus libelos para que Roma reconozca en ellos su propio retrato" (37). Y todo porque "esta verdad humana, no universal y profunda, sino histórica y relativa, del lugar y del momento, es la única ley del arte de Marcial" (38).

Y si esto puede afirmarse de Marcial por lo que toca al retrato en sus distintas modalidades, por lo que atañe al tono dominante en su obra no debe negársele un puesto, como satírico, en pos de Horacio, "padre de la sátira", y al lado de Persio, del que le separa esta diferencia que agudamente ha señalado

---

(34) *Epigr.*, III, 82.
(35) *Epigr.*, X, 48.
(36) *Epigr.*, III, 58.
(37) Menéndez y Pelayo, *Historia de las Ideas Estéticas*. Madrid, 1940, I, pág. 287.
(38) Ibídem.

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 12/1944, #50.

Mlle. A. Marie Guillemin en su reciente estudio: *Le satirique Perse* (39):

"El género satírico ha favorecido indudablemente en Persio la aparición de un talento realista como el que después descubrimos en Boileau. Pero el número y la perfección de sus cuadritos demuestran que él no ha forzado en modo alguno a la naturaleza. Persio pudo llegar a ser rápidamente otro Petronio u otro Marcial, de los que se distingue por el objeto que se propone en sus cuadros. Estos vienen a ser para él no el fin, sino el medio de conseguir este fin, que es la doctrina, *beaucoup plus une qu'on ne l'a dit*, contenido en su breve libro" (40).

El epigrama de Marcial, si bien nacido en Grecia (41), plenamente ambientado en Roma y capaz de traducir las más variadas manifestaciones de la vida, al participar de la sátira y de la elegía, es la síntesis puesta al día y sentida por un temperamento poderosamente observador, como es el de Marcial, de la temática de Horacio y, en general, de la de todos los poetas latinos del género menor.

Sabe, por esto, a veces abocado ya a la caricatura, reaccionar y darnos acaso una maravillosa idealización, porque se trata de una escena amorosa; y, al revés, situado por su temperamento en compromiso entre el anverso y el reverso, ve los dos lados de cada cosa, y ¡cuántas veces debajo de la risa socarrona de su ironía podemos sorprender, escarbando un poco, casi a flor de piel, las raíces vivas de una fuente de amor inagotable!

---

(39) *Les Etudes Classiques*, avril 1938, págs. 161 y sigs.

(40) Ob. cit., pág. 166.

(41) Véase, sobre Marcial y el epigrama griego, la monografía de Orsola Autore, *Marziale e l'epigramma greco*, Trimarchi, Palermo; también G. Boissier, *Tacite*. París. Hachette, págs. 300 y sigs.; Cl. W. Mendel, *Martial and the satiric epigram* en *C. Philology*, 1922, págs. 1-20; H. J. Izaac, en *Introduction* [a su edición] Les Belles Lettres. Paris, 1930, págs. v y sigs.; J. Kruuse, *L'originalité artistique de Martial*, Classica et mediaeualia 1941, fasc. 2, págs. 248-300.

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 12/1944, #50.

Marcial sabe, con frecuencia, dominar las tendencias espontáneas de su temperamento artístico. Pero el epigrama, en el período de desarrollo en que lo encontramos ya en la época de nuestro poeta, tiende, por pendiente natural, a derivar hacia la caricatura o lo grotesco, y Marcial no ha resistido siempre a esta tentación.

Algo análogo ocurría con la temática mitológica. Pero con una diferencia. Y es que en este campo, Marcial sí que ha sabido negarse casi totalmente al atractivo de algo que ya en Horacio no aparece más que en las *Odas*, y aun con restricciones. ¡En la época de Marcial se miraba ya a la mitología con ojos tan distintos!... Marcial no toma de ella más que el vocabulario que resultaba moneda ordinaria del lenguaje y jerga que todos dominaban.

La manera habitual de Marcial frente a la realidad circundante es la reproducción de las cosas tal como la naturaleza viva las ofrece, sin deformarlas ni velarlas bajo símbolos ni desfiguraciones. Hay en él realmente una cierta tendencia innata —y es éste uno de los rasgos dominantes de su psicología— a presentarlo todo sazonado con la *mica salis* de algo tan humano como es su manera de situarse ante la temática más variada con un gesto entre displicente y simpático, entre tierno y procaz, vario en apariencia, pero uno en el fondo. Y sólo por esto emana de su obra este color, este hondo sabor de vida que da luz y volumen a la naturaleza muerta y agilidad e hiriente viveza a los seres vivos.

Por esto, también, se nos da poderosamente de relieve en la obra de Marcial el sentimiento de la naturaleza, y, aunque aparentemente se muestra como relegado a un segundo plano, debe considerarse a este elemento como la línea fuerte de color que subraya cada momento, y un poco también como esa gracia apenas advertida que, filtrándose por los intersticios de cada situación, la anima y la ennoblece. Y es que también en el fondo

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 12/1944, #50.

del alma de Marcial anidaba en todo momento, casi anónima, una profunda simplicidad de corazón que le hacía amar el campo y escribir sobre él versos incomparables (42).

Marcial utiliza un motivo de naturaleza viva —cuadro de campo o apunte de ciudad— con las dos principales posturas que éste admite, es decir, el de motivo adyacente que sirve de fondo a la acción central que sobre él se levanta y se desarrolla, o el de factor substantivo que interesa al poeta por sí mismo, adquiriendo por ello valor de primer plano.

En su obra se dan paisajes de primavera, paisajes de estío, paisajes desolados de invierno, así como también esas melancólicas tonalidades de otoño, apenas dibujadas con trazo perezoso de tintas suaves y cariciosos crepúsculos.

El mar se encrespa en sus versos con el mismo sentido vivo de realidad concreta con que luego, pasada la procela, las quillas se deslizan sobre las aguas adormiladas.

Y traspasa sus versos, cuando canta las rosas, la misma voluptuosa virginidad que embriaga el hechizo arrebatado de Ausonio al entonar con limpia voz de vate la espléndida proclamación del *Collige, uirgo, rosas.*

"Ama y siente la naturaleza —observa nuestro Menéndez Pelayo (43) —como muy pocos antiguos: las *fuentes vivas* y la *hierba ruda* (lib. II, cap. 90), *la viva y no lánguida quietud del mar, los rosales de Pesto dos veces floridos en el año, la ávida piel que embebe por todos sus poros el calor del sol, las ecuóreas ondas del espléndido Anxur* (lib. X, cap. 51), *el arduo monte de la estrecha Bílbilis,* y las aguas del Jalón que dan tan recio temple a las espadas, tienen en sus versos un hechizo casi virgiliano."

---

(42) Cfr. *Epigr.*, III, 58; IV, 64, etc.

(43) Cfr. *Historia de las Ideas Estéticas.* C. S. I. C., Madrid, MCMXL, pág. 228.

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 12/1944, #50.

¿Quién no se ha encontrado, por otra parte, alguna vez en los versos de Marcial con su "yo" más íntimo, o bien con ese ser casi ideal que todos quisiéramos ser alguna vez en nuestra vida? Es fácil topar con este algo tan sutil, tan hondo, tan entrañablemente subjetivo que nos da al poeta en su más exquisita aportación personal en cualquiera de los epigramas con que Marcial celebra un aniversario o un epitalamio, la muerte de un ser querido o el motivo delicadísimo de la abeja o la hormiga prisioneras en una gota de ámbar.

Marcial sabía apreciar como muy pocos los carismas de la amistad (44), la exquisitez gratísima de todo lo pequeño —sean niños o sean flores— a los que él sabe dedicar esa emoción penetrante y esa melancólica ternura capaz de arrancar lágrimas que acertó a poner en el epitafio de la niña Eroción (45), o de la joven Antula (46), o én el poema desgarrado del niño Urbico, traspasado de un encanto que es casi un hechizo catacumbario en aquella hora de parto y de epifanía en que el mundo doblaba una esquina, porque ya la doctrina evangélica se mostraba a punto de sazón plena y el Cristianismo se anunciaba sobre los cuatro vientos como la gran verdad que hacía estremecerse en sus cimientos al último avatar del paganismo (47).

Se siente correr a través de toda la obra del poeta este latigazo de dolor que enhebra al filo de su sacudida todas las condiciones y todos los aspectos de la sociedad y de la vida.

Cabe aquí, con más plenitud que en ningún otro lugar, la no del todo exacta querella de nuestro Menéndez Pelayo, que con su visión tantas veces genial también en este campo supo calar muy hondo: "¡Lástima de poeta!" (48).

---

(44) *Epigr.*, I, 39; IX, 52.
(45) *Epigr.*, V, 34, 37; X, 61.
(46) *Epigr.*, I, 114, 116.
(47) Cfr. C. de la Berge, *Trajan*, págs. 242-3.
(48) Ob. cit., pág. 289.

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 12/1944, #50.

Esta misma humanidad que, bien encauzada y mirada del lado tiernísimo de su alma selecta, tanto le dignifica, es la misma que tanto mérito le resta, tratado desde la ribera a que él estaba siempre abocado de una picaresca a veces desvergonzada.

Marcial —dejemos a un lado sus momentos de desenfado goliardesco— nos va deparando, verso a verso, con un pie en la realidad y otro en lo ideal, con los ojos en el suelo y el corazón en lo soñado, la entrega dulcísima de la realidad prisionera, cuyos ojos lánguidos de nostalgia se le escapan a través de las rejas de la cárcel de lo ordinario, de lo cotidiano hacia las verdes primaveras de lo mejor. Y esta atmósfera que voltea su vuelo por sobre las cabezas de lo real, ¿no es precisamente esa emoción inefable que llamamos poesía? ¿No es ese sentimiento humano que nos permite buscar a Marcial, al mejor Marcial, en su obra?

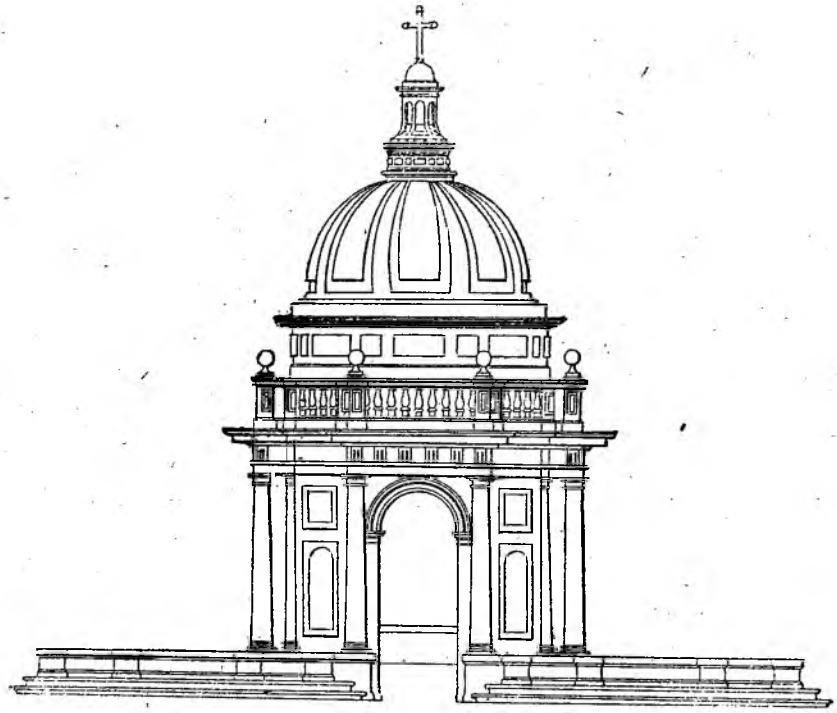
Su paternidad, su tono menor un poco de autor de picaresca, ese ponerse entre bastidores le hace a veces querer aparecer desfigurado ante nosotros, dársenos *otro* en sus versos, con frecuencia en las procacidades de sus versos.

De Cicerón, de Salustio, de César o de Plinio el Joven, por no citar más, sabemos todo lo que querían que se pensase de ellos, porque ellos mismos nos lo van diciendo expresamente al correr de su obra.

Es preciso que sepamos también que Marcial no ha dejado un solo momento de moverse en el fondo de sus versos. Hay, pues, detrás, debajo de la envoltura de su obra, un mirar las cosas desde el lado más tiernamente humano que le va denunciando a cada paso y nos va dando su mejor doble: *el anónimo.*

Ciudad Universitaria, 2 febrero 1943.

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 12/1944, #50.



Poesia

Luis Rosales: *Rimas*.—Mercedes Fórmica-Corsi: *Bodoque (novela)*.

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 12/1944, #50.

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 12/1944, #50.

RIMAS

POR

LUIS ROSALES

I

EL DESVIVIR DEL CORAZON

Mi soledad termina en su latido.
El es mi compañero.
Nunca vive mi vida; está a mi lado
como un bosque en el mar, siéndome ajeno,
siéndome niño hacia el correr del alma,
llevándola volviendo
siempre hacia atrás, hacia la fuente viva
de la risa de Dios donde nacemos.

Yo contaba, ¿recuerdas?, tus latidos
como un llanto de ciego,
como un paso en el césped, como un rostro
de lluvia en un espejo,
siempre hacia atrás llorando la alegría,

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 12/1944, #50.

para encontrar mi propio sentimiento
desnudo ante la lúz, y en aquel punto
en que el labio de Dios lo está diciendo
ya para siempre. Sí, pero ¿hacia dónde
me llevará tu mano, compañero?
compañero del alma que desvives,
llevándola volviendo
como un bosque hacia el mar que la cubriera
borrando el sol con su bautismo ciego.

La fronda estremecida, bajo el agua
se quiebra; un viento quieto
va gastando en las hojas la hermosura
que aun era alegre ayer; los troncos viejos,
innumerablemente sucesivos,
se ocultan bajo el lento
movimiento mortal del agua viva
—del pie que al caminar borra el sendero—,
y se borran mis huellas en el alma
llevándolas volviendo
hacia nacer, hacia dejar soñando
ya en la mano de Dios cuanto fué nuestro.

Aquella tierra firme donde un día
tuvo el amor sonrisa y valimiento
descansa bajo el mar; ¿ya nunca puede
volver el sol a deslumbrar su sueño?
Sobre el haz de las aguas queda el alma,
debajo de ella el tiempo,
el retrasado corazón que vive
llorándola volviendo,
¿cuándo podrán dormir sobre las copas
radiantes al sol trémulo

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 12/1944, #50.

las dormidas palomas?, ¿cuándo el día
tendrá la edad de Dios sobre el sendero
que orillaron los troncos silenciosos?,
¿cuándo volverá el tiempo
a separar las aguas que cubrían
madera, cima y cielo
del solo bosque donde nunca pudo
perderse un niño ni olvidarse un sueño?,
¿cuándo podré decir que hemos vivido
la misma vida, corazón, si ciego
siempre pierdes el tino
cuando la luz deslumbra tu misterio;
y quiebras en mis ojos la mirada
con un desprendimiento,
con un temblor de tierra interno y loco
que arrastra, vida y alma, sangre adentro,
allá, hacia el corazón, que desvaría
confundiendo hoja y mar, camino y cielo?

2

Señor, tengo en el labio
ceniza de palabras,
cenizas de aquel bosque, de aquel lago
en que sólo una vez se vió la cara
y el silencio de Dios donde aun buscamos
nombre a la flor y contenido al alma.
Como el ciego que anhela
el muro del descanso, y no le halla,
va el nombre en pos del sueño
de figurar la rosa o la mañana.

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 12/1944, #50.

Señor, haz que tu cuerpo
transparente su amor en las palabras,
no sirven: aquí están; nos hacen huérfanos
con peso en la memoria, nos desatan
de tu regazo sin haber nacido,
empañan tu mirada,
¡no nos ciegue su sombra, no nos ciegue
su sombra; di que basta
el silencio sensible en que aun Te miras,
la memoria interior de la esperanza!

3

ISLA EN LA NOCHE

Eres de cielo hacia la tarde; tienes
ya dorada la luz en las pupilas
que están llenas de ti; ciega de sueño,
cayendo hacia ti misma,
cayendo hacia vivir, vives tan sólo
para esperar la vida;
ves la sombra avanzar, y estás soñando
que la noche te hará clara y distinta,
que el sol dejará en ti su postrer oro,
en ti, la retrasada, la encendida,
la creciente de amor junto a la sombra,
la luz, sin sol, donde se cumple el día.

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 12/1944, #50.

4

Callando hasta nacer, hasta nacerte,
cabe todo el olvido en un silencio,
como si el mar pesara sobre el labio,
latiera sobre el labio, y fuese un beso
sobre tu vida entera, sobre el mismo
destino de tu cuerpo
callando hacia la luz, hacia las cosas
desnudas de su nombre, de aquel velo
que al darles claridad les resta el brillo
del silencio de Dios, y su misterio.

5

Quizás la perfección no se completa
sin el olvido; el labio
está diciendo un beso, como el ciego
no tiene en el mirar más luz que el llanto.
Ya ha atardecido el corazón; las sombras
son altas; van despacio,
maternales, cubriéndote y creciendo,
como llevando al hombre de su mano.
Ya la sonrisa está en su puesto; sabe
que es como un don; y estamos
más cerca, cada vez, de destruirnos,
más juntos, maniatados
a un sueño en que se llora, en que descansa
el corazón, llorando.

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 12/1944, #50.

6

Como si tú ya fueras
la palabra precisa
me bastaba olvidar para entenderte,
me bastaba vivir; me bastaría
seguir la transparencia, ver el aire,
tocar la luz, llorarte, y sueño arriba,
llenándome los ojos hasta el borde
de cielo, de alegría,
verte crecer mirándote en el alma,
diciéndote en el alma, persuadida
a ser palabra al fin, pura palabra.
diciéndose a sí misma.

7

LO QUE NO SE RECUERDA

Para volver a ser dichosos era
solamente preciso el puro acierto
de recordar... Buscábamos
dentro del corazón aquel recuerdo.
Quizás no tiene historia la alegría.
Mirándonos adentro
callábamos los dos. Tus ojos eran
como un rebaño quieto
que agrupa su temblor bajo la sombra
del álamo. El silencio

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 12/1944, #50.

pudo más que el esfuerzo. Atardecía
para siempre en el cielo...
No pudimos volver a recordarlo.
La brisa era en el mar un niño ciego.

8

LUZ VOLVIENDO

Lo más frágil llevaba a lo más puro:
sí, aquella risa, aquella
palpitación al borde de la carne
igual que una onda lenta
que deslumbrara el agua, y la moviese
hasta centrarme el corazón en ella,
o igual que una guirnalda, o un anillo
que cubriera tu cuerpo, y que le diera
como una suave luz, como un cansancio
de cielo que se queda
un instante, con sol, entre las ramas...
aquella risa, aquella.

9

No es preciso vivir. Y no es preciso
descansar de vivir, ni saber cuándo
se ha inclinado este sueño hacia la tierra
para acabar; cansado

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 12/1944, #50.

se nos muere hacia dentro, hacia aquel sitio
donde estuvo el amor cristalizado
sobre una risa antigua, y va cayendo
del corazón sonámbulo,
va cayendo conmigo hacia la sombra
dando a mi propia muerte su cansancio,
el fiel cansancio original, el beso
que me atardece el pulso, y que me ha dado
esta muerte, Señor, que no es la mía,
inclinándome el paso
siempre hacia un muro que se aparta siempre,
como un cielo de arena, entre sus manos.

10

Sólo florece el agua que está queda.
UNAMUNO.

No sé si es sombra en el cristal, si es sólo
calor que empaña un brillo. Nadie sabe
si es de vuelo este pájaro o de llanto;
nadie le oprime con su mano; nunca
le he sentido latir, y está cayendo
como sombra de lluvia, dentro y dulce,
del bosque de la sangre, hasta dejarla
casi acuñada y vegetal, tranquila...
No sé. Siempre fué así. Ya en la memoria
llorar, casi con sueño, y ver tu imagen,

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 12/1944, #50.

como el aire de un parque en un espejo,
como el paso que mueve una cortina
detrás de la mirada... Y luego, un vuelo
obscuro, casi andado, y sobre lirios
que arrodillan los labios junto al borde
del propio corazón, y ensimismarte,
perderte hacia nacer, cegar volviendo
frente a la luz de un rostro sobre el agua,
las aguas en tus manos detenidas,
las aguas muertas que producen flores.

11

Tus ojos son como un camino abierto
para la luz de entonces,
para la luz de ayer; son como clavos
que están fijando un cuadro que se rompe,
llorando hacia el ocaso su alegría,
soñando que conocen
la mano que los clava, el paso mudo
que va desde su sangre hasta la noche
andando eternamente hacia el olvido,
sujetándose en ellos: ¡campeadores
que buscan su ceguera
matinales, insomnes!

12

Esta madera que es el sueño, acaso
sabe que huele a ti, sabe que creces

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 12/1944, #50.

hacia tu infancia, y vives
de aquella claridad, de aquella nieve
niña como la sed, y atardeciendo
de luz infantilmente,
de traje corto hacia el amor, llevando
la luz que tuvo en el mirar que tienes.

13

Un cielo sosteniéndose en la mano
o en la mejilla pálida,
un cielo vivo entre la mies caída,
trémula, alucinada,
en busca de martirio junto al labio,
con un rumor de música en las alas
de su aniquilamiento, y un declive
de tu propia materia a la esperanza,
un declive más rápido, más junto,
casi dueño de ti, y una llamada
de agua en la selva, una frescura súbita
como una llamarada,
como un esfuerzo de la carne misma
hacia la luz, y un viento que desata
una sílaba y otra en la caída
que desune la carne, y la distancia
ya en la cima de sí, sonambulante,
quieta de amor frente a la luz del alba,
la luz del labio donde nace el día,
la luz, recién casada.

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 12/1944, #50.

14

INUTILMENTE

Allá en el corazón iba igualando
el peso de los días,
de las horas vividas, resbaladas,
con el peso del sueño, con la risa
el sueño, con la terca
diafanidad del sueño: era la viva
pena del niño que despierta a solas
cuando todos se han ido; no podía
pesar tu hueco, Amor, el simple hueco
que has dejado a mi lado mientras viva.

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 12/1944, #50.

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 12/1944, #50.

BODOQUE

(NOVELA)

POR

MERCEDES FÓRMICA-CORSI

A mi querida hermana Marita.

I

Bodoque sube las escaleras contando. Tres... cuatro... siete... Salta sobre los tramos y repite su cerebro: diez... doce... hasta que una voz le corta el hilo de sus pensamientos.

—Es "Ella" —se dice—.

Jamás se atreve a enfrentarse con la personalidad de esta mujer. Rehuye calificarla, porque presiente que va a ocasionarse con ello algo muy doloroso.

Hace ya dos años que apareció en su casa, que apareció en su vida, un día de Navidad. Se la llevó su padre, y "Ella", con pretensiones de hada, había preparado el árbol de Noé. Colgó las tiras metálicas, los flecos plateados, las nueces forradas de colores y más de cien velas que parpadearon durante toda la tarde. En el suelo, bajo las ramas verdes del abeto, como una fruta madura que se le hubiese desprendido, colocó la bicicleta. Aquella noche se quedó para ver el efecto que el árbol encendido producía en Bodoque. Después, ya no se había marchado.

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 12/1944, #50.

"Ella" tiene esa belleza rubia y sosa de las mujeres del Norte. Se asemeja mucho al retrato de María Antonieta, reina de los franceses, pintado por Le Vigée. A ese retrato con peluca empolvada, sin contornos, sin límites entre la frente y el pelo. A ese retrato infinitamente blanco, símbolo de su posterior tragedia, al que uno se asoma, tras de leer su vida, y experimenta un gran vacío, un gran desconsuelo y la sensación de que en la intriga del collar quizás hubiese tenido alguna participación, porque la boca, la boca sin labios, seca, sin risas, descompone el encanto de todo el rostro. Aunque tiene un bello nombre centroeuropeo —Ingar—, Bodoque nunca lo pronuncia.

Ahora, cuando llegue, se ocultará en el cuarto de juego. Necesita estar solo, desde que lo han dejado solo.

II

Escurriéndose por los pasillos, sorteando la inoportuna presencia, llega hasta su refugio. Entra en él. Es una habitación ancha, clara, con una ventana desde la que se divisan los tejados vecinos. En el centro del cuarto está suspendido el "puching". Los guantes de boxeo desinflados, famélicos, sin aire, con las huellas de los dedos de Bodoque marcadas, descansan colgados de la pared. Hay también una mesa de delineante, una mesa de pino sin barnizar y un alto banquillo sin respaldo. Sobre el tablero le aguarda la colección de sellos, y el "meccano", convertido por arte y gracia de Bodoque en imponente polea. La bicicleta, brillante, niquelada, constituye el mejor ornato de su cuarto de juego, pero Bodoque no la ama como se merece, a pesar de haberla deseado tanto. Le parece el precio de su soledad y la siente extraña a su vida, más unida a "Ella", al recuerdo de "Ella", que a ningún otro.

Se despoja de la cartera que guarda sus libros de pequeño estudiante y mira pausadamente a su alrededor. Una idea le tortura. Sabe que a pesar de todos aquellos juguetes, a pesar de todos aquellos regalos, él, Bodoque, no es un niño como los demás. Ha experimentado esta sensación hace ya muchos días, pero esta mañana la duda

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 12/1944, #50.

se le afianza más. Le entra, le penetra en el alma, como si pudiera instalarse en ella, con toda la fuerza de lo irremediable. Durante el recreo, en el momento que pendía colgado de las paralelas, Diego Flórez, un chico gordo, blando, casi femenino, que nunca juega, le había preguntado desde el suelo:

—¿Oye, Bodoque? ¿Quién es esa señora que viene a buscarte por las tardes?

El se había quedado perplejo, inmóvil, sin saber qué contestar. Enrojeció hasta la raíz del pelo y guardó silencio.

Mientras la pregunta permanecía flotando en el espacio, incontestada, apremiante, Carlos León respondió, con extraña urgencia, como si hubiese adivinado su angustia y quisiera ayudarlo:

—Es su institutriz.

Pero Diego Flórez, implacable, con hermanas sabihondas, delgadas, con hermanas de cierro y balcón, no se había dado por satisfecho.

—¡Sí! ¡Sí! ¡La institutriz!... ¡Si supierais lo que dicen en casa! —y sonreía maliciosamente mirando sin cesar a un lado y a otro—.

La señal del profesor, supendiendo el recreo, había solucionado, de momento, la violenta situación. Mas ahora, en la tranquilidad de su cuarto de juego, las palabras de Diego Flórez torturan su cerebro, punzándole sin descanso.

—¿Quién es esa señora que viene a buscarlo por las tardes? ¿Quién es "Ella"? ¿Qué hace en su casa esta mujer? Son tres preguntas que él mismo desearía que alguien le contestara. Tres preguntas que le corroen la tranquilidad, hasta deshacer su descanso.

El, Bodoque, no sabe nada de Ingar. No sabe más que ha aparecido un día en su casa, cuando el perfume de su madre flotaba aún por las galerías, y dentro del cuarto de sus hermanas quedaba tan sólo el recuerdo de ellas.

III

Asaltan su mente escenas confusas, escenas no definidas, que le dan la seguridad que detrás de todo aquello hay un terrible misterio

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 12/1944, #50.

y detalles que hasta entonces le habían pasado inadvertidos, surgen en su memoria como astillas de fuego.

Ninguna señora saluda a Ingar, y cuando algunos domingos lo lleva al cine todo el mundo la mira para cuchichear sin descanso, bajando la voz. En muchas ocasiones ha podido observar cómo la mano del acompañante de un amigo suyo estrujaba en el brazo del niño el saludo que iba dirigido a él, a Bodoque. Son las personas mayores las que no quieren que se le acerquen, y hasta el mismo Carlos León ha enrojecido alguna vez y ha desviado los ojos, como si no le conociera.

¿Por qué este cerco de la sonrisa cuajada, del saludo desbaratado?

A veces, sin embargo, le parece que no es a él a quien odian, ya que al siguiente día de uno de estos encuentros el propio niño que ayer no le saludó se le aproxima radiante, charlando más que nunca, como si quisiera hacerse perdonar.

El, Bodoque, sabe que no puede ser exigente. Vive con una mujer que ni siquiera habla la misma lengua de las demás y, por otra parte, conoce demasiado bien su terrible secreto. Pero quisiera tener valor para acercarse a "Ella" o a su padre y que le explicaran la razón de su presencia.

No puede hacerlo. Cada vez que lo intenta la voz se le agarrota dentro de la garganta, y como teme descubrir algo muy grave, calla y calla, mientras zumban en sus oídos las palabras de Diego Flórez:

—¡Sí! ¡Sí! ¡La institutriz!... ¡Si supierais lo que dicen en casa!

IV

La vida de Bodoque transcurre insegura, oscilando siempre. No tiene dentro de su pensamiento una idea sólida, un sí o un no rotundo en que descansar. Todo a su alrededor vacila, como un barco desarbolado, y sus nueve años, incipientes y puros, que apenas si comprenden lo que ven, no le pueden ayudar.

Cuando vuelve del colegio, tarde tras tarde, y sólo tiene como refugio su bello cuarto de juego, frío y desapacible; cuando no encuentra

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 12/1944, #50.

en el hueco de las galerías las risas de sus hermanas; cuando adivina que su soledad es completa, que ya no le aguardará nunca la voz de su madre diciéndole desde el salón: —Acércate, hijo mío, quiero darte un beso—, su corazón se echa a temblar.

Comprende con una seguridad clarísima que si su madre estuviese allí, que si sus hermanas le aguardasen como en otros tiempos, su angustia desaparecería.

El sólo puede recordar que se marcharon un día de verano, silenciosas y tristes, cuando el sol caía como un chorro de fuego sobre las piedras de la calle. En un día de calor que dejó a las niñas mustias, desmadejadas. Lo abandonaron a esa hora de las tres en que las gentes duermen la siesta. A esa hora del día en que todo parece que se sueña y los sucesos se ven lejanos, diluídos, sumergidos en el bache de la inteligencia, sumergidos en el hueco del tiempo y del calor. A esa hora en que se piensa con la fortuna y cuesta mucho trabajo volver a la realidad.

Su madre lo había abrazado muy fuerte, más que nunca.

—Yo había jurado que no te dejaría —murmuró con la voz llena de lágrimas—.

Mariana los separó con dulzura.

—Es mejor no hacer escenas, madre. Es mejor para él. Ya no tiene remedio.

Lo dejaron solo en los cuartos inciertos, largos, deshabitados de la casa. En los cuartos de proporciones hasta aquel entonces desconocidas. Creyó que iban a volver y durante semanas enteras las estuvo aguardando. Pero hacía ya mucho tiempo que nada sabía de ellas. Ni de su madre, ni de la pequeña María, más pequeña que él; ni de sus tres hermanas mayores, Mariana, Irene y Cristina.

Algunas noches, muy bajito, con la boca pegada a la almohada, les enviaba un mensaje de amor.

—¡Mamá. Mamá!

Sobre todo, durante el primer invierno, en las noches de lluvia, en el silencio diluído en gotas se acordó de ellas mucho más.

Bodoque, sin embargo, las fué olvidando con la primavera.

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 12/1944, #50.

V

Bodoque recuerda el tiempo pasado, como un sueño muy bello, que no puede volver. Entonces la casa no estaba vacía, y la presencia de sus hermanas lo llenaba todo. De la mañana a la noche podían escucharse sus risas por las galerías, y cuando Bodoque se sentaba cerca de ellas, un mundo prodigioso y feliz se esparcía a su alrededor.

Eran cuatro las hermanas de Bodoque. Mariana, Irene y Cristina, mayores que él, y una más pequeña, que se llamaba María.

Mariana escribía novelas, y siempre estaba persiguiendo a sus hermanas para leerles un párrafo nuevo, pero sus hermanas Irene y Cristina no querían escucharla y la sorteaban escondiéndose por recovecos ignorados.

—Que no nos encuentre —murmuraban entre sí, bajando mucho la voz—. ¡Ayúdanos, Bodoque! —decían reclamando su concurso—.

Y Bodoque las ayudaba, ¡vaya si las ayudaba!, ya que a él tampoco le gustaba escuchar lo que Mariana había escrito. Prefería a Irene, que dibujada muñecos mofletudos, con las bocas como hocicos, manos finas y largas como de marfil, y trajes de princesas de todos los cuentos. En un cartón blanquísimo solía pintar rayas, puntos y manchones, que se convertían poco a poco, ante la silenciosa admiración de Bodoque, en loros charlatanes, galopines embrujados y testas coronadas. Sobre el papel quedaron inmortalizadas para siempre las siluetas inverosímiles del Dragón de las Siete Cabezas y del Pájaro de Todosloscolores.

Cristina, la sin par Cristina, guardaba detrás de su frente las más divinas leyendas.

¡Ay Cristina! ¡Amada Cristina! Bodoque sabe que no encontrará nunca nada como tú.

A su lado se vivía un mundo distinto, con lenguaje propio y escritura que todos ignoraban, a excepción de los seres privilegiados que ella había escogido para formar el círculo de su amistad. En el tejado que cubría el lavadero tenía escondido un tesoro, compuesto de mapas celestes, bolas de cristal y lagartijas disecadas, y aunque el verdín que nacía entre las grietas hacía peligroso y resbaladizo el

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 12/1944, #50.

terreno, ella nunca dejó de visitarlo, ni aun cuando el fuerte viento del invierno hacía oscilar las tejas.

Estaba encerrado dentro de una caja de latón que había servido en tiempos para guardar caramelos. En uno de sus costados, pintada con esmaltes, se erguía una pajarita de papel, tiesa y blanca, que sabía resistir con dignidad los rigores del tiempo. Parecía un milagro que soportase sin despintarse la lluvia y el calor, y quizás por eso, en premio a su lealtad, fué escogida por Cristina como símbolo del grupo.

Desde el lugar donde estaba escondido el tesoro se divisaba un horizonte que Bodoque amaba como ninguno. En todo lo hondo brillaba la alberca del jardín, con el agua cuajada reflejando las nubes del cielo. Los bordes de los arriates aparecían llenos de lirios afilados, y en seis rincones diferentes florecían suspiros a medio nacer. La copa del único árbol subía por encima de sus cabezas perdiéndose en el firmamento. A veces permanecían horas enteras tendidos sobre las tejas, sin fuerzas ni para pensar, aletargados por el sol, oyendo el crujido de la noria que se movía en el jardín vecino. Cuando el tiempo estaba seco las tejas aparecían ásperas, mas cuando acababa de llover salía de sus poros un vapor dulce y caliente que se metía por las narices. De vez en cuando se enfrentaban con salamanquesas inmóviles, que los miraban fascinadas antes de salir corriendo hacia el fondo de sus escondites, con la prisa de los latigazos. Bodoque recuerda también, como si las tuviese delante, aquellas tardes maravillosas que su hermana le preparaba, aquellas tardes en que Cristina le aguardada a su vuelta del colegio disfrazada de algo misterioso, los párpados pintados de azul, el rostro cubierto con un fino pañuelo de Mariana.

—12-3-5-21—

susurraba bajando la voz.

Le gustaba rodear de secreto los sucesos más sencillos de la vida. Había inventado un abecedario de números que sólo ella y Bodoque conocían.

—La clave detrás de la maceta —explicaba después, y se escurría por el corredor, como una sombra, casi sin pisar el suelo—.

Bodoque, estupefacto, la veía desaparecer, y aguardaba lleno de impaciencia a que se acabase el estudio para correr desalentado hacia

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 12/1944, #50.

la terraza, donde bajo un tiesto de flores encontraba un papel escrito con signos misteriosos.

—12-24-32-27-41-18—

traducía con paciencia: "A las seis en el cuarto de Irene. ¡Silencio! ¡No traicionarme!" y cuando sus hermanas mayores, cuando Irene y Mariana salían con la madre, ajenas en todo a lo que poco después iba a ocurrir en su habitación, Bodoque aguardaba emocionado la llegada de Cristina, que aparecía vestida de reina, rodeada de una corte de doncellas y pajes, compuestos por niños de la vecindad, y la pequeña María, más pequeña que él, feliz en su papel de esclava, sosteniendo el manto real, que siempre se le enredaba en sus pies estropajosos de tres años.

VI

Bodoque nació un día de primavera, cuando en el jardín de las monjas vecinas empezaban a florecer los dondiegos. La campana de la capilla cabeceaba con la voz sonora de los grandes acontecimientos.

Pájaros amarillos, verdes, tornasolados, canarios, gorriones, jilgueros, temblaban en el aire, piando sin cesar.

Su madre lo había estrechado contra su corazón y muy dulcemente le había besado mientras pensaba:

—¿Qué te tendrá reservada la vida, pequeño hijo mío?

Sus hermanas no cesaban de mirarlo, cuchicheando entre sí, felices de que hubiera llegado.

—Tiene los ojos azules.

—Y el pelo negro.

—Y un gran carácter.

—¿Será feliz? —se preguntaron las tres—.

Bodoque, ajeno en absoluto a las ideas que su presencia suscitaba, dormía bonachonamente, apretando los puños.

Cuando Bodoque empezó a dar los primeros pasos estaba tan gordo que parecía una bola de lana.

—Es preciso que adelgace en seguida —advirtió Cristina—. Si no, no será nunca nada importante. Parece un bodoque.

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 12/1944, #50.

—¡Un bodoque, no! —protestaron sus hermanas—.

—¡Ay hijas! No sé por qué os ponéis así. Bodoque es un sobrenombre como otro cualquiera —admitió encantada mientras observaba detenidamente a su hermano, que se balanceaba sobre sus piernas. Desde el primer momento había comprendido que tendrían en él un cómplice—.

—Alias Bodoque —repitió por lo bajo—. ¡No suena mal, no suena nada mal! —murmuró, y desde aquel día ya no lo llamó de otra manera—.

Su madre no quería que lo llamasen así, pero de tanto como lo oyó empezó a decirle Bodoque, como todos los demás; un Bodoque al principio tímido, inconsistente, casi de broma.

Creció rodeado de amor, y cuando cumplió los cinco años era un chico espabilado, despierto y dispuesto a todo.

—Queremos que seas muy valiente —le decían sus hermanas—. A ver, ¡tírate de cabeza!

Y Bodoque, sin vacilar un instante, se arrojaba desde lo alto de la mesa del salón al suelo, si bien es verdad que en el último instante los brazos de Mariana lo libraban siempre de morir estrellado.

—Pero como él no sabe que van a salvarlo —explicaba Cristina—, el valor es el mismo.

—Si no quieres —le decía esta última cuando su hermano se resistía a cumplir una orden—, no lo hagas. Ahora que así no llegarás nunca a ser un buen marino. ¡Acuérdate de Juan el Temerario! Y Bodoque se acordaba de Juan el Temerario, uno de sus héroes preferidos, hijo legítimo de la imaginación de Cristina, y obedecía sin chistar.

—Un pirata es lo que deberías haber dicho —rectificaba Irene, que conocía las historias de su hermana y le gustaba burlarse de ellas—.

—Bodoque será lo que quiera ser, pero un pirata no es nada despreciable —afirmaba la otra defendiendo su punto de vista—.

Y Bodoque pensaba que su hermana tenía razón, que al fin y al cabo un pirata era un hombre, y un hombre como los demás.

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 12/1944, #50.

VII

A los seis años, Bodoque fué coronado rey.

—Si te lo mereces —le había prometido Cristina—, llegarás a ser emperador.

Colocó sobre sus sienes una corona de cartón pintada de purpurina y se inclinó ante él. Bodoque esparció su morada por todo el jardín y se sintió el amo del mundo. La toalla del cuarto de baño colgaba de sus hombros con la majestad de un manto de armiño y aunque el sol abrasaba su frente y fundía gotitas de sudor, él parecía no darse cuenta de nada.

Mariana, que descubrió por casualidad la escena, intentó liberarlo de aquel suplicio, pero fué tal la angustia que expresaron los ojos de su hermano ante el hecho de ser destronado, que prefirió dejarlo sudar. Y aquel día, cuando Cristina humilló su frente acatándolo como el señor de los mundos, Bodoque comprendió que la estrella de su destino brillaba como si fuese de oro.

Mas el oro de su estrella era de purpurina, como el de su corona, y poco después se había apagado por completo.

VIII

Los primeros días de soledad vagó desorientado por toda la casa. Se quedaba escuchando muy quieto el crujido de una puerta al abrirse, y hora tras hora espiaba con la cara pegada a los cristales el regreso de las que se habían marchado. No podía explicarse su ausencia, ni el porqué de su abandono. El frenazo de un coche al pararse en la calle delante de la casa le traía una gran alegría y una enorme desilusión. El timbre del teléfono también renovaba su anhelo, y la voz que hablaba al otro lado del hilo guardaba siempre una sorpresa en su tono de impersonalidad.

Sólo cuando la luz eléctrica se encendía dentro de los cuartos se apagaba su esperanza, que volvía a renacer con el resplandor del sol.

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 12/1944, #50.

Tenía grabada la mirada de Cristina al marcharse y el tono de su voz al despedirse de él.

—Adiós, Bodoque. Te escribiré todos los días.

Pero su carta nunca había llegado, y el niño temía que aquella hermana suya, tan amada, hubiera dejado de quererle.

A pesar de la idea vaga y terrible que Bodoque tiene de la muerte, preferiría incluso esta solución a su vida actual, en la que no hay un rostro querido en quien poder fijar su pensamiento y decir:

—Mamá, te quiero. Sé que estás muerta, pero yo te quiero y tú me ves.

El conoce algún niño sin madre o sin padre, pero que sabían dónde estaban enterrados, y aun más, podían rezar a Dios y por las noches hablar con ellos mismos. Bodoque, por el contrario, sólo tiene la terrible soledad de su ausencia, una orfandad sin contornos, más fría y más terrible que la propia muerte. No queda un solo rastro de ellas en toda la casa. Ni una fotografía, ni un libro, ni tan siquiera un recuerdo. Nadie habla de ellas, y como no le contestan cuando pregunta, Bodoque comprende, sin comprender el porqué, que no debe nombrarlas.

Experimenta la sensación de que ha perdido el equilibrio y camina por un cuarto oscuro, con los ojos cerrados, vacilando bajo la inseguridad de una puerta abierta a sus espaldas.

Ellas andarán por el mundo, no hay duda, pero ¿por qué mundo?

IX

Hasta la llegada de Ingar durmió con su padre, pero después de las Navidades se trasladó al cuarto de "Ella". "Ella" vivía en el cuarto de sus dos hermanas mayores, aquel que caía encima del jardín, sobre la mata del suspiro, y a Bodoque le resultaba muy extraño verla andar y moverse por aquella habitación que no le pertenecía.

Siempre recordará el momento en que Ingar entró por primera vez en el dormitorio. Aun quedaba sobre la mesa de tocador una polvera de cristal tallado oliendo a sus hermanas mayores, a lo que olían

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 12/1944, #50.

sus hermanas mayores. Seguramente, debieron dejársela olvidada y allí donde estuviesen la necesitarían, la echarían mucho de menos porque era uno de sus objetos más queridos. Cuando Ingar la vió, la cogió tranquilamente entre sus manos y se apoderó de ella. Dándole golpes suaves consiguió desprender un resto de polvos que aun quedaban dentro. Cayeron humildes, rosas, pequeñitos, y formaron una levísima nube en la claridad del cuarto.

A Bodoque le pareció que eran parte de sus hermanas, que se desgarraban al salir. Experimentó una sensación dolorosa y comenzó a presentir que "Ella" no era una mujer buena.

Desconcertado, rebuscó en el armario de las niñas, tratando de encontrar alguna huella que hiciera menos sensible su soledad, hasta que dió con la cinta encarnada que enviaran a Irene el último día de su santo envolviendo una caja de bombones. Se la escondió en el pecho, y durante días enteros pudo ocultarla.

Mas una noche, al desnudarlo, Ingar la descubrió. Muy enérgica, la había tirado lejos de sí.

—Son cosas de chicas, Bodoque. Es imposible que tú la tengas.

No dijo nada, agachó la cabeza y guardó silencio. Algo dentro de su corazón le advertía que si trataba de explicar "Ella" no lo entendería.

—¡Eres muy rrrgrago —exclamó la mujer—. Nunca pronunciaba las erres, que se le quedaban frenadas en la garganta con metales de anginas y gárgaras de limón.

Pasadas las Navidades, el padre decidió que durmiera con Ingar, y aunque Ingar tardaba mucho tiempo en acostarse, Bodoque la aguardaba con los ojos muy abiertos, ya que lo prefería todo, incluso a "Ella", a quedarse abaandonado en la inmensidad de aquel cuarto.

A decir verdad, aquel cuarto no era demasiado grande, pero el miedo nocturno de Bodoque aumentaba sus proporciones. La sentía meterse en la cama, y como si esperase tan sólo esto, el niño se dormía.

Más una madrugada silenciosa, transparente, Bodoque se despertó. Sintió necesidad de saber que no estaba solo, y aunque no se atrevió a encender la luz, volvió sus ojos hacia la cama de al lado. Había

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 12/1944, #50.

muchas sombras apelotonadas encima del lecho, sombras temblorosas, saltarinas, inquietantes, que confundían los contornos de las cosas. Se zambulló dentro de ellas y su corazón cesó de latir. ¡La cama de Ingar estaba vacía!

Valiente y decidido saltó fuera del embozo y caminando de puntillas palpó las sábanas que aun conservaban ese calor frío de la noche. Debió de marcharse un minuto antes y quizás algún ruido inoportuno, el roce de la puerta al abrirse, despertó a Bodoque.

Un silencio, vacío como una pompa de jabón, se había instalado dentro del dormitorio, un silencio gigante como una inmensa columna de gas lo llenaba todo, y tan absoluto era que ni siquiera ladraban los perros en lo profundo del campo. Tenía tal realidad que Bodoque sintió miedo de él.

Volvió a su cama y se acurrucó en ella. Un frío extraño se apoderó de sus piernas, y aunque las estiró buscando calor, halló el fondo del lecho helado. Parecía que la casa estaba desierta y que todos sus habitantes habían huído de allí. Nada resonaba con calor humano y sólo aquel terrible silencio tenía realidad. Presentía que de un momento a otro iba a escuchar un grito agudísimo que no sabría cómo contener.

Se sentó en la cama tratando de descifrar aquel enigma, pero al clavar los ojos en el fondo del cuarto sintió que el miedo se apoderaba de él.

Grandes sombras gigantes se le vinieron encima, tomando formas terribles al acercársele lentamente. Una boca inmensa, nebulosa, con los labios reventados desbordándose por sus agujeros, unas pupilas blanquísimas, de cuajarón, le acecharon. Brillaban mucho y comenzaron a moverse. Después fueron multiplicándose, convirtiéndose poco a poco en multitud de ojos blancos, redondos y desorbitados, de bocas superpuestas, podridas y desencajadas, que pasaban a su alrededor y le aplastaban y le rozaban como un céfiro helado.

Horrorizado, cerró los párpados; mas, como si éstos fueran transparentes, los monstruos los traspasaron. Apretó los brazos contra su corazón y se hundió desesperadamente en la almohada. Temía oír gritos incontenibles, de voces histéricas, como los de aquella mujer

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 12/1944, #50.

loca que se llevaron un día de la casa de enfrente con las manos atadas y la larguísima melena flotando en el viento. Era como si la cabeza de aquella infeliz se hubiese despedazado y trozos de su cara, trozos deformes de ojos hinchados, de bocas monstruosas se reprodujesen sin tregua, y sus alaridos, largos, chirriantes, imposibles de aguantar, fuesen a estallar de un momento a otro en algarabía cruzada, como un cohete de horror.

Alas de pájaros volaban cerca de su cabeza, suaves, suaves, como si no tuvieran peso.

Empezó a sudar, y un calor pegajoso le inundó las manos. El corazón le latía cada vez más de prisa, cada vez más deprisa, como si ya nunca pudiera pararse, como si ya nunca pudiera detenerse. Apretó los puños y se revolvió en la cama.

—¡Perdón! ¡Perdón! —gimió—.

Ni siquiera sabía de qué podían acusarle.

Temblaba, y un sabor amargo le hinchó la garganta. Se acordó de su madre, dulce y buena, que espantaba con su blanca mano de señora los velos de la pesadilla, y de la valiente Cristina, que no temía al verdín de los tejados ni a la oscuridad.

—¡Sálvame! ¡Sálvame! —pidió—.

Fué su voz primero baja, muy baja, por miedo a la venganza de los monstruos que llenaban el cuarto.

—¡Sálvame! ¡Sálvame!

Mas nadie respondió a su súplica. Entonces gritó más fuerte:

—¡Mamá! ¡Mamá!

Ronco, empapado en lágrimas, se durmió con el primer rayo de luz. Solo, sin Ingar, que aun no había regresado.

X

Por la mañana, Bodoque la espió. Estaba, como de costumbre en aquellas horas, libre de maquillajes; y su cara blanca, limpia y descolorida, destacaba sin gracia a la luz cruda del amanecer .

Para Bodoque, siempre constituía una sorpresa la visión de aquella

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 12/1944, #50.

mujer al despertarse. Si hubiese sabido lo que era una decoración ante el público y entre bastidores, hubiera comprendido que Ingar tenía la cara para salir a escena y la cara al natural de los recién levantados.

La espió durante todo el desayuno, sin poder apartar sus ojos de ella, mas no pudo descubrir nada importante. Ni surcos terribles, ni rastros que pusieran de manifiesto su correría nocturna. ¿Dónde habría dormido aquella mujer? ¿Por qué dragón, hada o monstruo habría sido raptada?

Bodoque se confundió y por un momento llegó a dudar de su recuerdo. "Ella" tenía sobre su cuerpo la misma bata rosa de otras mañanas y parecía como si se hubiese acostado y levantado en el mismo lugar, sin desaparecer ni un instante de la habitación. ¡Oh! ¡qué terrible laguna se abría en su mente, ante el hueco, hondo, indescifrable, del misterio! ¿Qué torturas sufrió Ingar durante las horas que pasó fuera del cuarto? ¿En qué lugar de la casa, o del aire, o de la ciudad, permaneció escondida?

Bodoque imaginaba que debió separarse lentamente del suelo, como sucede en los milagros y en las apariciones, y salir y regresar, todo en callado suceso.

Por un instante le asaltan deseos de preguntar, de esclarecer este misterio, que va a torturarle todas las noches de su infancia. Basta tan sólo que él haga una pregunta. Pero algo en la actitud de Ingar sella sus labios para siempre.

Bebe el café y se levanta para salir. Quiere marcharse cuanto antes de la casa, alejarse de esta extraña mujer.

Ya en la calle, mira la fachada del edificio y a simple vista le parece la misma que otros días, pero ahora adquiere a sus ojos la aureola de las cosas manchadas por lo desconocido. La gente pasa a su lado hablando o riendo. Una chica que va demasiado aprisa lo empuja.

—¿Estás dormido?

Tiene el cabello rubio, largo, en trenzas. Continúa su camino sin mirarle.

De repente, todo le parece natural, libre de sospecha, en la claridad de la mañana. Se consuela diciéndose que tal vez lo haya soñado,

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 12/1944, #50.

ya que ella ha estado como de costumbre, sin acordarse de nada, sin preocuparse de nada.

Una nube hinchada de agua tapa por un momento el sol. Parece que va a llover, y el viento trae rumor de trenes que se marchan.

XI

Sin embargo, otras noches, otras muchas noches, Ingar desaparece. Bodoque contiene el aliento cuando, desvelado, espera que se realice el prodigio. La siente marchar descalza por el fondo del cuarto, pero no se atreve a llamarla, porque le produce un miedo enorme esta mujer.

Se va quedando esquelético de luchar a brazo partido con la pesadilla. Cambia en pálido, verde, tembloroso. No duerme, y de madrugada, solo, rendido, con los nervios destrozados, concilia el sueño inquieto de los guerreros.

XII

Jamás el recuerdo de su madre le llega a Bodoque solo. Tras la madre de Bodoque camina siempre el arpa dorada del salón.

Era el arpa dorada una figura esbelta, de silueta muy parecida a las damas puras del novecientos, se cubría con un traje color verde billar, y como no llevaba escote por ser muy honrada, se desnudaba mañana y noche a través de la abertura de su costado derecho, que cerraba luego con dos cintas azules a la altura de sus hombros sin brazos. En realidad, nunca pondremos en claro si carecía de brazos porque le fueron mutilados, o si fué que éstos huyeron ante el gesto tímido y recogido de todas las arpas, o simplemente porque quisiera tener hombros de ángel; pero el caso es que el arpa del salón, así vestida, dejaba al descubierto sus lindos pies de tisú de oro, que constituían por aquel entonces la única prueba de que alguna vez había sido joven.

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 12/1944, #50.

La madre de Bodoque solía sentarse a su lado, y aun cuando nadie la había visto tocar, se decía por todos los rincones de la casa que había sido su más tierna pulsadora. Como prueba evidente de que estos rumores eran ciertos, la madre de Bodoque solía exhibir a petición de sus hijas unos diplomas amarillentos y gastados, firmados por la más aristocrática monja del "Loretto Convent" de Gibraltar. A no ser por ellos, nadie hubiera podido sospechar que el arpa del salón fuera instrumento de música, ya que siempre permaneció callada, cubierta pudorosamente con su traje color verde billar.

Mas, apacible y silenciosa, el arpa del salón ocultaba una tragedia, ya que el arpa dorada estaba muda, que para un arpa era lo mismo que si estuviese muerta. Había sido el suyo un fin deliberado y terrible. El día que descubrió que su dulce María no era feliz y que sus dedos jamás la acariciarían, se arrancó brutalmente las cuerdas y por ellas se le fué la voz, que es la vida de las arpas.

Unicamente Cristina conocía su secreto. Lo descubrió una tarde que fué a buscar hilos de plata y oro de las cuerdas mayores. Se quedó tan espantada que ya no volvió a profanar el reposo de aquella muchacha ¡tan tímida! que nunca había querido cantar "La Madelón".

Cuando desaparecieron de la casa la madre y las hermanas de Bodoque, el arpa dorada del salón también desapareció con ellas, y aun cuando su traje empezaba a apolillarse no quiso decir nada por no aumentar la terrible congoja de su dueña.

Bodoque cree que allí donde su madre esté le acompañará el arpa dorada. Eso es lo que cree Bodoque. Pero lo que Bodoque no sabe es que el arpa fué la heroína del gesto más hermoso que un ser inhumano haya tenido en mucho tiempo.

El arpa ya no está junto a la madre de Bodoque, ya no es nada en la casa de la madre de Bodoque. Un día veintiséis, que, como todo el mundo sabe, son los días malos de los hogares pobres, fué requerida la presencia de un chamarilero. Al instante se fijó en la figura gentilísima del arpa dorada del salón. Sus dueñas no querían darse por enteradas, y le enseñaban otras cosas con el propósito de distraerlo, pero el arpa, abnegada y hábil, se irguió como en los días triunfales del "Loretto Convent", sonriendo con los pliegues de su

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 12/1944, #50.

vestido verde, y adueñándose definitivamente del corazón judío del comprador. La madre y las niñas volvieron la cabeza para no verla marchar. Ella esbozaba una sonrisa muy falsa, queriendo así disimular su angustia, pero, una vez en la escalera, se declaró vencida, rompiéndose en sollozos.

Desde estas líneas suplico a los que la hayan visto en el escaparate del Hotel de Ventas que guarden silencio. Es la mayor pena que puede evitársele al corazón dolorido de Bodoque. Porque a Bodoque, cuando le hablan del alma, no puede imaginarse la suya, como no puede imaginarse la de ningún ser humano, pero sí sabe que el alma de su madre, allí donde ella se encuentre, será el arpa dorada del salón, la de los hombros de ángel, y a nadie le es dulce saber que la madre de uno haya tenido que vender su alma por unas monedas que ni siquiera llegaron a veinte.

XIII

"Ella" está sentada en el sofá, con gesto displicente y aburrido, pensando en no sé qué. Fuma a cada instante, y es por eso que sobre sus dedos pueden verse unas manchas de nicotina marrón oscuras, profundas e inalterables.

Las uñas cortas, romas, roídas, quitan a las manos todo el encanto del señorío y le prestan, por el contrario, un aspecto burdo y grosero, que ni siquiera el esmalte con que las cubre logra disimular.

En el suelo, Bodoque juega con sus barcos y organiza una gran batalla. De repente, "Ella" fija sus ojos en la quilla del Almirante, y pregunta interesada:

—¿Qué es eso, Bodoque?

Bodoque levanta la cabeza. Las pupilas de Ingar, azul celeste, frías e inalterables, que todo lo taladran, se le clavan un instante.

—¿Qué es eso? —repite, y sus dedos señalan un objeto medio oculto en la proa de un barco. Bodoque ya sabe a lo que "Ella" se refiere. Lo ha sabido desde el primer momento y sus nueve años no le permiten disimular.

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 12/1944, #50.

Por la ventana del salón se ve un cielo gris y triste que hace opaca la tarde. "Ella" está fastidiada, aburrida, y aquel niño, por otro lado, no es nada suyo.

—¡Sí! Eso que tratas de esconder. ¡Eso! —insiste malhumorada—.

En el fondo de su alma no le importa ni poco ni mucho de lo que pueda tratarse, pero como adivina que Bodoque permanece quieto, tratando de escamotear lo imposible, se levanta furiosa y de un puntapié separa los barcos, hasta dejar al descubierto la fotografía tan celosamente guardada.

Es un retrato amarillento, de cartulina muy dura, con el nombre del fotógrafo escrito por detrás en letras de oro. Hay también un escudo y debajo esta explicación: "R., fotógrafo de Sus Majestades los Reyes Don Alfonso XIII y Doña Victoria Eugenia y de Su Santidad el Papa Benedicto XV." Es un retrato descolorido, en el que, sin embargo, pueden distinguirse las facciones de una muchacha muy joven y muy bella, que lleva sobre su cabeza un hermoso sombrero cubierto de plumas. Los ojos de la mujer sonríen muy dulce, y en estos ojos ha reconocido Bodoque la mirada deliciosa de su madre.

Por muy viejo que esté, por muy borrado que aparezca el retrato, esa mirada que le da vida, esa mirada de los ojos de su madre la hubiera reconocido Bodoque a través de mil fotografías, debajo de mil sombreros anticuados. Lo ha encontrado en el desván y lo ha escondido amorosamente entre el tesoro de sus barcos, y sobre esta fotografía, única que existe en la casa, ha caído inexorable el dedo de Ingar.

—Este cartón —exclama—. ¿Estás tonto? —y diligente lo coge entre sus manos y lo mira y remira sin poder reprimir su burla—.

—¿Pero me quieres decir, a santo de qué guardas este adefesio? —pregunta asombrada—. Es bien ridícula esta mujer. ¡Bien ridícula! —exclama, mirándola atentamente. Lanza una carcajada suave y continua—. ¿Te has fijado en el peinado?, y en el sombrero, ¿te has fijado bien en el sombrero? ¡Es un verdadero esperpento! ¡Sí!, esperpento —repite—. Y no me mires así, Bodoque —termina, clavándole sus ojillos malignos—; no me mires así.

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 12/1944, #50.

Bodoque baja la cabeza, herido por las burlas que en "Ella" produce el retrato de su madre. Por un momento le parece que va a echarse a llorar, mas logra sobreponerse, y colocándose delante de ella la contempla tratando de descubrir un resto de compasión.

—¡Dámelo! —dice señalando el retrato. Da dos golpes suaves en el brazo de Ingar, como llamándola, como llamando a su corazón, y repite—: ¡Dámelo! Es mío. Es mi madre —y todo en la voz del pequeño Bodoque revela la angustia de este chiquillo acosado por un acontecimiento superior a sus fuerzas. Mas, apenas ha descubierto su alma, ya hubiese deseado volverse atrás. Algo muy malo se enciende en la mirada de Ingar, que, muy fría, muy tranquila, despiadada, pregunta con reposo frunciendo las cejas:

—¿Tu madre? ¿Has dicho que es tu madre? Entonces —continúa sin perder su aplomo—, ¡fíjate bien lo que hago con ella! —Y rápidamente parte el retrato en dos, en tres, en diez trozos, que caen sobre la alfombra, después de vacilar un momento en el aire—.

Bodoque se agarra a sus muñecas para impedir que lo destroce del todo, y al no lograrlo se tira al suelo con el afán de recoger los papeles. ¡No puede dejar morir así la mirada de su madre, los ojos de su madre, que no le habían mirado desde hacía tanto tiempo!

Mas su gesto resulta ineficaz, ya que Ingar, movida por una rabia sorda, pisotea los pedazos rotos y pisotea también las manos indefensas de Bodoque.

XIV

Hoy también amanece nublado.

Desde la escena del retrato, el niño contempla a Ingar de otra manera. Siente que algo se ha aclarado entre los dos y conoce que por alguna razón que no logra discernir Ingar es su enemiga.

Bodoque prefiere esta seguridad ingrata a no saber en qué consistía su angustía. Sí, sabe que si alguna vez pudiera pisotearle las manos, algo dentro de su espíritu descansaría para siempre.

El día está nublado, y en los cristales del comedor se pega el vaho

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 12/1944, #50.

de la lluvia. Una barrera impalpable de niebla se interpone entre la calle, entre el resto de la ciudad y la casa. La vida parece terminada y sólo de vez en cuando llega clarísimo el silbido de un tren que parte hacia un fin ignorado.

Sirve la criada, reprimiendo sus temores. Contesta de un modo mecánico a las órdenes terminantes de Ingar:

—Sí, señora. No, señora.

Cada vez que la interpela para algo, Manuela se pregunta en su interior:

—¿Qué querrá de mí esta turista?

En su limitada imaginación todo extranjero es un viajero que llega y se va, pero que no permanece.

—Lo que toca hoy —murmura mientras presenta el pescado— está imposible.

En efecto, sordo ambiente de tragedia pesa sobre el comedor. "Ellos" han entrado sin dirigirse la palabra, y antes de sentarse, Ingar ha encendido todas las luces de la habitación. Sin despegar los labios, el padre ha dejado que brille tan sólo la luz del centro. Este hecho, al parecer sin importancia, ha sido como la declaración de unas hostilidades largo tiempo reprimidas. Ingar ha vuelto a levantarse y ha encendido de nuevo. El padre, sin dejarse pisar el terreno, ha rectificado. Con la nariz pegada al borde de la mesa, Bodoque contempla la escena sin comprender. Se cruzan entre los dos cortas palabras, terminantes palabras de injurias, en un idioma que de escucharlo todos los días ha terminado por entender.

—¡De ningún modo! ¡No quierrggo! —grita "Ella", y su voz terminante, con erres pegajosas, domina por un instante la situación—.

El padre guarda silencio. Se ve que está por no hacerle caso, y es al final de la comida que decide con calma:

—Prepara las maletas. A la tarde vendré a buscarte.

El corazón de Bodoque se llena de júbilo ante esta noticia inesperada y un calorcillo de bienestar le muerde las orejas. ¿Es que acaso "Ella" va a marcharse? ¿Es que acaso ya no tendrá que soportar sus largas desapariciones nocturnas, ni su odio reconcentrado y seco?

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 12/1944, #50.

—¡Yo pienso quedarrggme aquí! —insiste Ingar con terquedad—.

Bodoque mira su cara y se pregunta con miedo qué es lo que va a suceder. Le parece la lucha de un ciempiés que se agarrase con todas sus fuerzas al borde de la madriguera, y aunque se excita ante la idea de que "Ella" vaya a marcharse, le descorazona su terquedad. Desde su sitio sólo divisa el horizonte chato de los saleros y la boca de Ingar, comprimida en un gesto de rabia. Las manos del padre oprimen la servilleta como si quisiera extraerle un jugo del que en verdad carece. Las manos del padre tiemblan un poco antes de decir:

—No discutamos más. Tú sabes que es preciso.

"Ella" sume la boca hasta dejarla sin labios, y calla. Bodoque aprovecha esta tregua para presentarle el postre de frutas. Empuja con precaución el plato, pero las manos de Ingar, blancas, chatas, lo retiran con impaciencia.

—¿Qué quieres? —pregunta sin mirarlo—. ¡Anda, no fastidies!

—Sí, no fastidies, Bodoque —confirma el padre—.

Se nota que están ajenos a él, embebidos en su propia discusión, y que olvidan hasta el cotidiano menester de pelarle la fruta. En vista del fracaso, el niño se desliza con suavidad de la silla y cae sobre la alfombra sin hacer ruido. Arrastrándose, atraviesa el túnel de la mesa. Las piernas de Ingar patalean impacientes y con unanimidad casi cómica. Bodoque puede ver un gesto idéntico en su padre. Por encima de su cabeza tamborilea la tormenta de la discusión.

—¡Ni que lo sueñes! —grita en este momento la voz de Ingar, y desde su refugio Bodoque se pregunta qué es lo que su padre no puede ni soñar.

Termina de arrastrarse y sale del comedor sin que nadie se aperciba de su fuga.

XV

Manuela es una buena muchacha. Hace tres meses que ha entrado a servir en casa de Ingar, que tiene fama de "picadero" porque nadie para en ella, y todavía no se ha marchado. Dice que en su pueblo

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 12/1944, #50.

todo el mundo la quiere y no tiene más vicio que el de la "pompeya", especie de agua de colonia, que guarda en un ánfora de cristal.

Cuando Bodoque entra en la cocina, Manuela está almorzando en una postura tan incómoda que produce escalofríos. Sentada en una silla, aparece con las piernas abiertas, el brazo izquierdo apoyado en el tablero y el derecho suspendido en el aire, mientras empuña un tenedor que lanza sobre el plato con aire distraído al tiempo que mastica. Tiene ante sí un trozo de carne refrita, más que refrita, con tantos ajos y pimienta que parece imposible que pueda digerirlo sin destrozarse el estómago. Algunas veces suele revolver también un huevo, para que tenga más grasa.

—A mí que no me den la comida sin grasa —exclama cuando tiene ocasión—.

No habla con nadie, y sólo Bodoque le causa algún alivio. Como no sabe de letras, el niño le escribe unas cartas larguísimas, abarrotadas de "pues" y "sabrás", que manda al pueblo una vez por semana.

Bodoque se le acerca con el rostro radiante, y le comunica lleno de alegría:

—¡Manuela! ¡Creo que va a marcharse

Manuela deja de comer y pregunta con gesto de duda:

—¿Quién? ¿La cochotriz? Esa no se va de aquí hasta que las ranas críen pelos.

Y la fuerza de esta expresión cabalística, que comprende de un poder infinito, deja al niño estupefacto.

Después del café, Ingar se encierra en su habitación. Hacia las seis de la tarde atraviesa sin hacer ruido la galería y se marcha a la calle, sin despedirse de nadie. Cuando sus pasos se pierden en el fondo de la escalera, a Bodoque le parece que un peso muy grande ha dejado de oprimirle.

Corre al dormitorio. En correcta formación aparecen los numerosos zapatos del ajuar de "Ella". Zapatos de piel de cocodrilo, negros chapines de raso y botas de montaña con clavos de hierro. Nada parece turbar su reposo, como si nada fuese a suceder. Abre el armario con la esperanza de que éste pueda decirle algo más, pero en su inte-

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 12/1944, #50.

rior nada está trastornado. Las cartoneras que guardan los sombreros enseñan sus nombres —Marie, Julliette, Antoinnette— con la tranquilidad de unos objetos a los que nada obligase a marchar. Los vestidos cuelgan de las perchas lánguidos, exhaustos, escondiendo las mangas vacías, sin una arruga, inalterables.

El niño contempla este espectáculo con el desasosiego de un desencanto interior.

"Ella" regresa al anochecer, sonriente, del brazo del padre. No se hacen maletas, ni baúles, ni se descuelgan trajes, y todo en la casa permanece igual, con Ingar dentro de ella, pesada, fija, como de bronce.

XVI

Aquella noche se siente más solo que de costumbre. En el salón, "ellos" cuchichean entre sí, bajando la voz, con risas apagadas.

Desde el fondo de su butaca, Bodoque, con los ojos cargados de sueño, se siente olvidado. Comprende que él no significa nada, ya que siempre sucede igual, y a lo más que llegan es a ofrecerle una revista infantil con la esperanza de alejarlo.

En esta noche llena de promesas desvanecidas, desilusionado, Bodoque conoce una vez más todo lo que estorba su presencia y comprende que es en el otro lado del mundo, en ese lugar ignorado donde viven sus hermanas, donde está su sitio.

—¿Por qué lo dejaron en la casa abandonada? —se pregunta desconcertado—. ¿Es que ya no le querían como antes? ¿O es que acaso todos han dejado de quererle?

En el salón, la atmósfera cargada de humo se descompone dentro de su cerebro rendido y añora con un deseo muy fuerte, con un deseo que hasta entonces nunca había sentido, la presencia de su madre. Ella sabía contar bellas historias de barcos y le decía siempre que llegaría a ser un buen marino de guerra, como su abuelo el contraalmirante. Junto a ella, Bodoque se sentía todo un hombre, y no un niño indefenso y cobarde como se siente ahora.

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 12/1944, #50.

—¡Si pudiera verla una vez tan sólo! —suspira con desesperación mientras cierra los ojos—.

En el salón reina un silencio profundo y en el rincón de la chimenea puede verse todavía la huella del arpa dorada. De repente, alguien que pisa muy suave viene a sentarse junto a él. Bodoque sonríe y apoya la cabeza en el respaldo del sillón. Adivina que es su madre y le murmura unas palabras de bienvenida.

Bodoque apenas si recuerda ya su rostro. Tiene su cara guardada en la mente como esos pétalos de flores encerrados dentro de un libro, esos pétalos que sólo conservan su prístina forma por la presión de los cantos, pero que basta el más leve soplo de aire o el simple roce de un dedo para que desaparezcan convertidos en un polvillo gris. Bodoque no se atreve a ahondar en el recuerdo de la cara de su madre, porque ya le ha sucedido que por insistir ha atravesado el rostro amado, deshaciéndolo como una nube a un lado y a otro de la memoria, y luego para reconstruirlo ha tenido que dejar pasar muchos días, innumerables días de reposo sin pensar en ella, para volverla a colocar intacta en el santuario de su recuerdo. La tiene lejana, sin atreverse a más, por miedo a que un día le desaparezca, y esta vez definitivamente.

Por eso, aunque la sabe dentro del salón, prefiere no mirarla. La seguridad de su presencia le satisface y la amargura que lo embargaba cesa de oprimirle.

Reclina la cabeza y sueña con cosas imposibles. Sueña con tener quince años. Sueña con abrir la puerta de la calle y escapar de allí para no regresar nunca.

XVII

Hoy amanece un buen día. En el arriate del jardín, aquel que está escondido cerca de la alberca, ha florecido el guisante. Hacía ya mucho tiempo que Bodoque lo había enterrado por consejo de Manuela, sin grandes esperanzas, como quien se desprende de una cosa que ya no ha de volver. Y, sin embargo, esta mañana la criada ha gritado, con los ojos encendidos, mientras preparaba el desayuno:

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 12/1944, #50.

—¡Bodoque! ¡Ha florecido el guisante!

Bodoque sale corriendo, y la criada lo sigue con su aire siempre asustado.

En el arriate se ven dos bracitos diminutos, verdes claro, que piden auxilio al cielo. No existe nada tan conmovedor como esas raíces con vida propia que empujan la tierra para poder salir, y luego crecen hasta conseguir su destino.

—Hay que tener mucho cuidado con él, Manuela —asegura muy serio Bodoque, percatado de su responsabilidad—. Al fin y al cabo es algo que él ha hecho nacer, sin que el pobre guisante se lo hubiera pedido, y esta idea vaga en su espíritu no de un modo definido, pero cierto.

—La regaré todos los días, pierde cuidado —promete Manuela—. Quédate aquí —continúa después, dirigiéndose a la casa—. Voy a traerte el café.

La mañana está espléndida. Del naranjo del centro han caído dos naranjas que los pájaros picotean. Las hormigas salen de sus agujeros cediéndose el paso las unas a las otras, y sobre la superficie de los caminillos se ven montones de tierra seca que se deshacen al más leve roce.

La primavera llega, ha llegado ya, y en cada rincón del jardín existe un murmullo nuevo.

Las mariposas vuelan como papeles blancos, y Manuela asegura que son augurios de buenas noticias.

—Hoy habrá carta del pueblo —anuncia pensando en no se sabe quién—.

La sombra del magnolio se hace de verdad sobre el suelo, toma jerarquía de cosa seria y ya no volverá a borrarse hasta el mes de noviembre. El agua de la alberca, de un verde espeso, está quieta, aletargada, y los cuajarones de verdín que la cubren se ciegan con la luz del sol. Están tristes porque saben que dentro de unos días ya no serán de terciopelo, y un color amarillo sucio les habrá dado muerte.

En el jardín de las monjas chirría la noria, arrastrada por un burro ciego que nunca rebuzna, y a la azotea del patio de vecindad

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 12/1944, #50.

una vieja ha sacado una sábana llena de espumas, que sacude a grandes golpes. Bodoque termina de tomar su desayuno y se levanta para salir. En un ángulo de la casa suena de pronto el timbre de la puerta.

—Deja, yo mismo abriré —dice a Manuela, arreglando la cartera de sus libros—.

—Será el lechero —afirma la criada mientras recoge las migas del pan—.

Bodoque entra en la casa. La oscuridad del interior se le echa encima cegándole un momento. El timbre suena de nuevo, y Bodoque se apresura hacia la entrada. Detrás del tablero se escucha un murmullo de voces. Descorre con cuidado el cerrojo y la puerta chirría antes de abrirse por completo. Tres figuras aparecen en el umbral. Tres figuras que lo dejan boquiabierto y confuso. Con los ojos asombrados las mira, diciéndose que de un momento a otro van a desaparecer.

—¡Dios mío! ¡Pero si es Bodoque! —exclama Cristina, dejando en el suelo una especie de cesta que trae en el brazo—. Le coge la cabeza y lo besa con mucho cariño. En un instante Bodoque pasa a las manos de Mariana y en seguida a las de Irene. Desconcertado, cree seguir soñando y se dice que no son de verdad. Están más altas que de costumbre y, sobre todo, Cristina le parece completamente distinta, más afilado el rostro, más opaca la mirada, incluso más vieja.

—¡Qué hay, crío! —exclama ésta desde su altura—. Te traigo una sorpresa —añade bajando la voz—. Es "Vinagre" —explica mientras levanta el embozo que cubre la cesta y le enseña un cachorro de perro, que se le queda mirando con sus tiernos ojos azules—.

Bodoque lo mira con alegría y siente que algo maravilloso que se despierta en su alma empieza a revivir. Es la misma hermana de siempre, con sorpresas entre las manos, con sorpresas inesperadas como juegos de prestidigitadores.

—Después se lo enseñarás —interrumpe Irene con cierta impaciencia—.

—¿Y papá? ¿Está dormido? —pregunta Mariana—. El ya sabe que llegamos hoy —añade, y tranquilamente traspasa el umbral, ajena en absoluto a todo lo que le aguarda dentro—. Bodoque afirma con la cabeza mientras un pensamiento le tortura.

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 12/1944, #50.

En aquel instante Manuela aparece en el corredor.

—Haga el favor de llevar el equipaje a nuestro cuarto —dice una de las tres dirigiéndose a la criada—.

El pensamiento de Bodoque gira repentinamente de una escena a otra escena. De la escena fraternal de las tres hermanas, surgidas como por encanto en el umbral de la puerta, a la escena del cuarto invadido por la presencia de Ingar, que duerme con toda tranquilidad.

—¿Qué es lo que va a suceder? —se pregunta intrigado—.

Las deja instaladas en el comedor mordisqueando unas tostadas calentitas, restos de su propio desayuno, mientras corre a llamar al padre. En la galería lo aguarda Manuela, que, curiosa, impaciente, llena de dudas, le interroga:

—Oye, niño. ¿Quiénes son?

—¡Son mis hermanas! —responde Bodoque con orgullo—. Se crece aun a pesar de la inquietud que lo invade y cuya causa no logra discernir.

—¿Cuál es la cómica? —quiere saber la otra, inquiriendo aun más—.

—¿La cómica? —pregunta Bodoque en el colmo del asombro—.

—¡Sí! Esa que me has contado que se disfrazaba.

—¡Ah! Esa es Cristina. La morena. Pero no seas bruta, mujer —añade con condescendencia—. Mi hermana no es eso que acabas de decir.

Golpea en el cuarto del padre, y grita con entusiasmo:

—¡Las niñas han llegado! —Lo dice así, como si se tratase de la cosa más natural del mundo, como si en aquella casa hubiera podido hablarse de ellas todas las horas del día—.

Desde el otro lado de la madera le contesta una voz cansada, anunciándole que irá; a Bodoque le parece que su padre ha envejecido de pronto.

Vuelve al comedor, donde sus hermanas le aguardan, llenando el silencio de la casa con sus voces alegres, que las paredes y el aire y todo aquel ámbito reconocen como suyas.

—No te habíamos conocido —murmura Irene—.

—Estás más delgado —añade Mariana—.

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 12/1944, #50.

—Y más alto —asegura Cristina—.

El las mira a las tres, embobado, sin acertar con el gesto. ¡Hace tanto tiempo que no sabía nada de ellas! ¡Hace tanto tiempo que no las veía! Sobre todo, Cristina ha cambiado muchísimo. La tenía en su recuerdo más pequeña, más insignificante, y ahora se le aparece de repente alta, flexible, más "persona mayor", como Irene y Mariana. Si no hubiese traído la cesta con "Vinagre", Bodoque está seguro de que no la hubiera reconocido. Falta María, la pequeña María. Le gustaría preguntar por ella, pero no sabe si existe, no sabe tampoco si existe aún su madre.

—¿Qué ha dicho papá? —pregunta Mariana con una voz que parece que tiembla—.

—Dice que viene en seguida —responde Bodoque—.

Se puede decir que es la primera vez que habla.

Se ha pasado estos segundos paseando su mirada de una a otra, y su pensamiento de un lado a otro también. ¡Ahora no tendrá más remedio que marcharse Ingar! —piensa para sí—.

Su casa le parece uno de esos merengues que al apretarse rebosan y se derraman. Las niñas, con su sola presencia, han arrojado la figura descentrada de Ingar.

Misteriosamente, Cristina lo llama a su lado.

—¿Quieres venir un momento?

Bodoque la obedece presuroso y su hermana le murmura al oído con infinito secreto:

—11-71238-428-31-10—.

Su corazón cesa de latir. ¡Ha olvidado la clave!, piensa con terror. Ha olvidado también cómo se descifra este lenguaje maravilloso, pero es su antigua y prodigiosa infancia que regresa. La mira sonriendo, semiavergonzado de su torpeza, y confiesa feliz:

—¡Lo he olvidado todo!

Cristina traduce susurrando sus palabras:

—Traigo flores de adormidera, ¡qué no se enteren las niñas!

Bodoque baja la cabeza convencido. ¡Ya está todo igual! Ya está todo como debió de estar siempre. Las niñas en su sitio, más lejano,

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 12/1944, #50.

respetuoso. El en el suyo, junto a Cristina, con flores de adormideras y claves que hay que traducir.

—¡Flores de adormideras! —repite su pensamiento, como si se tratase de un canto de amor—.

XVIII

La puerta del comedor cruje y aparece Ingar, provocando con su sola presencia una grieta en el cuadro feliz de los hermanos reunidos. De su rostro mañanero, descolorido y lacio, cuelga un gesto indeciso, que recorre en un segundo toda la gama de la expresión, desde la cortesía más refinada a la demostración del odio más chabacano y cruel. Falta el suceso, la palabra, que lo cuaje para siempre a un lado o a otro de estos extremos.

Las niñas suspenden sus risas al verla surgir inesperada, vestida de modo tal que hace definitiva su presencia en la casa. Bodoque se desespera pensando que sus hermanas van a despreciarlo por haberles ocultado la existencia de Ingar. En aquel momento comprende que le resulta imposible pronunciar con naturalidad las palabras de presentación de esta mujer.

—Ingar Storher. Mi institutriz.

Ya que el comentario de Diego Flórez le zumba en este instante dentro del oído con una claridad irresistible.

—¡Sí! ¡Sí! ¡La institutriz! ¡Si supierais lo que dicen en casa!

Mucho más fácil sería decir esta otra verdad:

—Ingar Storher. La que manda en todo.

La escena se hace lenta, larguísima, como si los personajes hubiesen perdido la facultad de moverse. La tostada que Mariana mordía en forma de "c" está suspendida en el aire. Irene ha clavado sus ojos en la hermana mayor en ademán interrogativo, y Cristina piensa para sí:

—¿Qué hará aquí esta lagartija podrida?

La llegada del padre, sereno, con actitudes meditadas, corta la tensión.

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 12/1944, #50.

—La señorita Storher —dice con voz firme—. La institutriz de vuestro hermano.

No besa a sus hijas. Se comporta igual que si las hubiese visto el día anterior. En aquel momento sólo le preocupa que "Ella" quede bien. Irene y Cristina miran a Mariana, que abandona la tostada en el plato con extraño reposo. Esconde las manos para que no adviertan que tiemblan, y con los ojos brillantes se levanta para salir. El padre la sujeta por un brazo obligándola a girar en redondo.

—¿Por qué no saludas? —pregunta enrojeciendo—.

Mariana guarda silencio. La presión del padre se hace más fuerte sobre su brazo. Mañana o quizás dentro de un rato se le habrán formado cardenales, pero no cede, y al fin la deja libre.

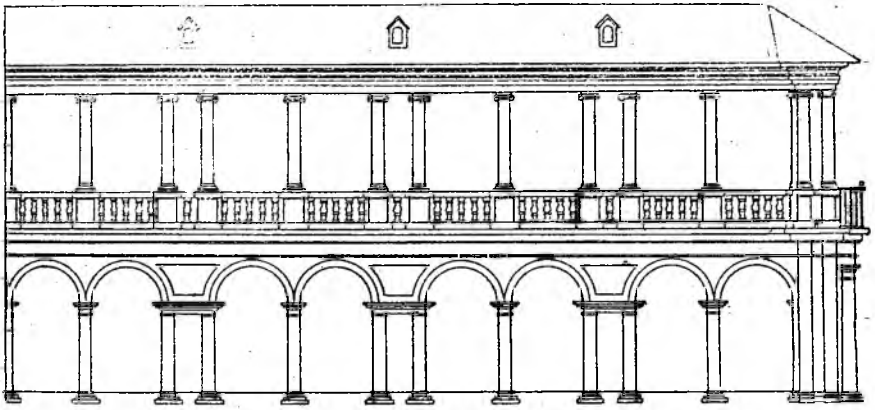
Salen las tres, Cristina la última, con "Vinagre" en brazos. Aun tiene tiempo de escuchar el insulto soez de Ingar:

—¡Reverendas puercas!

(Continuará.)

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 12/1944, #50.

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 12/1944, #50.



Notas y Libros

NOTAS: *A Viana a despertar a César Borgia,* por Pedro Mourlane Michelena.—*Antonio Rodríguez Moñino, un bibliófilo ejemplar,* por Dámaso Alonso.—LIBROS: *La poesía de Valverde,* por Luis Felipe Vivanco.

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 12/1944, #50.

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 12/1944, #50.

NOTAS

A VIANA A DESPERTAR A CESAR BORGIA

«Siempre mi sino trocado».

GÓMEZ MANRIQUE.

EN Viana fué donde se le trocó su sino a César Borgia.

Non es vida duradera
navegar contra fortuna,

meditaba Gómez Manrique. Repliquemos que la estrella es anterior al rumbo de la nave; pero no es vivir, sino justamente navegar lo que importa. Ni de brega, ni de juego se sació nunca el Borgia a quien hemos despertado en Viana. Esta ciudad fué de las más erguidas en los anales del Reino de Navarra. Decimos siempre que las ciudades lo son por tres perrogativas: la de batir moneda, la de enviar embajadores y la de hacerse enemigos. A las tres pudo Viana aspirar noblemente dentro de sus murallas. Dentro de ellas hemos tornado estos días a un ayer cuyo esplendor resiste al tiempo. No es que vivamos como imaginan algunos del aroma de un vaso vacío en el que nadie bebe. Lo nuestro no es como lo de Mauricio Ravel, la pavana de una infanta difunta. Figuras hay de hace siglos que han matado a la muerte y nos transfunden palpitación y aliento. Se nos cruzan en la vida y contienden o pactan con nosotros. Figuras hay de hoy, en cambio, que yerran como sombras a nuestro lado. Y es que no son de siempre como las otras, ni siquiera por oposición de nunca. Están ahí, pero no "son", y si nuestra deferencia las cita se empolva como en un archivo. En la Navarra de hace siglos el recuerdo guerrea y nos enardece todavía. He-

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 12/1944, #50.

mos ido a Viana a exhumar los huesos de un hombre de cuyas proezas ha resonado el mundo. Desde sus cursos escolares en Perusa o en Pisa aprende César a broncear humanidades sobre el caballo. Cuatro son las grandes eles de la cristiandad, a saber: letra, ley, liturgia y latín. Ninguna de las cuatro embota filos de espada, y lo supo quien curtía en los campamentos su idioma, ya curial y áulico y sentención:

ca non afloxa la ciencia
las fuerzas del cauallero.

Con textos áureos se consolida aquí la hermandad de las armas y las letras. ¿Cuál entre los mejores es el más perpetuable? En nuestro sentir, aquel de Diego de Burgos sobre el marqués de Santillana, el más letrado de los claros varones: "Fué el primero que traxo a estos reynos muchos ornamentos e insinias de caballería, muchos nuevos aparatos de guerra e non se contentó con traerlos de fuera más añadió e emendó en ellos e inventó por sí muchas cosas que a toda persona eran gran maravilla e de que muchos ficieron arreo." Es César muy joven obispo de Pamplona, gracias a Don Rodrigo de Borja, cardenal de Valencia, entonces, como luego vicecanciller de la Iglesia Romana y al fin Papa con el nombre de Alejandro VI, como su tío Don Alfonso de Borja lo fué con el nombre de Calixto III. Entre la muerte de este Papa y la exaltación de su sobrino Alejandro VI a la cátedra de San Pedro median cuatro pontífices: entre 1458 y 1464, el humanista Eneas Silvio Piccolomimi, con el nombre de Pío II; entre 1464 y 1471, Pietro Barba, o sea Paulo II; entre 1471 y 1484, el genovés Francisco de la Rovere, o sea Sixto IV, que erige en el Vaticano la Capilla Sixtina y nombra al cardenal de Valencia Rodrigo de Borja legado para los reinos de España; entre 1484 y 1492, otro genovés, Juan Bautista Cibo, que se hace llamar Inocencio VIII. Reina este Papa cuando las armas españolas reconquistan Granada, y es a él a quien sucede, el 11 de agosto de 1492, Alejandro VI. Once de agosto: ocho días antes, el 3, viernes, se hizo a la vela en el puerto de la villa de Palos, con tres navíos y en ellos noventa hombres, el primer almirante del mar Océano. Español y Borja es, pues, el Papa del Descubrimiento de América; español y padre del guerrero a quien hemos ido a despertar a Viana. Del Papa nuevo recibe César el arzobispado de Valencia, como después la púrpura cardenalicia. Pero hombre César más de presa que de deli-

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 12/1944, #50.

quio tomará su bien donde lo halle. Ha grabado en su espada la divisa "Aut Cesar aut nihil", y en su escudo yergue la cabeza el toro aragonés de Borja; toro y no buey como los heraldistas pretenden al reseñar el blasón de la familia así: "Trae de oro buey de gules y bordura de sinople cargada de ocho llamas de oro"; toro totémico y no buey; toro al que el propio empuje ciega. César nos deja al pasar no surco, sino estela y a las veces rastro de sangre. O acosar o ser acosado y agredir antes de que le arrasen sus feudos. Es cardenal todavía cuando Carlos VIII rey de Francia cae sobre territorios italianos para tomar Nápoles. César resiste en Orvieto y se bate por la unidad de la Italia de que Roma es castro y sede. El monarca francés marcha sobre la urbe del orbe para intimar a Alejandro VI en unas treguas en las que Nápoles ponga trofeos, preseas y arras. Alejandro VI vence y convence en los diálogos al rey y la tiara si no subyuga aquieta a la corona. César Borgia, eso sí, seguirá como legado y aun como rehén a Carlos VIII. Y le sigue con veinte carros, de los que dos llevan arneses, ropa y vajilla en los que reluce el escudo con el toro y la bordura de llamas. A los dos se les rompen ruedas en la primera etapa, y esto les obliga a quedar en Marino. En Velletri, término de la segunda etapa, el legado pontificio se aloja en un palacio en el que le procuran guardia de honor y séquito. Se evade por una puerta reservada y se vuelve, sobre un corcel que es raudo como el viento, a Roma. Quedan en Velletri dieciocho carros sin otra carga que piedras. A este torneo de las burlas siguen otros y a la ocupación de Nápoles por Carlos VIII, la liga contra el francés, que confabula a Alejandro VI con España, Venecia, el Austria y Milán, de la que es tirano Ludovico el Moro, que se entendía hasta ahora con el francés. Carlos VIII resuelve al retirarse conferir con el Papa, que se va de Roma con veinte cardenales para esquivar el diálogo. La diplomacia como el arte militar es estrategia de ardides cuando no de celadas. La astucia de César toca con la perfidia, si la doblez con el perjurio. No ríe mejor el que ríe el último porque detrás del último hoy otro que acecha, y el tiempo arrolla al tiempo si el hombre de mañana al de hoy. El duque de Valentinois es igual a sí mismo cuando torna a Francia con el sí papal al idilio de Luis XII con Ana de Bretaña y cuando manda milicias en las que van el Sansón de Extremadura, Diego García de Paredes y Hugo de Moncada y Gonzalo Pizarro, padre de Francisco y Miguel de Corella o Michelotto, bastardo de la Casa Condal de Concentaina y otros así, y cuando ve morir en el

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 12/1944, #50.

cepo a que le atraían por instigación de Montefeltro el de Urbino, a Oliveretto de Fermo, a Vittelozo Viteli y a los dos Orsinis, Paolo y Francisco, duque de Gravina. A condotiero fino, otro mejor. Pero no esbozaremos aquí las batallas, los lances de amor, las conjuras, las prisiones o los frenesíes de toda suerte con lujo al fondo del Borja. Una aventura no baste y es aquella en que después de su prisión en Medina del Campo y de su fuga llega el Valentino a Navarra y pide a su cuñado el rey Don Juan de Albret mando militar y diezmos de gloria. Agramonteses y beamonteses guerrean aún y el rey confiere el mando de su ejército, el agramontés, al marido de su hermana Carlota, a César. Va el Borja, duque de Valentinois, a la cabeza del principado, que es Viana, donde los beamonteses resisten en la ciudadela. Una noche de gran borrasca las huestes de Albret descuidan el cerco y los beamonteses logran meter provisiones por la puerta del Socorro. Esta treta que el conde de Lerín ha ideado es un guante que golpea el rostro del valentino. Rebrama en un centelleo de ira el militar del toro y de la bordura de llamas. Monta su corcel, que es rucio con el belfo partido, y vuela más que cabalga hacia sus burladores. ¡Borja contra Lerín en un cerrar de ojos para ver mejor! La ira le despega de su escudero y le lanza sobre un grupo de beamonteses que le atraen a una emboscada. Uno de ellos, cuyo nombre es García de Agreda, le entra al sesgo para asestarle un bote de lanza con el que le atraviesa de parte a parte. Agreda ha matado a Borgia sin saber a quién mata. Y es así como se tuerce el sino del que quería ser todo o nada. Es el 12 de marzo de 1507; es un día como otro día, y el de Valentinois tiene treinta y dos años. Le quitan al muerto la armadura no porque esté repujada o damasquinada por un armero de Venecia o de Milán: un Pinzidimonte, un Negrolo o un Pellizón, sino porque es de la Casa Real de Navarra. Desnudo como nació César Borgia está. El Rey le hace exequias, y le erige un mausoleo en la Iglesia de Santa María de Viana, un epitafio que rezaba así:

Aquí yace en poca tierra
el que mucho le temía;
en este bulto se encierra
el que la paz y la guerra
en la su mano tenía.

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 12/1944, #50.

¡Oh, tú, que vas a mirar
cosas dinas de notar,
si lo mayor es más dino,
aquí acabas tu camino,
de aquí te puedes tornar!

Un obispo de Calahorra dispuso que los restos fueran sacados del templo y reposaran al pie de la escalinata, en la calle que hoy se llama de la Rúa. En 1885, el historiador y arqueólogo francés Charles l'Iriarte logra que se descubran en Viana los restos del capitán general de los ejércitos reales. La Real Academia de la Historia protesta contra la supuesta profanación del sepulcro tallado en roca viva. Es juez de Viana entonces no el teniente de alcalde D. Víctor Cereceda y sí don Luis de Ripa Eguiluz, autor de unas Memorias que su hijo D. Gerardo Ripa Alvarez de Eulate conserva. Todo queda en 1886 esclarecido y razonablemente paliado. Pero días atrás, en Viana, un grupo de versados o de enamorados de la Historia y de autoridades —Dr. D. Victoriano Juaristi y su hijo, doctor también, Carlos; D. Francisco y D. José Uranga, D. Amadeo Marco, D. Javier Martínez de Morentín, D. José Ramón de Castro; señor alcalde de Viana con el secretario de su muy ilustre Ayuntamiento, D. Pedro Larrainzar; biógrafo de Borgia, D. Antonio J. Onieva; D. Pedro Muguruza, D. Antonio Ballesteros Beretta y doña Mercedes Gaibrois de Ballesteros, D. Blas Taracena y D. Luis Vázquez de Parga, D. José María Azcona y su hijo, capitán de Caballería, Azcona; D. Claudio de la Torre, Sr. García Serrano, general Becerra, Dr. Becerra Vacas, D. Gerardo Ripa y Alvarez de Eulate y el que esto escribe— ha redescubierto, después de una excavación de cinco horas, la sepultura de César Borgia y ha salvado para siempre sus huesos.

En una arqueta que ojalá fuese de sándalo incorruptible, los recogimos y los llevamos con nosotros a Pamplona. En la Casa Consistorial de Viana se ajustaron previamente las autorizaciones para este traslado. Muy pronto tornarán los huesos a Viana y ojalá esperen allí la resurrección.

Quantus tremor est futurus.

En el convenio firmamos como testigos, y éste es el segundo honor que nos liga al recuerdo de un Borja. Porque en 1941, en Lima, quiso

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 12/1944, #50.

la fortuna que firmáramos, junto a personas muy calificadas también, el acta del traslado del corazón de D. Pedro Antonio Fernández de Castro, conde de Lemos y décimonono virrey del Perú, desde la iglesia del Colegio Máximo, hoy iglesia de San Pedro, al altar de su antepasado San Francisco de Borja. Memorablemente han quedado en el acta de Lima los nombres de D. José de la Riva Agüero, marqués de Montealegre de Aulestia, quien se nos fué en octubre al otro lado del mundo; de D. Raúl Porras Barrenechea, del embajador de España en el Perú, D. Pablo Churruca Dotres, marqués de Aycinema; del contraalmirante Regalado, hoy ministro de Marina; del marqués del Lozoya, del duque de San Lorenzo; del teniente coronel de Aviación D. Francisco Iglesias. En lo que nos toca el doble honor de nuestra firma en los dos traslados, nos contenta y nos halaga.

La arqueta para los huesos de César Borgia ha sido labrada por D. Victoriano Juristi, doctor de estrella triple, pues con el médico ilustre coexisten en él y actúan el escritor y el artista. A la vez que libros ha creado Juaristi lienzos y esculturas en los que una noble avidez palpita. Tres monumentos le debe Navarra, uno a Teobaldo de Champaña, que no es el rey que un navarro a quien dan suplicio en el Infierno de Dante, recuerda en el canto XXII reconocidamente. No hemos sabido jamás si ese réprobo de la Comedia era montañés o ribereño. No dice sino

I fui del reyno di Navarra nato,

y precisa después, eso sí, el bajo comercio que hizo con su privanza cerca del soberano. "Me misi a far baratteria", añade en locución popular que nos mueve a clemencia. Pero en el Paraíso de Dante resuena también Navarra, y misteriosamente por cierto; es al final del canto XIX y en una tregua a vituperios contra otros países:

Oh beata Ungheria se non si lascia
più malmenare; e beata Navarra
se s'armasse del monte che le fascia.

¡Oh Hungría feliz, si no se deja guiar torcidamente; oh dichosa Navarra si se defendiese con el monte que la rodea! El Teobaldo a quien Juaristi quiso honrar es hombre de cruzada y de gay saber.

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 12/1944, #50.

Como su bisabuelo el conde Teobaldo IV de la Champaña y como Cristián de Troyes o Blondel de Nesles, o el castellano de Coucy, depura Teobaldo I, a quien llaman el Grande, el Trovador y el Póstumo, más que el arte de amar, el código del amor cortés y convive con los que dentro de una sociedad refinada han bajado del firmamento una gravitación estelar a los corazones. Sépase que Teobaldo antes de revivir en el monumento de la Taconera revivió en la fachada de "Notre Dame" de París en la figura de un monarca del Viejo Testamento —en cuya voz estuvo el espíritu—: Teobaldo entre las esculturas catedralicias en una de las ciudades más bellas del orbe es el rey salmista, es David (1). Ninguno de los juglares como los de Carlos III el Noble que vengan después, cantará no ya con la sabiduría, sino con la pureza de Teobaldo. ¿Qué son ante él los juglares vascos: un Arnaut Guillén de Ursuá, el ciego, juglar de cítola y de vihuela de arco, o Sancho de Echalecu que lo es de laúd, aunque el uno y el otro reciban protección del príncipe de Viana? A la hora de concertar nuestro verso y a la hora de beber el "bon vaso de vino", la compañía de Teobaldo nos es más grata que la de los juglares a sueldo. En la Taconera de Pamplona y en "Notre Dame" de París el de Champaña mantiene o mantenía su compostura real.

Otro de los monumentos del Dr. Juaristi es el erigido a la Paz de Roncesvalles. Con este tributo se asoció Navarra al centenario de la aparición del manuscrito de la *Chanson de Roland* en Oxford. La rota de Roncesvalles no es solamente la de las armas de Carlo Magno, sino rota de la Cristiandad. Rolando, antes que prefecto de las Marcas de Bretaña, es un paladín de Occidente. Con él como con Anselmo, conde palatino, o con Egguihardo o con cualquiera de los doce pares se abre paso no la unidad de Francia, sino la de Europa. Vemos a Carlo Magno en las leyendas más remotas acudir en peregrinación al Santo Sepulcro. En la Abadía de Saint Denis se enseñaban reliquias que Carlo Magno trajo de Jerusalén a Aquisgrán y que otro Carlos transfirió de Aquisgrán a París. Los alemanes, como los franceses, han tenido al emperador por el primer héroe de su historia. El es ciertamente el renovador del imperio romano convertido en imperio cristiano. Carlo Magno

(1) Así lo pudo acreditar una de las figuras del patriciado actual en Navarra, D. José María Azcona, bibliófilo y escritor a quien seguimos y admiramos desde hace tiempo.

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 12/1944, #50.

—asevera Bainville— es ante todo y sobre todo francés, aunque bebiera en el pecho maternal un idioma germánico. Fué Bainville nacionalista y nos sorprende que lo fuese siendo a la vez como era tan inteligente. No es el "regnum francorum", sin fisonomía nacional antes del año mil, el "regnum" por el que Rolando da la vida en Roncesvalles. Thierry —escribe— que Rolando es una espada de Cristo y un paladín de la civilización que Carlo Magno, prodigiosamente joven, aunque su edad sea mil años, encarna. Juaristi, en su monumento, no iba a dar una lanzada de vascón a paladín difunto. "Por su Señor —dice Rolando antes de caer—, deben sufrirse grandes males." Sí, y por nuestra concepción del mundo también, aunque se nos combata en nuestra obra. Nobleza obliga, lealtad también.

El tercer monumento de Juaristi es el que se alzó en memoria de César Borgia en la Casa Consistorial de Viana. No sigue allí, pero contamos con dos réplicas: que están la una en Játiva y la otra en el Museo de San Telmo de San Sebastián. Contamos, además, con ese libro de D. Antonio J. Onieva, *César Borgia, su vida, su muerte, sus restos,* que es libro del que la minerva española puede ufanarse como nos ufanamos nosotros.

Ya están salvados para siempre los restos del que era generalísimo de los Ejércitos de Navarra cuando a la verde edad de treinta y dos años cayó en una escaramuza en Mendavia (2).

Vimos y palpamos sus huesos en Viana no sin que el "Dies iree" encendiese sus llamas de ébano:

Rex tremendae majestatis
Qui salvando, salvas gratis,
Salva me, fons pietatis.

A los treinta y dos años ya había sido canónigo, preboste de Albar, tesorero de Cartagena, protonotario apostólico y luego en la mocedad obispo de Pamplona, arzobispo de Valencia, cardenal de la Santa Igle-

(2) No olvidemos que en el acto de la exhumación estuvieron muy dignamente representados el Gobierno Civil de Navarra, la Diputación Foral y la Institución «Príncipe de Viana». Desde Madrid acudieron, además del Director general de Arquitectura, D. Pedro Muguruza, y del Director del Museo Arqueológico, D. Blas Taracena y Aguirre, los académicos de la Historia ya citados, miembros del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, escritores, periodistas, etc...

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 12/1944, #50.

sia Romana, de la Orden de Diáconos, del título Santa María La Nueva, y después en la juventud, duque de Valentinois, conde de Diois, Señor de Issoudun, capitán de Cien Lanzas de las Ordenanzas del Rey de Francia, caballero de la Orden de San Miguel, capitán general y gonfaloniero de la Santa Iglesia de Roma, gobernador del Patrimonio de San Pedro, duque soberano de la Romaña, Señor Soberano de Imola, Forli, Sasso Ferrato, Fermo, Fano, Cesena, Pessaro, Rimini, Ferucchio, Cateza, Savignano, Meldola, Porto Cesenático, Torignano, Solarolo. Monte Bataglia, Forlimpopoli, Bertinoro, Piombino, duque de Urbino, príncipe de Camerino, protector de Orbieto y de Pisa, príncipe de Andría y de Venafro, patricio de Venecia. Todo esto y más había sido.

Los zapapicos que después de excavar cinco horas en una calle de Viana dieron en la roca viva con la sepultura del Borja, no buscaban a uno cualquiera.—PEDRO MOURLANE MICHELENA.

ANTONIO RODRIGUEZ MOÑINO: UN BIBLIOFILO EJEMPLAR

HAY dos maneras de amar los libros. Para unos hombres el libro es un instrumento, y sólo un instrumento. Amarlo es devorarlo, asimilarlo. Lo que les interesa es extraer su espíritu, su enseñanza. Lo doblan, lo zarandean, lo rayan con la uña, con la pluma, con el lápiz, lo anotan profusamente, lo cortan con tijeras. Para poderlo leer en el minuto ocioso del tranvía lo comprimen en bolsillos atestados. Lo prestan sin recelo a amigos olvidadizos (1). El libro, así considerado, llega a ser casi materia fungible, da su jugo o sus partes más suculentas, y termina ajado, manchado, mutilado a veces, ya ruina sin valor.

Otros aman el libro mismo, la tierna criatura material. Lo miman, lo encierran tras cristales, celado por llaves siempre en cinta, envuelto en lujosas pieles. Lo guardan impoluto, o si manchado y corroído, lo lavan y empastan sutilmente las caries de la polilla. Muchas veces ni

(1) Si alguno de mis amigos desmemoriados sintiera remordimiento al leer estas líneas...

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 12/1944, #50.

ellos mismos lo leen. Muchas veces con brutal egoísmo lo niegan aun al amigo más honesto, aun al sediento trabajador que lo necesitaba, a quien le era imprescindible aquel libro. ¡Dios mío, precisamente, exactamente aquel libro!

En teoría siempre definimos por extremos; en la realidad, entre los extremos teóricos hay infinitos matices de transición. El perfecto amador del libro será aquel que lo aprecie por su contenido y por él lo defienda y acobije como a un ser necesitado.

Porque bien desvalido es un libro. Apenas ha visto la luz —y aun antes— ya está el coro de la envidia afilando los dientes, nunca atento a las virtudes, sino a las faltas. ¡Y cuántos peligros no acechan a su cuerpo! Durante su gestación, mientras los tipos verbenean, brotando de las cajas —como abejitas afanosas que salen cada una de su celdilla llevadas por un secreto designio—, un dios infernal hace que en torno a la nonnata criatura bordoneen también, como estúpidos moscardones, furiosas legiones de espantosas erratas. Sale por fin al día, y es todo telillas delicadas, presagio de vida corta. En el mundo al que llega todo le daña, la luz, el calor, la humedad. Otros monstruos de afilados dientes esperan en la sombra; especializados, unos roerán golosamente la encuadernación, otros devorarán las tiernas hojuelas, abriendo un laberinto de caminos. (¡Ese run-run incesante, agorero, de las bibliotecas, donde los siglos van proyectando la ruina de nuestra orgullosa cultura, nuestra ruina!) ¿Más aún? Sí; cansados libreros —algunas veces— recibirán el libro, encogiéndose de hombros, y lo sepultarán en profundas cuevas, y, en fin, honrados abaceros de alma blanca lo comprarán por dos cuartos "para envolver los dátiles y el queso".

Dios ha puesto siempre junto al tósigo el contraveneno. Por eso creó al bibliófilo. Es un monstruo —sí, porque a veces es un monstruo— a la postre benéfico y necesario. Por eso ama, admira a los bibliófilos el autor de estas líneas, aunque él no sea de esa casta.

Es de una distinguida subespecie de bibliófilo de quien ahora se va a hablar. No se trata ya del hombre que únicamente acaricia el libro por lo que de niño tiene o por lo que tiene de joya. No, sino del hombre que pone totalmente su inteligencia al servicio de esa criatura, que quiere salvar la memoria de sus ejemplares más olvidados, que se preocupa de sus lugares de nacimiento, que trata de registrar las oficinas —aun las más oscuras— que le produjeron, que sigue su evo-

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 12/1944, #50.

lución a través de los siglos, que aclara la historia de aquellos que desde hace unos quinientos años han creado y propagado el libro por el mundo, y que así, a través de una balumba de naipecillos registradores de datos, a través de montañas de elzevirianos o infolios, de vidas humanas —a veces gloriosas, muchas veces sombrías— de impresores, editores y libreros, aclara y ordena uno de los capítulos más interesantes de la historia de nuestra cultura.

Antonio Rodríguez Moñino es uno de los españoles de hoy que más hayan probado su amor al libro impreso y aun a su más oscuro hermano el triste manuscrito. Hay en él un amor de coleccionista, que no busca el número, sino la selección, pero a la par una poderosa inteligencia, un conocimiento y una actividad puestas, ante todo, al servicio de la bibliografía. La larga lista de sus obras lo dice bien a las claras.

Pero nada en él del cerrado especialista. Es imprescindible detenernos un instante en las actividades no bibliográficas de Rodríguez Moñino. Difícilmente se encontrarán hoy muchos españoles de aficiones y aptitudes tan diversas. Pensemos sólo en aquellas de sus monografías publicadas en estos últimos cinco años (1). Allí encontramos los trabajos de Epigrafía, como *Observaciones de Epigrafía extremeña romana y visigótica* (Badajoz, 1941) o *Epigrafía y yacimientos romanos en el "Catálogo monumental de Badajoz"* (Badajoz, 1940), y aun en evidente relación con la Arqueología, su trabajo sobre *Los tesoros escondidos* (Badajoz, 1942). Ni faltan estudios de Historia del Arte: *Hans de Bruxelles y Jerónimo de Valencia (entalladores del siglo XVI)* (publicado por la Universidad de Valladolid, Curso de 1942-1943), *El retablo de Morales en Higuera la Real* (Madrid, 1945) y *El divino Morales en Portugal* (Lisboa, 1944). Ni tampoco los que versan sobre artes menores: *Artes suntuarias en Badajoz. Antología de materias preciosas (1562-1600)* (Valladolid, 1945), *Los bordadores, sederos y tapiceros en Badajoz (1553-1601)* (Badajoz, 1945). En el campo histórico, los lectores de esta revista conocen ya su vívido y delicado estudio del coronel Villalba *(Hazañas del Coronel Villalba*, Madrid, 1945). Dentro ya de lo literario,

(1) Una lista no completa de las publicaciones de Rodríguez Moñino puede verse en *Bibliografía Hispánica* (Madrid, 1944, n.° 10).

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 12/1944, #50.

la historia de su región extremeña le preocupa especialmente. Un accidente fortuito destruyó la edición del tomo primero de *Los poetas extremeños del siglo XVI* (obra redactada en forma de diccionario: este primer tomo, de 420 páginas, estaba dedicado ¡sólo a la letra A!). Yo he visto (pero no poseo) uno de los poquísimos ejemplares que se salvaron: buena pieza para bibliófilos. Desanimado de aquella empresa, va ahora Moñino consagrando estudios especiales a los poetas extremeños de aquella época: *Joaquín Romero de Cepeda* (Badajoz, 1941; *El capitán Francisco de Aldana, poeta del siglo XVI* (Valladolid, 1943). Impresa está una entrega del primer tomo de su *Historia de la Literatura extremeña* (Badajoz, 1942, 128 págs.). ¿Por qué no se continúa?

Precisamente ese estudio dedicado a Aldana, que acabamos de citar, es buen indicio de lo que Moñino podría hacer por el camino de la crítica literaria, si no le vencieran sus recónditas aficiones. Su sensibilidad literaria le podría haber hecho brillar en otras empresas, pero él prefiere los temas de minuciosa erudición, y en el dominio literario ya desde hace mucho tiempo viene dedicado a salvar del olvido a oscuros escritores, muchas veces de su región natal.

Mas volvamos al campo del libro. Porque es, particularmente esta criatura el centro de las aficiones de Rodríguez Moñino. En todas sus obras está patente el amor al libro y al arte que lo crea. Se revela esto aun en las mismas impresiones en que Moñino interviene: un gusto depurado —ligeramente arcaizante— les da forma a todas: en cubiertas, tipo, papel, viñetas y grabados, ordenación de márgenes... Y el amor al libro hace que ya procure raro el propio, reduciéndole a pequeñísimas tiradas, que, distribuídas entre bibliófilos, se agotan inmediatamente.

Así estos años últimos han visto nacer, y desaparecer en seguida del mercado, *La imprenta Xerezana (1564-1699)* (Madrid, 1942) —135 ejemplares— y los *Catálogos de libreros españoles (1661-1798)* (Madrid, 1942) —125 ejemplares—. La creciente demanda de obras de bibliografía ha podido hacer que ahora salgan a luz los *Catálogos de libreros españoles (1661-1840)* (Madrid, 1945), en los que, como su título indica, se ha proseguido la rebusca hasta mediados del siglo XIX: el lindo folleto de hace tres años se ha convertido en todo un volumen en 4.º (208 págs.), muy pulcramente impreso. Pero entre la fértil producción de Moñino aun hay otro libro reciente que atrae más los ojos. Me refiero a *La Imprenta en Extremadura (1489-1800)*. Todo lo tipográfico

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 12/1944, #50.

está en esta obra minuciosamente cuidado. Los talleres de Aldus han hecho una labor casi perfecta.

El autor de una obra de bibliografía actúa como un verdadero salvador y ordenador de los materiales más representativos de nuestra cultura. Tal libro, a veces desconocido, o, con más frecuencia, sólo citado allá en algún intrincado requejo de la erudición, queda ya reseñado en una serie, ligado a un aspecto de nuestras letras, o enmarcado en el ambiente que le vió nacer. Y estos catálogos de impresiones regionales han de servir mucho para hacer la varia historia de la cultura local e integrar con anchura y con plural riqueza la de España. Del esfuerzo que en este sentido representan estas obras baste decir que el tema de los catálogos de libreros estaba casi virgen, y en el libro último son ya 161 los catálogos registrados; que Moñino es, en realidad, el primer reseñador de impresiones jerezanas y ahora ha podido doblar el número que de ellas dió en un primer ensayo en 1928; que los bibliógrafos citaban sólo once antiguas impresiones extremeñas, y en *La imprenta en Extremadura* se describen más de ciento.

En los prólogos de estos libros ha sabido Moñino humanizar el que parecía árido tema. Tomemos *La imprenta Xerezana:* ya no se trata de un recuento —que el autor nos anuncia provisional— de los impresos aparecidos en Jerez entre los siglos XVI y XVIII, sino que tras la seca lista ganamos interesantes vislumbres de vidas laboriosas y oscuras: andanzas de artífices que de pueblo en pueblo trasladan su modesta oficina, imprimiendo aquí unos pliegos sueltos, allá un librillo, dura lucha por el pan, trabajando a la par, desde un rincón, por la cultura... Los *Catálogos de libreros* son, por su parte, una defensa de la librería española. Nos muestran la cooperación de España, muchas veces ignorada, a esa rama comercial, pero tan interesante, de la bibliografía: catálogos de ventas de libros, de colecciones privadas del siglo XVII (como los de la biblioteca de Ramírez de Prado y de D. Diego de Arce), catálogos ya profesionales, como los del siglo XVIII de Francisco Manuel de Mena, de Pedro José Alonso y Padilla, de Sancha y la Real Compañía de Libreros, catálogos, publicaciones bibliográficas, gabinetes de lectura de los cuarenta primeros años del siglo XIX... Moñino señala la exactitud y el buen método bibliográfico de muchas de estas listas comerciales, desmintiendo la aseveración de Cristián Augusto Fischer (1801): "Los libreros de Madrid están mal provistos y no saben lo que guardan. Nada de catálogos. Cuando les preguntáis por algún

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 12/1944, #50.

libro, todo es andar de una parte a otra, informarse entre los demás colegas... ¡Cuánto tiempo perdido!" (Confesemos que en parte debía tener razón Fischer. Conozco muchos libreros enterados y activos. Pero ¿quién duda de que aun sobrevive la especie descrita por Fischer?).

Moñino ataca el tema del libro, cambiando incesantemente la línea de acometida. Busca las perspectivas más curiosas, menos exploradas o menos conocidas entre nosotros. Hace pocos meses nos ha ofrecido un aspecto singularmente interesante: se trata de la traducción y anotación de *El viaje a España del librero Baltasar Moreto*, del bibliógrafo belga Maurits Sabbe.

Pertenecía Baltasar Moreto a la esclarecida dinastía plantiniana. La casa, situada en Amberes, se había reducido ya en el siglo XVII a la impresión de libros litúrgicos y tenía privilegio exclusivo para la introducción de éstos en España. Intermediarios, exclusivos también, para la venta eran los Jerónimos de El Escorial. Los Jerónimos se habían atrasado grandemente en el pago. Y para gestionar el cobro de los atrasos la señora Ana Goos, directora entonces de la empresa plantiniana, envió a Madrid a su hijo Baltasar Moreto, año de 1680. Por las cartas que escribió a su madre y por un diario íntimo de viaje se pueden seguir muy bien las aventuras y emociones del viaje de Baltasar. Vemos sus desvelos, sus temores, sus esperanzas. En Madrid ha descubierto algo muy grave: una casa de Lyon ha falsificado el *Misal Romano* plantiniano. La falsificación, ofrecida con descuento más beneficioso, se vende en España. Por otra parte, los Jerónimos, conscientes de su poder, amenazan con romper las relaciones con la casa editora de Amberes... En fin, después de muchas gestiones, se llega a un acuerdo.

Moñino ha hecho una traducción limpia, tersa. Ha añadido también largas notas llenas de curiosas noticias, láminas muy oportunamente escogidas y documentos comprobatorios. El libro se lee como una apacible novela. A través de las páginas se va dibujando el carácter del viajero: bondadoso, amante de su familia, sagaz y honesto en sus empresas. Es un atento observador: asiste a representaciones de comedias, de autos sacramentales, a una corrida de toros, a un auto de fe... Todo lo anota. En verdad, no nos descubre nada nuevo sobre la segunda mitad del siglo XVII. Pero su testimonio es vívido, veraz y concordante con lo que conocemos.

No quisiera terminar estas líneas sin citar aún una obrita muy pe-

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 12/1944, #50.

queña, pero redactada con extraordinario garbo: *El cuaderno de diferentes obras y romances (Gallardo, Ensayo 585)* (Madrid, Librería Tormos, 1941), Moñino toma aquí un artículo, deficientemente redactado en el *Ensayo*. Es un problema bibliográfico: se trata de determinar qué libro impreso es ese tan mal descrito en el artículo 585. Va aplicando un método riguroso, mostrando los avances de la investigación, a veces la necesidad de desandar el camino, hasta que se hace la luz. Se trata de un libro facticio, formado por encuadernación conjunta de diferentes impresos. Son éstos 55; ni en uno solo fracasa el bibliógrafo ejemplar: todos quedan identificados. Obrita de mano verdaderamente maestra.

He querido hablar sólo de algunos de los últimos trabajos de Rodríguez Moñino. Unos veinte años lleva de empresas semejantes, laborando siempre, apartado de toda vocinglería. ¿No cree Moñino que ha llegado el momento de juntar y sistematizar sus esfuerzos? Nos haría tanta falta un suplemento al *Ensayo de una biblioteca de libros raros y curiosos*, que podría ser tan extenso y tan útil como el *Ensayo* mismo!

Pocos tan capacitados para ello como Rodríguez Moñino, hombre que ama los libros como se deben amar: por dentro y por fuera.—DÁMASO ALONSO.

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 12/1944, #50.

LIBROS

LA POESIA DE VALVERDE

UN espigado adolescente, que pascara tímidamente su infancia —con el alma abierta a las primeras revelaciones de la llanura— junto al delicado y tosco misterio románico de la Catedral de Zamora. Un estirado y casi desgarbado jovenzuelo que ha ido creciendo mucho, aunque siempre menos física que espiritualmente, hasta alcanzar, sin visible fatiga por su parte, aquella región fronteriza del aire donde el verso bien meditado y seguro se inflama, al contacto con una diafanidad superior de verdadera poesía. Y es una poesía muy formal —aunque nada formalista— y muy seria, y muy humana, la suya, ¡con tantos dejos deliciosamente ingenuos, a pesar de toda su sorprendente y como *prematura* madurez de tema y de acento!

Nadie tiene la culpa de que el poeta haya crecido mucho más de prisa, y mejor, que el hombre. Pues, aunque le veais tan alargado, eso no es nada en comparación con su otra estatura fuera de las rayas sucesivas marcadas con lápiz en la pared; la que le ha proporcionado antes de sus veinte años una insólita y merecida consagración de poeta hecho y derecho.

Lo que más nos sorprende en su primer libro de verdadera y honda poesía religiosa (1), es, precisamente, la profundidad de los temas junto con la madura entonación de la voz que, más bien que cantarlos, los reza, exponiéndolos y diciéndolos sencillamente. Y es a fuerza de sencillez como la dicción alcanza su grado máximo de intensidad lírica. Hay, también, una muy sabia, al par que inexperta, construcción del poema, de cada poema ceñido concretamente a la unidad de su idea,

(1) José María Valverde: *Hombre de Dios (Salmos, Elegías y Oraciones)*. Madrid, 1945. Editado por el Instituto Nacional de Enseñanza Media «Ramiro de Maeztu».

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 12/1944, #50.

sin que se admita en él, en su densa materia espiritualizada, ningún desdoblamiento de índole esteticista. Porque al hablar de los temas en esta poesía nos referimos a la actitud del poeta frente al mundo. Y el acento no hace más que intensificar esta actitud, confirmándola, y al par identificándola con la actitud del poeta frente a la poesía.

Leyendo los poemas de *Hombre de Dios* nos damos cuenta de que nos encontramos —más allá de todas las oficiosas clasificaciones superficiales— ante un poeta con acento y mundo propios. Y el mundo, para José María Valverde, poeta católico ortodoxo en el umbral desnudo y deslumbrado de su destino, es nada menos que la Creación entera que, a través del hombre —cuya ausencia, según nos dice nuestro poeta, tanto echaría de menos— se está dirigiendo constantemente hacia las manos del Creador, de las que saliera un día, acabada, en cierto modo, y perfecta. Por eso, situada en el extremo opuesto de todo panteísmo poético —citemos, como el más grande y puro ejemplo a la vez, a Shelley, o, más recientemente, entre nosotros, Aleixandre, al que, como otros jóvenes, tanto debe Valverde— no se pierde nunca esta poesía entre las cosas, felizmente raptada o arrebatada por las fuerzas elementales —esa savia irrestañable que brota por cada uno de los poros de la Naturaleza—, ni se entrega, tampoco, a la embriaguez de la imagen, sino —hasta cuando en su *Oración con el Universo* quiere rezar unida con todos los seres creados— los recoge a todos, serena o angustiadamente para, a través de la criatura humana —de la propia personalidad en litigio— dirigirlos, como a su fin sobrenatural, a Dios.

Pero, entre las cosas y Dios, está esa que acabo de llamar personalidad humana en litigio del poeta, es decir, del hombre como los demás que afortunadamente es el poeta. Lo es, en un cierto sentido, y en otro, tal vez para su desgracia y precisamente por culpa de la intensidad del sentimiento, no lo es. Por eso, aunque el alma del hombre que es el poeta no llegue a disolverse en las fuerzas naturales ¡siente, a veces, tan imperiosamente, y no sólo a través de los sentidos, su llamada! Y para no perderse entre ellas sólo puede oponerles, en un primer momento, sosténida por otra voz interior, mucho más tenue y balbuciente, algo así como una voluntaria unidad ficticia o en proyecto: plantas, alzados y secciones —dibujadas, nada más, sobre el papel— del bien cimentado edificio que quisiera llegar a ser un día.

Este querer llegar a ser algo espacioso y unido, con volumen y figura propios, es ya muy importante; es, tal vez, lo más importante de todo

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 12/1944, #50.

para la cabal realización del destino en la obra. Para Valverde, sin embargo, ser poeta es algo humilde, precisamente porque ser hombre —y hombre de Dios— es algo tan principal y señero dentro de la totalidad de la Creación. (Léase su *Oración por nosotros los poetas.)* Y el hombre que tiene que realizarse humildemente como poeta no podría hacerlo sin arrastrar —aunque sólo sea a través de su voz— a toda la Creación consigo. Como en una armoniosa conjunción de tomismo y agustinismo, el alma humana "se hace" una íntima correspondencia entre totalidad y unidad. Ser hombre es pertenecer a la Creación, presidiéndola. De esta convicción han brotado los mejores poemas del libro —no sólo el *Salmo inicial* o el de *la tierra y el hombre,* sino también el maravillado *de las rosas* y las *Tres oraciones por la belleza*— y, sobre todo, esa gran *Oda a la Creación del mundo,* aun inédita, de tan vastas proporciones y tan alto vuelo, que es como la coronación de toda su poesía, y, al mismo tiempo, nos hace sospechar para qué nuevas arriesgadas empresas debe tener reservada el Señor a una voz poética juvenil de tan ambiciosos y luminosos horizontes.

Los sentidos —que, gracias a la intensidad con que, ya espiritualmente, sienten, pueden eternizar lo más efímero— y la imaginación —ese conato en suspenso de libertad absoluta, en el que parece no existir ningún imposible—, no pueden, en verdad, quedar ausentes de ninguna obra auténtica de creación poética. Pero, a la poesía de Valverde, no es, ni lo sensual, ni siquiera lo imaginativo lo que más esencialmente la caracteriza, sino, por así decirlo, la realidad misma de la idea. Por eso sus versos dicen siempre, sin necesidad de ningún lenguaje específicamente vitalista, la vida, el misterio de la vida, desde el espíritu. Y por eso no se trata, ni muchísimo menos, de ninguna poesía abstracta o intelectual. Poetas puros de esta clase han sido Valéry, e incluso Mallarmé, y no cabe poesía más turbadoramente sensual —hasta casi postular la redención del alma por los sentidos— que la contenida en *Ebauche d'un serpent* —por citar un poema tan magistralmente vertido al castellano por Carlos R. Dampierre en esta misma Revista— y sobre todo en *L'après midi d'un Faune.*

Para Valverde, en cambio, los sentidos, tan necesarios a la revelación de la belleza, no son el instrumento refinadísimo, a través del cual se disuelve el alma en lo exterior, sino precisamente todo lo contrario: los alegres cauces primigenios, a lo largo de los cuales la dispersión vi-

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 12/1944, #50.

tal acude a formar parte de la corriente unitaria del espíritu. Esta dispersión y esta grata diversidad, junto con la conciencia de que no se le puede oponer más que una firme, pero tal vez demasiado frágil voluntad de ser, es lo que suele despertar en el poeta católico —por debajo del gozo constitutivo de su verso— un cierto dejo elegíaco.

Este dejo existe ya en el primer libro de Valverde —que lleva como subtítulo *Salmos, Elegías y Oraciones*—, y se hace aún más perceptible en la colección de poemas que, precisamente con el título provisional de *Nuevas elegías*, ha publicado más recientemente el poeta en el número 17 del semanario *Fantasía*.

No se trata, claro está, de que llame elegías a una gran parte de sus poemas —elegías del futuro, de la catedral, o de las muchachas—, sino de que, efectivamente, por el desdoblamiento del tiempo que hay en ellas —vida y recuerdo— lo son. Pero lo son de un modo sobrio, varonil y casi no hacía falta decirlo, religioso. El grupo más extenso es aquel en que el poeta recuerda los momentos constitutivos de su niñez, que son algo así como las blancas sombras de su paraíso perdido. Pero hay otro grupo de elegías, tal vez más interesantes aun, que son aquellas en las cuales recuerda todo su porvenir, aun no vivido:

Ese futuro, que no sé
si he de alcanzar, quiero soñarlo.
Quiero llevar, al ir a tierra,
su dulce gusto entre los labios.

En este sentido, su *Elegía del futuro* es, junto con el poema titulado *El silencio*, algo que merece ocupar un puesto destacado entre las mejores creaciones líricas de estos últimos años, tan fecundos en auténticas voces poéticas renovadoras.

Lejos de toda intención estética simbolista, va convirtiendo, el poeta, en símbolos vivos sus mejores intuiciones de la realidad del mundo. Esto quiere decir que el símbolo, en esta poesía arraigada en la vida, sólo descansa inmediatamente en la desnudez expresiva de la intuición. Porque el lenguaje, en ella, se mantiene también alejado de todo tecnicismo superficialmente imaginista —la palabra es más que la imagen— y aspira a desnudarse de sus galas para adquirir su esencial belleza poética. Poesía, no prosaica, pero sí cercana a un cierto género de prosa lírica, cuyos mejores exponentes se encuentran dentro de la

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 12/1944, #50.

novelística contemporánea (no sólo Proust o Joyce, sino también Wiechert, Morgan o nuestro Miró). Sólo que en el poema la capacidad de simbolización queda potenciada. Y es por su poder de simbolización por el que Valverde —siguiendo, hasta un cierto punto, el camino abierto por Dámaso Alonso, en los mejores poemas de *Hijos de la ira*— pertenece de lleno a la poesía española más actual, es decir, más confiada y poderosamente dirigida hacia el futuro. Porque tal vez hemos llegado a un momento en que para el poeta crear signifique, ante todo, acertar con los símbolos vivientes de la realidad, arraigados en ella, de un modo terco y oscuro, que se trata de poner al descubierto.

El propio Dámaso Alonso —que para confusión de propios y extraños, acaba de entrar en la Academia Española, más por sus méritos pacientes de filólogo que por su indomable condición de poeta— le ha puesto un espléndido prólogo, todo él de poeta, al libro de Valverde.— Luis Felipe Vivanco.

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 12/1944, #50.